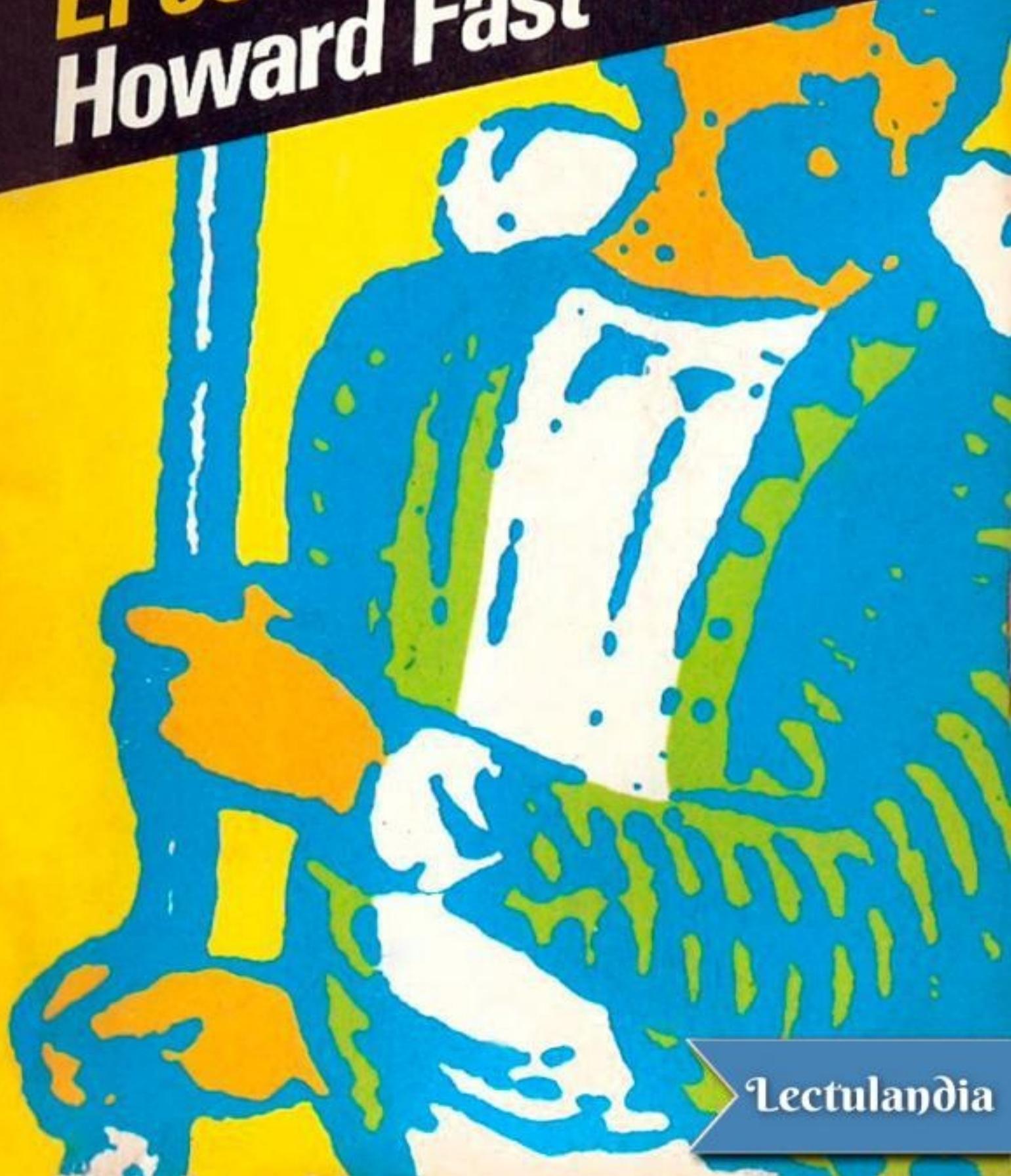


El soldado de Hesse

Howard Fast



Lectulandia

El soldado de Hesse, sitúa su acción en el marco de la Revolución norteamericana, y es una denuncia de la guerra, la violencia y el odio.

Lectulandia

Howard Fast

El soldado de Hesse

ePub r1.0

Etsai 28.08.13

Título original: *The hessian*
Howard Fast, 1972
Traducción: Horacio Laurora
Retoque de portada: orhi

Editor digital: Etsai
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Rachel y Jonathan

1. El sacerdote

El cura apareció a mediados de mayo, a eso de las cuatro de la tarde, y el asunto comenzó al día siguiente. Él fue quien me informó del barco fondeado en el Sound.

Venía subiendo por el camino de Norwalk, montado en un asno tan pequeño, que los pies del jinete casi rozaban el suelo, a pesar de que el cura era un hombrecillo de no más de cinco pies y tres pulgadas de estatura. Se trataba de un individuo de alrededor de cuarenta y cinco años de edad, con un pequeño y protuberante abdomen y un rostro de luna llena, sonrosado y sudoroso, desde el cual sus fatigados ojos celestes, inyectados en sangre, contemplaban el mundo sin optimismo, pero sin desesperanza. De pronto, el calor de aquel verano había convertido, momentáneamente, el flamante verdor de la primavera en algo antiguo y polvoriento. En alguna parte había perdido el cura su sombrero y el sol estaba dando a su calva el color de una manzana madura.

Junto a Mrs. Feversham me hallaba en nuestro herboso huerto instruyendo a Rodney Stephan acerca de la mejor manera de podar la parra del cenador —aunque no tiene sentido hablar de parras en un suelo tan miserable como el de Connecticut—, cuando divisé al sacerdote sobre su asno, en lo alto de la pendiente, y lo vi descender, en seguida, en dirección de nuestra casa. Mi esposa, indicando su figura, me preguntó quién sería y yo le respondí que, al parecer, se trataba de un cura sobre un borrico. —¿Un clérigo?

—En cierto modo, sí... Supongo que ese pobre diablo es un sacerdote católico. Pero no podría asegurar qué extraño capricho del destino lo ha traído a esta sagrada madriguera protestante. Sea como fuere, pronto lo sabremos.

Atravesando el huerto me dirigí hacia el camino y allí aguardé en silencio al viajero. Éste detuvo su asno, se deslizó fuera de su improvisada silla de paja, enjugóse el rostro y la frente con un sucio pañuelo y, luego de santiguarse, murmuró algunas palabras de gratitud, no hacia mí, sino hacia Dios. A continuación sus ojos azules respondieron a mi curiosidad.

—¿Feversham?

—Feversham —respondí.

—¿El doctor Feversham?

—Si así desea llamarme...

—Yo soy el padre Hesselman —me informó—, sacerdote católico romano... si así desea llamarme... —y sonrió ligeramente—. Tengo una sed tremenda y mis asentaderas están sufriendo los tormentos de un reprob... Mis asentaderas, señor, no mi asno^[1]. Estoy lleno de malditos forúnculos.

Asentí con la cabeza, pensativa y comprensivamente, en tanto mi esposa, menos pensativa y comprensiva, pero más práctica, nos hizo llegar, por intermedio de

Rodney, un cubilete de arcilla lleno de agua fresca recién traída de la fuente. El sacerdote bebió todo el líquido, que ascendía a un cuarto de litro. El hombrecillo estaba sediento.

Ya en mi consultorio, tendido en él boca abajo, lavé con ron sus nalgas. Mientras yo punzaba y drenaba sus forúnculos, me explicó su dolor al sentirse repudiado. Era un hombrecillo muy sensible, con pasta de mártir humilde. Temblé al pensar en su dolorosa y prolongada cabalgata, apoyado en aquellos forúnculos.

—¿Por qué demonios no fue a ver al doctor Phillips, en Norwalk?

—Consulté al doctor Cutler —me respondió, excusándose.

—Cutler podría haberlos punzado.

—Me dijo que yo era un viajero del infierno... ¡Oh, cómo me duele ése...! Creo que tales fueron sus palabras. Más o menos me dijo que estos forúnculos son un justo castigo que me ha enviado el Todopoderoso.

—¿Castigo? ¿Por qué? No se mueva —le previne.

—Por ser yo sacerdote.

—¿Qué?

Mi cólera me hizo punzar más de lo que hubiera deseado y el pobre hombre se quejó débilmente.

—Perdón, padre. ¿Eso dijo Cutler?

—Poco más o menos.

—¡Qué sucio e infame leproso!

—Es usted muy severo con él, Mr. Feversham. Hay que tener en cuenta el ambiente...

—Dejemos nuestra compasión para más adelante.

—... acaso estos forúnculos sean un signo del disgusto divino...

—Más probable es que sean signos de agua sucia y mala comida. ¿Cómo dio usted conmigo, padre Hesselman?

—Ya ve usted... He ahí algo que habla en favor del doctor Cutler. No sólo me dijo que había un médico católico en el Ridge, sino que, además, me indicó cómo podía llegar hasta aquí.

—Lo cual le abre las puertas del cielo, ¿no es así...? Ahora, escuche, padre: ¿no puede pasar un día o dos fuera del lomo de su asno? He drenado y vendado sus forúnculos, pero creo que merecen un descanso.

—Tengo los pies débiles —se excusó.

Yo asentí cordialmente con la cabeza y le pedí que se quedara a cenar. Vestía una limpia sotana y, después de haberse lavado y afeitado, me pareció un hombre muy agradable. Luego de bendecir nuestra comida, devoró su pierna asada, como si hiciera quince días que no probara alimento alguno, cosa que tal vez había ocurrido, en realidad.

En honor de nuestro huésped, el primer sacerdote católico que yo veía en mucho tiempo, puse sobre la mesa una botella de buen vino francés, que él saboreó muy complacidamente. Me agradó ver revivir a aquel hombrecillo, que empezó a alabar y admirar todo lo que da un ligero toque de civilización al High Ridge de Connecticut: nuestra vajilla de plata, nuestra ropa blanca, nuestras porcelanas y nuestra comida. Con la barriga llena y el alma satisfecha, luego de recostarse en el respaldo de su silla, se aventuró a preguntarme si seguía yo siendo católico.

—Pienso que el Padre Santo debe tener más altas preocupaciones que la idea de mi excomunión.

—He ahí una respuesta que no aclara nada.

—Bueno, padre Hesselman —le dije—, no me confieso desde hace más de cinco años y, durante ese lapso, no he rezado una sola vez con el corazón puro y he odiado continuamente, sin sentir remordimiento alguno por ello y, por supuesto, hace mucho tiempo que no piso un templo católico. Además, estoy casado con una mujer protestante... —e indiqué con la cabeza a mi esposa— muy encantadora. No obstante, tengo la conciencia tranquila, ya que tampoco visito las iglesias protestantes. Durante tres años luché, al frente de un regimiento, contra los británicos, no por amor a las colonias, sino porque detesto a los malditos ingleses desde que mataron a mi padre, simplemente, porque era católico. De modo que, aunque estuviese harto del catolicismo, seguiría siendo católico, para llevarle la contraria a los británicos. Ésa es mi respuesta.

—Tan compleja, que su sentido se me escapa —dijo el padre Hesselman.

—Supongo que sí.

—Brusco, pero cordial, como todos los médicos... Ya es un hábito en él —intervino mi esposa Alice.

—No soy cordial —dije ásperamente.

—¿Por qué abandonó el Ejército? ¿Se enojó con ellos?

—¿No será usted el que se enojó? ¿O es usted un maldito tory?

—¡Evan! —exclamó mi esposa. El padre Hesselman me observó sin rencor y me informó que su iglesia era utilizada como hospital desde hacía más de tres años.

—Lo siento mucho, señor. Dispéñeme. El cura sonrió y yo comprendí que la media botella de vino que acababa de beber lo había relajado agradablemente, achispándolo un tanto.

—¿Dónde está su iglesia? —le pregunté.

—En Baltimore, donde los católicos son casi tan numerosos como los protestantes.

—Y ¿hacia dónde se dirige usted... si me permite la pregunta?

—Hacia Rhode Island, donde nueve familias católicas han solicitado un sacerdote, para dicha mía y, tal vez, desgracia de ellas.

—De ninguna manera —dijo Alice—. Pienso que son muy afortunadas.

—Ojalá sea como usted dice, mi querida señora —replicó el padre Hesselman.

—Pero ¿qué hace usted aquí, en el Ridge? ¿Por qué no tomó el barco? Se hubiese ahorrado tan miserable viaje sobre esa estúpida bestia. —Mi asno y yo nos apreciamos mucho... Trato de ser un compañero, en vez de una carga, para él.

—Ni un santo amaría a Uña bestia semejante.

—Eres imposible —me dijo mi esposa—. ¿Qué pensará el buen padre?

—Creo que sé muy bien lo que piensa. Si viviese en esta decorosa madriguera y entre tantas narices estiradas, pensaría como yo. Entretanto me considera como un ateo insolente, vulgar e irascible... quizá con razón... Sí, me enojé con ellos... —Y dirigiéndose al cura—: Pero no vine aquí por eso. Tengo el derecho de vivir donde me plazca. Soy médico y ejerzo aquí mi profesión. Me hirieron en una pierna y cojeo, según habrá usted advertido.

—Lo he advertido —dijo el cura tristemente.

—Evan, Evan —exclamó Alice—. No estamos en una reunión de comité, sino a la mesa, comiendo.

—Hablando de otra cosa: si partió usted de Nueva York, ¿por qué no se embarcó en un paquebote? —le pregunté al sacerdote.

—Porque había una fragata inglesa en el Sound.

—¡Ah!

—La vi con mis propios ojos, doctor Feversham.

—¿Dónde?

—Anclada en la boca del río... ¿Cómo lo llaman ahora? ¿Salituk?

—Saugatuck.

—Eso es. Allí la vi inmóvil, mientras los botes del barco iban y venían... Estaban matando animales, protegidos por un círculo de soldados.

—¿Redcoats^[2]?

—Oh, no... no.

—¿A qué distancia estaba usted de ellos?

—Los observé desde el camino real..., tal vez una distancia de doscientos pasos. Pero tengo muy buena vista. Lucían chaquetas verdes, con cuellos, puños y adornos amarillos, botas negras y calzones cortos y blancos...

—Sí..., hessianos^[3] —añadí, tratando de mostrarme amable—. En realidad, me interesan muy poco esos mercenarios, padre Hesselman, como así también esta guerra, que debería haber terminado y que no concluye nunca... Bueno, ya me ha respondido usted por qué ha venido al Ridge a lomo de asno.

Él se sintió un tanto ofendido y rechazado y mi esposa me dirigió una mirada acusadora. Pero, al cobrar ánimo, luego de ingerir su flan y su café, el hombrecillo me preguntó, siempre modestamente, qué era, realmente, lo que más me interesaba.

—Mi alma inmortal... si es que tengo alma.

Él me tranquilizó.

—Es usted un buen tipo —le dije—. No he hecho más que insultarlo y mostrarme grosero, para hacerle olvidar su buena naturaleza...

—En absoluto —protestó—. Ni el padre del hijo pródigo se hubiera mostrado más generoso; curó usted mis heridas, me confortó y dio de comer y supongo que me ofrecerá un lecho. De modo que rezaré por usted y su buena esposa, para retribuirles todo su amor y su bondad hacia mí.

Al día siguiente me desperté media hora antes del amanecer y fui a echar una ojeada al sacerdote. Se hallaba éste orando junto a la pequeña fuente del huerto. En seguida nos sentamos en un banco de madera, donde el escuchó mi confesión. Cuando aclaró enteramente, reanudó su marcha, luego de asir un cesto con pan y carne que Alice le entregó, y se fue rebotando sobre el lomo de su asno, echando así a perder cuanto yo había hecho para aliviarlo de sus forúnculos.

De esta manera entró el padre Hesselman en mi vida y desapareció de ella... ya que nunca más volví a verlo. Sin embargo, en cierto sentido obró como un catalizador en mi existencia. Por otra parte, en ningún momento, durante los terribles sucesos posteriores, logré ahuyentar de mi memoria su figura y su tonta y dulce sonrisa, ya que fue él quien me informó sobre la presencia de la fragata británica en el Sound.

De aquella nave desembarcó el destacamento de hessianos... Nunca sabré el motivo de su marcha de quince millas en dirección del Ridge. Si pudiera yo describir el caso a la manera de una historia, ésta sería de una sola pieza, pero resulta que mi argumento está lleno de lagunas, baches e interrogantes que nunca hallaron respuesta. Como la mayor parte de las personas del Ridge, hilvané mi relato uniendo trozos dispersos, aun cuando, según comprobará el lector más adelante, estaba yo más al tanto de lo ocurrido que cualquier otro individuo del lugar. Por lo demás, hasta cierto punto yo fui el culpable de lo ocurrido, ya que, entre otras cosas, persuadí a Jenny Perkins, la maestra de Ridgefield, en el sentido de que Saul Clamberham era capaz de aprender. Había éste ingresado en su escuela, donde, por su estatura, sobresalía entre todos los chicos. Los que lo conocían sabían que era inofensivo, pero otros alumnos se asustaban ante aquel enorme idiota que baboseaba y decía cosas incoherentes.

Yo les aconsejé: «Mándenlo a la escuela y siéntenlo en el fondo de la clase. Así aprenderá». Eso les dije cuando me plantearon el asunto como una enfermedad que yo podría diagnosticar y curar.

—Como todo ser humano, tiene el derecho de aprender. Dios nos dotó de inteligencia y nos puso sobre la tierra para aprender. No es un bruto, sino un poco tonto. Por otra parte, ¿qué daño hará en el fondo de su clase?

—¿En mi escuela?

—La escuela no es suya, ni mía..., tal como no es suya ni es mía la iglesia, Miss

Perkins. ¿Qué derecho tiene usted sobre ella?

—Reclamo para mí el derecho de enseñar. ¿Cómo podré ejercerlo, teniendo en mi clase a Saul Clamberham? Es un idiota grotesco. Sea como fuere, asusta a los niños. ¿O es que éstos no tienen ningún derecho? ¿No debe estar la escuela al servicio de los niños?

La maestra había venido con el *squire*^[4] Abraham Hunt. ¿Qué podía yo decir contra el *squire* Hunt, excepto que me irritaba su manera de ser? Era un individuo imperioso... y supongo que no me agradan los hombres imperiosos que saben discernir exactamente el bien del mal. Él era un patriota y yo un soldado, un cirujano y, también, un patriota, aunque según la más objetiva de las definiciones. Hunt adoptaba decisiones y las llevaba a la práctica. Yo, por mi parte, sustentaba la secreta sospecha de que todas las decisiones —o, al menos, la mayoría de ellas— incumben a Dios, no a los hombres. En aquella ocasión él había dispuesto que Saul Clamberham fuera examinado por un médico, que después lo despacharía al manicomio de Boston. Ésa era la única razón de su visita... Me imagino que consideraría una maldición el hecho de que Ridge-fiel no contara con un médico propio, es decir, con un facultativo protestante, que le hubiese ahorrado la consulta a un diabólico papista.

—Es inofensivo —dije—. Este mundo es ya de por sí un estercolero. ¿Por qué hacerlo más hediondo, al ensañarnos contra un pobre tonto?

—Entonces, ¿debo cerrar la escuela? —dijo Miss Perkins.

—No... Yo no creo que sea necesario. ¿Qué desea Saul?

—Leer. Desea leer el Libro..., es decir, la Biblia... para que usted me entienda, Mr. Feversham.

—Estoy perfectamente enterado de que a la Biblia se la denomina el Libro, Miss Perkins. De modo que no es tanta mi católica ignorancia.

—Basta de impertinencias —dijo abruptamente el *squire* Hunt.

—Ahora me enseña usted buenas maneras. Muchas gracias... Sin duda no aprenderá a leer jamás, Miss Perkins, pero pienso que podría usted enseñarle a sumar pequeñas cantidades: uno más dos, más tres. Si me concede usted cinco o diez minutos, después de las horas de clase, trataré de que no la interrumpa en la escuela.

—¿Por qué no le enseña usted mismo, coronel, ya que lo quiere tanto? —me dijo Hunt, regodeándose en la mención de mi grado militar, porque no ignoraba que yo lo había desechado.

—Lo haría con mucho gusto, al igual que mi esposa... Pero ocurre que Saul no cree en lo que le enseñan fuera de la escuela. Si Miss Perkins le diese un viejo trozo de pizarra y una pizca de tiza no molestaría más a nadie.

Miss Perkins accedió y así fue como Saul Clamberham obtuvo un trozo de pizarra y empezó a realizar pequeñas sumas. De modo que la cosa comenzó con el cura, la fragata británica fondeada en el Sound y Saul Clamberham, un poco tonto, pero tan

desprovisto de odio, resentimiento e inquina, que a veces pensé que era el mejor de todos. Así comenzó todo.

2. Los hessianos

El padre de Raymond Heather fue uno de aquellos cuáqueros que huyendo de Massachusetts se dirigieron a Rhode Island, en busca de seguridad religiosa. Cuando Raymond se casó instalóse en el Ridge, donde adquirió una finca de cincuenta acres de tierra pedregosa. Aunque llevaba allí diecisiete años, remendando zapatos durante el invierno y criando ovejas en verano, seguía siendo un extraño en la región, un beneficiario de la dudosa gracia que a regañadientes concedía Connecticut a cuáqueros, papistas, judíos y otros réprobos. Entretanto había criado numerosas ovejas, a una hija de dieciséis años, llamada Sally, un chico de doce, Jacob, una niña de cuatro años, llamada Annie, y una criatura de doce meses que hacía pinitos: Joanna. Su esposa Sarah, una fuerte y alegre mujer, perteneciente a la familia Otis de Boston, no sólo contribuyó con su apellido a alegrar su vida, sino también a brindarle cierta reputación entre los mojigatos locales. Fue Raymond uno de mis primeros pacientes, cuando comencé a ejercer la profesión médica, luego de haber sido dado de baja. Como sabía jugar al ajedrez —aunque lo hacía bastante mal—, nos reuníamos frente al tablero de vez en cuando, hacia el atardecer, en los meses invernales.

Su hijo Jacob vio lo ocurrido entre el imbécil Saul Clamberham y los mercenarios alemanes. Él y Hans Pohl fueron los únicos testigos del suceso. Por otra parte, nada de lo que refirió Hans Pohl posteriormente contradujo la historia de Jacob... y no había motivo alguno para poner en tela de juicio lo relatado por el muchacho.

No cabe duda de que el destacamento de mercenarios desembarcó de la fragata. Numerosos testigos del desembarco coincidieron con el cura, al describir sus uniformes. Por qué fueron escogidos aquellos dos pelotones —dieciséis hombres en total y un joven tambor y un oficial— para marchar sobre el High Ridge, es algo que aún sigo ignorando. No obstante, alguien explicó que otro buque de guerra británico había navegado aguas arriba, por el río Hudson. De modo que era posible que los mercenarios tuvieran la intención de localizarlo o de entrar en contacto con él, ya que, desde ciertos lugares del High Ridge, se abarcan simultáneamente el río Hudson y Long Island Sound.

Afirmo que no existen mejores soldados en el ejército real que los mercenarios alemanes. Por consiguiente, no les costó mucho trepar por el Ridge con sus dieciséis mosquetes. El primer día de marcha —el mismo en que el cura se alojó en mi casa— se desplazaron tranquila y cautelosamente, lejos del camino de posta de Danbury, supongo que, principalmente, por el viejo sendero de los indios, acampando, al caer la noche, junto al río Saugatuck. Nadie los vio ese día o, si alguien advirtió su presencia, guardó silencio respecto de ello y del motivo que lo impulsó a no dar la alarma. Ningún individuo en su sano juicio desea encender la guerra en la trasera de su casa, y como la lucha se desarrollaba ahora en Virginia, sólo un tonto de remate

hubiese actuado para que se extendiese a Connecticut. Muy distinta había sido la situación cuatro años antes. Pero en el tiempo de que hablo todos estaban ahítos de muertes, incendios y acusaciones y existía una especie de acuerdo tácito, en el sentido de vivir y dejar vivir.

De manera que nadie molestó a los mercenarios, ni habló de ellos. Incluso Jacob Heather los hubiera contemplado como a unos lindos soldados de juguete, de no haber ocurrido aquello justo delante de su nariz. Había salido el chico a pescar antes del amanecer y, cuando ascendía por el Hightop bajo los primeros rayos del sol que asomaba por oriente, vio subir a los mercenarios por el sendero de los indios, desde la caleta. Al ver entre ellos a Saul Clamberham, con una soga al cuello, el chico se dejó caer sobre los helechos nuevos y las hojas secas, para observar la escena. Sólo eran visibles sus ojos y su nariz. De pronto, ocurrió aquello, a no más de cincuenta yardas del sitio en que él se encontraba. Los mercenarios ahorcaron a Saul Clamberham.

La noche y el día significaban muy poco para Saul Clamberham. Sin hogar y sin albergue propio, carecía, también, de parientes y amistades. A veces dormía en el templo cuáquero y, en las noches frías, siempre hallaba un rincón, junto a alguna lumbre, donde se enroscaba como un enorme perro... porque era inofensivo y apacible y no más exigente que un vulgar can. Cuando hacía calor, como ese día de mediados de mayo, solía tenderse en la hierba o sobre algún montón de hojas muertas, en pleno bosque. Así habría hecho en esa ocasión, pero el redoble del tambor convocando a los mercenarios, sin duda lo había despertado. Lo imagino con el fragmento de pizarra y el trozo de tiza que le dio Miss Perkins, dispuesto a contar, para entretenerse con los mercenarios.

Éstos comienzan su marcha, y él avanza paralelamente a ellos, a través del bosque, esforzándose por registrar a cada hombre en su pizarra. ¡Sólo Dios sabe qué anota en ésta, qué signos, qué jerigonza! Para Saul se trata de un juego.

Por eso, intenta también, marchar como ellos. Tal vez piensa que pueden verlo, ya que el bosque está desnudo en mayo. Quizá se siente seguro en su tonto mundo, porque todos saben que es un imbécil. Además, lo peor que jamás le ocurrió fue recibir algún golpe en la cabeza o la espalda. Sea como fuere, lo descubrieron y el comandante de los mercenarios —el capitán Wolfgang Hauser— ordenó a su sargento que, a un millar de pasos de allí, fuera con un pelotón a apresar al espía (que eso era para ellos). Sin mucho esfuerzo se apoderaron de Saul, que ni siquiera intentó huir. Simplemente, sonrió como un tonto y, cuando los soldados examinaron su pizarra, asintió, muy orgullosamente, con la cabeza.

Sin duda habrán notado algo anormal en él: sus labios colgantes, su bamboleo, el caminar, sus pies descalzos y sus ropas de desecho. Pero en la guerra los hombres no obran normalmente y no piensan, ni reaccionan, como los seres normales. Por el contrario, se muestran duros y se dejan arrastrar por el temor y la cólera. Por otra

parte, aquel destacamento se hallaba en un país enemigo. Sin embargo, debemos ser ecuanímenes y reconocer que Hauser, el oficial alemán, no actuó precipitadamente: después de colocar una soga en torno del cuello de Saul, le hizo marchar con ellos otras dos millas, en tanto daba vueltas al asunto en su cabeza. Hans Pohl, el joven tambor, declaró más tarde que, al presentir la decisión del capitán, experimentó una enorme angustia, quizá compartida por varios compañeros suyos. Al cabo de dos millas de marcha el capitán Hauser llegó a la conclusión de que Saul Clamberham era un espía que merecía la horca. En ese momento se hallaban exactamente al pie del Hightop, donde se había ocultado Jacob Heather.

Hauser detuvo su caballo frente a un árbol y dijo en forma tajante a su sargento:

—Éste servirá. Cuélguelo de ese árbol —e indicó el gran fresno, de amplia copa, que se erguía junto a la carretera—. Arroje el extremo de la soga sobre una rama y termine de una vez con este asunto.

Aunque habló en alemán, cuando el sargento lanzó la soga por encima de la rama, Saul comprendió todo y, cayendo de hinojos, comenzó a gimotear.

En tanto el sargento trataba de explicarle en su inglés chapurreado que era un espía y que, según las leyes de la guerra, todo espía debe morir, Saul le rogó por su vida.

Hauser, a caballo frente a ellos, se mantuvo en calma y formal, esforzándose por actuar correctamente. Más tarde, al preguntarle a Jacob si Hauser se había encolerizado, el chico me respondió que a él le pareció que no. Supongo que durante varias fútiles horas estuve conjeturando qué clase de hombre debía de ser Hauser: un soldado capaz y eficiente, muy apegado a la letra de los reglamentos, pero con muy poca imaginación. Posteriormente supimos que en su casa de Alemania tenía una esposa y tres hijos y yo descubrí una carta inconclusa, dirigida a ellos, impregnada de nostalgia y buenos sentimientos. Pero los sentimientos tienen muy poco que ver con las necesidades prácticas. El oficial mercenario tenía en su poder un prisionero al que no podía poner en libertad, ni llevar consigo, porque estorbaría su marcha. De acuerdo con su formación militar sólo había una solución. El sargento indicó a cuatro hombres que tiraran de la soga y Saul Clamberham se elevó en el aire y murió estrangulado.

No era aquélla una escena muy agradable para un testigo de doce años. Jacob Heather permaneció petrificado en su lecho de hojas y helechos hasta la partida de los mercenarios, mientras el cuerpo del pobre Saul oscilaba bajo el árbol.

3. La emboscada

Cuando los mercenarios desaparecieron de su vista, Jacob Heather rompió a llorar. Allá abajo el cuerpo de Saul Clamberham se balanceaba ligeramente, acariciado por un viento suave. Sin apartar de él sus ojos siguió llorando. Por primera vez veía ejecutar o matar de cualquier manera que fuese a un hombre. Nunca, hasta ese momento, había presenciado una escena tan horrenda. Sin embargo, reunió el coraje suficiente para descender al valle y tocar aquel cuerpo.

—¡Saul Clamberham! —gritó, incapaz de hallarle un sentido a la muerte, ya a través de aquel cuerpo, ya en su propia mente. Esforzándose, apenas logró rozar un pie descalzo de Saul, al que pellizcó, en busca de alguna respuesta. Sólo entonces la inmensidad de la muerte lo abrumó hasta causarle terror.

Entonces echó a correr. Deteniéndose de vez en cuando para recobrar el aliento, recorrió las dos millas y media que había de allí hasta la aldea.

Esto ocurrió la misma mañana en que partió el padre Hesselman. Luego de despedirme de él me dirigí a caballo a la aldea para retirar cierta correspondencia que estaba aguardando. Durante todo el trayecto lamenté mis bruscas maneras para con el cordial y pequeño sacerdote y mi incompleta y deshonesta confesión, ya que evidentemente había yo olvidado en ella las cosas más importantes. Pero esto no me sirvió de consuelo, porque ahora las recordaba.

La estafeta se hallaba en la posada, a la que arribé poco después de las nueve de la mañana y donde comprobé que no había llegado nada para mí desde Norwalk. Al entrar en el bar para refrescar mi garganta con un poco de cerveza, vi a Abraham Hunt sentado ante la gran mesa colectiva, cumpliendo sus funciones de juez de paz.

Nunca simpatizamos mucho, sobre todo desde que adquirí mi propiedad en el Ridge. Por otra parte, el hecho de ser yo católico e inglés, más que un motivo racional es un aliciente de su antipatía. Coincidimos únicamente en tratarnos con cierto respeto. Sin embargo admito que, como magistrado, es justo y objetivo. En ese momento se hallaba a punto de aplicar una multa de cinco dólares de plata a Salem Alan, por haber éste cazado furtivamente en las tierras de Isaac Leeds, a pesar de ser Salem Alan su primo y amigo e Isaac Leeds, como cualquiera de los de su clan, una persona insignificante para Hunt. Alan montó en cólera y Hunt, consciente de mi presencia, rugió:

—¡Maldita sea, Salem...! ¡Si sigues hablando así en mi tribunal te romperé el lomo con mis propias manos!

En verdad, podía hacerlo. Abraham Hunt pesaba doscientas veinticuatro libras, era puro músculo y hueso y tenía una enorme espalda y una larga cabeza que, bajando en declive hacía sus quijadas, se asentaba en un cuello tan amplio como uno de mis muslos.

—¿Cómo puedes probar que he cazado en sus tierras? —dijo Salem Alan—. ¿Han encontrado allí pieles o esqueletos?

—Eres un cazador furtivo... —dijo Hunt, en forma categórica—, el más recalcitrante cazador furtivo del Ridge.

—De modo que alguno me ha acusado...

—Técnicamente yo —le interrumpió Leeds.

—¡Silencio, señor! —exclamó Hunt—. Estamos en un tribunal imparcial. He ahí al coronel Feversham, bebiendo su pequeño vaso de cerveza como un buen caballero inglés que es y comparando... comparando, hermano Leeds. ¿Quiere usted que nos considere aún más salvajes de lo que hasta ahora le parece que somos?

—Es usted la personificación de la nobleza, *squire* Hunt —le dije calmamente—. Se lo juro por mi alma.

—¿Por su alma de católico?

—Por supuesto, por supuesto —le respondí amigablemente.

Fuera cual fuese su intención esa mañana, yo no deseaba disputar con él... Quizá mi confesión había sido más eficaz de lo que me pareció en el primer momento. Sin embargo, ignoro en qué medida habría yo reaccionado ante la truculencia de Hunt, porque en ese preciso instante irrumpió Jacob Heather en la posada, bañado en lágrimas, sollozando y esforzándose, infructuosamente, por hablar. Había en el bar media docena de parroquianos y seis chicos que, desviándose del trayecto hacia la escuela —donde también él debería haberse encontrado en ese momento—, resolvieron seguir a Jacob. De manera que se reunió allí una verdadera multitud.

Al verme Jacob ocultó su rostro con su chaqueta. En el primer momento pensé que, como de costumbre, los otros chicos lo habían perseguido para intimidarlo, por ser él un integrante de la Sociedad de los Amigos y, en consecuencia, un extraño pecador. De modo que protegí a Jacob con mi cuerpo y los señalé con mi índice acusador:

—Si se trata de otra maldita fanfarronada...

—Ni lo tocamos siquiera, Mr. Feversham.

—¿Juran decir la verdad?

—Lo juramos ante Dios.

—Pasó corriendo delante de nosotros como si lo persiguiera el demonio.

Sus espasmódicos sollozos se atenuaron. Apartándolo de mí le pregunté:

—¿Qué ocurre, Jacob? ¿Qué ocurre?

Entonces logró articular varias palabras:

—Saul Clamberham ha muerto.

Al pronto nadie comprendió. Movidos por la curiosidad, hombres y chicos se apiñaron a su alrededor. Luego de ofrecerle yo un trago de cerveza, logró repetir:

—Saul Clamberham ha muerto.

—¿Dónde? ¿Cómo? Explícate, muchacho —exclamó Hunt, adueñándose, según su costumbre, de la situación—. Deja de lloriquear.

—Eh, Hunt, ¡maldita sea! ¿No ve que se ha quedado sin aliento? Aguarde un momento.

Entonces esperamos hasta que el chico dejó de jadear y pudo, al fin, decir:

—Lo colgaron. Lo colgaron de un árbol.

—¿A quién?

—A Saul Chamberham.

—Vamos, ¿qué está diciendo? —prorrumpieron los que se hallaban a sus espaldas—. ¿A quién colgaron?

—¡A Saul Clamberham! —gritó alguien.

—¡Explícanos! —dijo Hunt más suavemente—. Explícanos, muchacho, qué ocurrió.

—Los mercenarios apresaron a Saul Clamberham y lo ahorcaron.

—Ese chico miente —dijo alguno situado detrás de Jacob.

También desde atrás llegó la voz de Miss Perkins:

—Oh, qué bonito... toda la escuela en la alcoba del diablo... muy bonito.

—Jacob, Jacob —dijo Hunt, sacudiendo al chico suavemente y con una rodilla en el piso, para colocarse a su nivel—, Jacob, ¿qué viste? Ni en el Ridge, ni en todo Connecticut, hay un solo mercenario alemán.

—Yo los vi —insistió Jacob, llorando normalmente ahora—. Yo los vi ahorcar a Saul Clamberham.

—¿Dónde?

—En el gran fresno, frente al Hightop.

—No serían mercenarios —repitió varias veces alguien, detrás de él, en tanto otra persona explicaba a Miss Perkins que si a un chico mentiroso se le dan unos cuantos azotes, no volverá a mentir en el resto de su vida.

—¿De dónde habrían de venir los mercenarios, muchacho?

—No miente —dijo—. Frente al Saugatuck, entre las islas, está fondeado un buque de guerra británico. De él descendieron los mercenarios.

—¿Cómo lo sabe usted? —inquirió Hunt.

—Me lo dijo un sacerdote que pernoctó aquí recientemente. Él los vio.

Silencio glacial.

—Un cura católico —y volviéndome hacia Jacob—: ¿De qué color eran sus uniformes?

—Llevaban chaquetas verdes y amarillas y sombreros muy grandes.

—Pertenece al regimiento de *Jagers*^[5] —dijo—. ¿Por qué no escucha al muchacho?

—Está bien, Jacob —dijo Hunt, cambiando de tono y con voz suave y

descolorida—. ¿Dónde estabas cuando ocurrió eso?

—Ya se lo dije: tendido en el suelo, en el Hightop.

—¿Los contaste?

—Sí.

—¿Cuántos eran?

—Dieciséis y un muchacho tambor y un hombre a caballo.

—¿Los demás iban a pie?

—Sí, señor.

—Está bien —repitió Hunt y, poniéndose de pie, le dijo a Salem Alan—: Convoca a la milicia.

Necesito, por lo menos, treinta hombres a caballo, dentro de una hora. ¿Has entendido?

—¿En qué lugar, *squire*?

—En la granja de Naham Buskin. Diles que cargen perdigones pesados para tirar a quemarropa —y volviéndose hacia mí—: ¿Qué le parece si va al Hightop, Feversham? Una cosa es colgar a un hombre y otra muy distinta ahorcarlo verdaderamente... Acaso el pobre infeliz esté vivo aún.

Asentí con la cabeza, y montando en nuestros caballos partimos, los dos únicamente, hacia el Hightop. No existe un verdadero camino para llegar allí, fuera de la antigua senda de los indios. No obstante, luego de una recia marcha, arribamos al gran fresno en menos de veinte minutos. El cuerpo de Saul Clamberham se mecía entre las hojas nuevas, sedosas y brillantes del voluminoso árbol.

—Está muerto —dije, antes de tocarlo. Tenía el cuello quebrado y la cara hinchada y congestionada. Luego de apearme, palpé el cuerpo: estaba frío y mortalmente rígido. Entonces, extraje un cortaplumas de uno de mis bolsillos.

—¿Qué se propone? —me preguntó Hunt.

—Cortar la soga.

—Si lo dejamos en el suelo del bosque los animales darán muy pronto cuenta de él.

—Lo llevaremos a la granja de Buskin, que está a sólo dos millas de aquí.

—No hay tiempo.

—Hay tiempo suficiente. Hunt. No podemos dejarlo colgando aquí.

—No hay tiempo... Sea razonable, Feversham... Aquellos mercenarios no van a regresar al buque.

—¿Por qué no?

—Porque yo lo impediré.

—¿Con la milicia...? ¿Habla usted en serio, Hunt?

—Nunca hablé más en serio. ¿Adonde cree usted que se han dirigido?

—Al High Ridge... ¿A qué otro lugar podrían ir?

—¿A qué otro lugar? Aunque les agrade el río, no se quedarán allí... los dieciséis individuos. Seguirán su marcha cuesta abajo y no se detendrán hasta llegar al Sound.

—Eso es una simple conjetura.

—¿Qué demonios le pasa, Feversham? —me dijo, muy acalorado—. Usted sabe muy bien que no se trata de una conjetura... ya que no tienen otra opción. Han ahorcado a un hombre... a uno de los nuestros, y se hallan en el Ridge, en nuestra tierra, donde ni un solo individuo levantará un dedo por ellos. De manera que no descansarán hasta salir de aquí.

—Es posible que ya no estén en este país. Inclinándose hacia delante Hunt indicó las huellas impresas en el suave fango primaveral.

—¿Y si vuelven por otro camino?

—¿Por cuál? ¿Por el camino real? ¿Por el camino de posta? No son tan estúpidos. Han elegido el antiguo sendero, porque poseen un mapa y conocen el país. En consecuencia, regresarán por la misma senda. ¿Qué le ocurre, Feversham...? ¿Tiene miedo?

Antes de responderle corté la soga y deposité en el suelo el cadáver de Saul. Sin perder la calma, le dije fríamente:

—Si desea usted saberlo, *squire*, le responderé: Sí..., tengo miedo. He participado en diecisiete batallas: en Francia, España... y, también, aquí, y en todas ellas tuve miedo. Esta guerra ha terminado, *squire*. Usted lo sabe tan bien como yo. También sabe que los hemos derrotado... Sin embargo, estos alemanes siguen siendo los mejores soldados del mundo. Por eso le aconsejo que los deje ir, que les permita volver a su maldito buque y hacerse a la mar. Después, quizá, podremos vivir, según Dios desea que vivamos.

—Ya que ha mencionado, usted, a Dios, Feversham, le recordaré algunas de sus palabras: ojo por ojo y diente por diente.

—Saul ha muerto. Déjelo usted descansar en paz... y a otra cosa. Ya ha muerto mucha gente —e intenté levantar el cadáver, pero éste era demasiado voluminoso para que pudiera yo levantarlo sin ayuda.

—Suéltelo —dijo Hunt y me apartó con su hombro. Luego se inclinó sobre el cadáver, lo levantó y en seguida lo atravesó sobre la montura de su caballo, con un solo y fácil movimiento—. Monte en su caballo, coronel —me dijo magnánimamente—. Yo me las arreglaré para conducir el mío... Tiene usted razón. Disponemos de tiempo suficiente para dar cristiana sepultura a Saul y para enfrentarnos a esos mercenarios.

Hubiera sido inútil tratar de disuadirlo. Ningún argumento, ninguna apelación a su piedad, lo habrían desviado de su simple determinación de vengarse. Hay momentos en que las circunstancias se tornan implacables y nos hacen pensar que ninguna fuerza, argumento o ruego podrán alterarlas. En tales ocasiones los

acontecimientos se suceden tan irracionalmente como las obstinadas huellas de un pesado buey. Eso fue lo que experimenté en aquel momento.

Sin hablar proseguimos nuestra marcha hacia la granja de Naham Buskin, cuyo suelo ascendía hacia el sendero de los indios, tras una larga muralla de piedra. En tanto avanzábamos a lo largo de ésta y del invisible terreno en declive de la granja, comprendía claramente lo que se proponía Abraham Hunt, y lo admiré por su gran visión e imaginación. Entonces ya no lo vi tan distinto de mí y tuve conciencia de los seis hombres que convivían en él como seis hermanos solitarios bajo un mismo caparazón: seis espíritus y seis voluntades desgarrándose bajo la enorme e ilusoria masa humana de Abraham Hunt.

Buskin poseía una gran finca de casi doscientos acres, que era parte de las posesiones de Lord Denny, en litigio durante los últimos veinte años. En ese lapso Hunt había actuado como depositario de los arriendos de dichas tierras y, como Lord Denny nunca visitó sus propiedades americanas, el dinero no fue reclamado y el litigio siguió su curso. Al estallar la guerra la Cámara Legislativa de Connecticut adjudicó los bienes de Denny a sus arrendatarios y los buenos ciudadanos de New Haven emplumaron al abogado de Lord Denny, que huyó a Canadá. El *squire* Hunt transfirió, entonces, seiscientas libras británicas en efectivo a Naham Buskin, que convirtieron a éste en uno de los hombres más ricos del condado y le hicieron contraer, a la vez, permanente deuda de gratitud con Hunt.

De manera que no había problema alguno, en cuanto a la conformidad de Buskin para que la milicia se concentrara en su granja. Mientras cabalgábamos colina abajo, más allá de la muralla y ascendíamos, después, por otra colina, en dirección de la casa, vimos entrar a los milicianos, aisladamente o en parejas. Varios hombres se apearon y apagaron su sed en la fuente de Buskin. Desplazándose a través de la nueva hierba de los campos de Buskin y enmarcados por el flamante follaje de mayo, los jinetes configuraban un agradable y casi fantástico cuadro. Cuando nos reunimos con ellos contamos treinta y dos milicianos y poco después aparecieron otros cuatro jinetes. La familia Buskin salió al encuentro de tanta excitación. Tenía Buskin tres hijas casadas, que le habían dado once nietos, muy bulliciosos en ese momento... Por supuesto, el propio Buskin y sus yernos estaban ansiosos por unirse a nosotros. Era Buskin el más gran patriota del Ridge... y con razón.

Abraham Hunt subió hasta la fuente, protegida por una estructura cubierta, y comunicó su plan a los hombres, que se agruparon a su alrededor. Yo apenas me enteré de él, porque los acontecimientos se desarrollaban vertiginosamente y porque en ese momento estaba tratando de obtener de Mrs. Buskin vendas y varios cuchillos afilados, que remplazarían a mi instrumental —fuera de mi alcance, entonces, por hallarse en mi casa—, tijeras y las mayores agujas que tuviese, como así también retazos de ropa blanca limpios, ron, algunas jofainas de hojalata y una pequeña sierra.

Entretanto, Hunt explicó su plan, que era simple y directo. Los hombres dejarían sus caballos en la granja, se dirigirían a marchas forzadas hacia el límite de la dehesa y se apostarían detrás de la muralla de piedra. Cubriendo con su fuego los dos extremos de la columna mercenaria, harían caer a ésta en una fatal emboscada. Tan simple y claro, brutal y práctico era el plan, que en menos tiempo del que se necesita para explicarlo, todos los milicianos corrían ya detrás de Hunt, jadeando y ansiosos de participar en la cacería. Yo me demoré varios minutos para completar mi equipo y luego emprendí la marcha en pos de ellos, pero sin correr. Cuando Hunt me vio ascender por la cuesta me indicó con ademanes frenéticos que me agachara. Al llegar yo a su lado me dijo, frío y colérico:

—Supongamos que aparecieran ahora..., su presencia nos delataría, Feversham.

—No puedo correr, ni caminar agachado, *squire* —le expliqué—. Después de todo se lo debo a una bala mercenaria. Por lo tanto ello sería, hasta cierto punto, un acto de estricta justicia poética, ¿no le parece?

—Que me cuelguen si lo comprendo. Luego de escoger un lugar entre dos milicianos, apoyé en el muro mi colección rápidamente reunida de vendas e instrumentos quirúrgicos improvisados. Los hombres se alegraron al verme y, aunque hacían muecas, juraban en voz baja e intercambiaban bromas chabacanas, no parecían compartir la absoluta confianza, ni la incommovible resolución de Hunt. Pese a que mi presencia y el tosco instrumental que había yo recibido de manos de Mrs. Buskin suscitaban en ellos la idea de la muerte, sentíanse, al mismo tiempo, más tranquilos. Aunque eran treinta y siete milicianos, contra dieciséis o diecisiete hessianos, la mayoría de ellos pensaban que se hallaban en desventaja, ya que el grupo estaba integrado por varios granjeros y comerciantes, un herrero y sus dos aprendices, dos carpinteros, un tonelero, el batanero Biddle y Saxon, el empresario de pompas fúnebres, que tenía más de sesenta años. El más joven contaba catorce años y el mayor noventa y uno.

Por otra parte, la palabra hessianos, más que designar hombres calificaba una pesadilla vivida por nosotros durante tanto tiempo, que se había incorporado a nuestra lengua y nuestra cultura, como un símbolo de aquellos individuos de carácter y voluntad de hierro, que funcionaban como máquinas. Supongo que ninguno de los hombres alineados tras la muralla de piedra ponía en duda que seríamos aniquilados por los mercenarios alemanes, con emboscada o sin ella. Hablaba mucho en su favor... o, más bien, en favor de Hunt, el hecho de que todos se mantuvieran en sus posiciones. Desplazándose a lo largo de la fila, Hunt los instó a guardar silencio: si deseaban orar debían hacerlo mentalmente y no estaba permitido hablar, preguntar, ni estornudar siquiera.

—Por Dios, Abraham —dijo Saxon—, pueden tardar varias horas en llegar...

—Callaremos todo el tiempo que sea necesario y éstas serán las últimas palabras

dichas por ustedes. Ahora, escuchen: permanecerán agachados junto a la muralla hasta que yo dé la señal, que será ésta —y, metiéndose los meñiques en la boca, silbó suavemente—. Entonces se pondrán en pie y harán fuego. La primera descarga es decisiva. Sin embargo, en seguida volverán a cargar sus armas. Apenas hagan fuego, deberán cargar de nuevo sus armas. Si después de ello siguen con vida, se pondrán de pie y dispararán contra cualquier cosa que se mueva en el camino. Pero recuerden que la primera descarga es decisiva. ¡Qué Dios se apiade de ustedes si malogran el primer tiro! En cada extremo habrá diez hombres, para cercarlos y eliminar a sus jefes y guías. El resto hará fuego contra todo lo que se halle enfrente de su posición. Pero, hagan puntería... no malgasten sus proyectiles. Apunten bien. Distribúyanse cómodamente y apoyen el arma en el hombro, junto al brazo. Así, cuando el arma funcione, no se desviará de su blanco. Ceben sus armas con cuidado y, si no se produce la chispa, no pierdan la cabeza: amartillen de nuevo y vuelvan a disparar. Eso es todo.

Nadie más habló. Sólo se oía nuestra respiración y, de vez en cuando, el rechinar o crujido causado por algún hombre que cambiaba de posición. Agachándose tras la muralla, Hunt vino a mi encuentro:

—Y bien, cirujano... ¿ya está listo? —me preguntó un tanto burlesco.

Tendido al pie de la muralla, tan confortablemente como me era posible estar, lo miré sin responderle.

—Feversham —dijo él—, algún día usted y yo conversaremos largo y tendido y nos libraremos de los gusanos que nos roen por dentro. Aunque nada en usted me atrae, admito que es un valiente.

Seguí guardando silencio, porque ya era demasiado tarde para conversar sobre la demencial escena que preparaba. De esa manera suelen ceder los hombres y rendir su alma y su honor. Hunt estaba equivocado. Yo no era valiente. Sabía demasiado acerca de la guerra para serlo, en tanto él apenas la conocía.

Durante media hora permanecimos tendidos allí, sin que nada aconteciera. Hunt había prevenido a Mrs. Buskin para que retuviera a sus hijos en la casa. Antes de partir la había visto dar caza a sus chillones y díscolos vástagos, obligándolos a permanecer puertas adentro. Ahora lamentaba ya no haber tenido la suficiente presencia de ánimo para ordenar a nuestros hombres que llevaran consigo varios cubos de agua, ya que resulta más difícil trabajar cuando no se lava previamente la herida. No cabía duda de que Hunt armaría un escándalo si le sugería que enviase un hombre en busca de agua.

La idea del agua me hizo reparar en la sequedad exterior de aquellos hombres, que se lamían constantemente sus resacos labios, y en su sequedad interior... aunque tenían las manos húmedas, a causa de su nerviosismo (constantemente las frotaban contra sus *breeches*) y el sudor perlaba sus frentes y mojaba sus ropas. Sin embargo,

se mantenían callados o bien cuchicheaban tan débilmente, que yo no lograba descifrar lo que decían. No es que temieran a Abraham Hunt. (Por lo menos no le temían de un modo consciente). Pero Hunt los dominaba ahora, como los había dominado desde que se convirtió en un ser adulto. Hacía ya más de veinte años que actuaba de juez en el lugar y ellos le obedecían por hábito. La vida, en el prado y en el bosque, parecía languidecer, en tanto los hombres, inmóviles, guardaban un obstinado silencio. Los petirrojos se aproximaron a nosotros y los azules arrendajos se tornaron más osados. Una culebra se deslizó por el muro de piedra y desapareció de improviso y una ardilla se detuvo a observarnos, desde la muralla. El viento de mayo soplaba sobre nuestras cabezas y el ameno y reciente follaje se estremecía y murmuraba como excitado por la primavera.

De pronto, oímos el tambor.

Aquel sonido era la rúbrica de los mercenarios. Apenas lo escuché mi cuero cabelludo se endureció y sentí un escalofrío que me puso la carne de gallina según lo advertí en mis brazos desnudos. El tambor era el símbolo de los mercenarios. Allí estaban, en el corazón de un país enemigo, a quince largas millas de la nave que los había traído y que constituía su única protección. Eran sólo dieciséis soldados, un joven tambor y un oficial y ya habían colgado a uno de nuestros vecinos. Sin embargo, tanta era su confianza en sí mismos y tal su desprecio por los granjeros yanquis de Connecticut, que no les inquietaba meter tanto ruido. El tambor señalaba su presencia, como los anillos de la cola de la serpiente de cascabel anuncian a ésta y atemorizan a otras criaturas cien veces más fuertes que ella. «¡Aquí estamos, maldita sea! ¡Guay del que se meta con nosotros!», decía el tambor.

No los vimos en seguida. Al observar a nuestros hombres, alineados detrás de la muralla, con una rodilla en tierra y el torso inclinado hacia delante, me pareció que estaban petrificados por un temor del que no podría liberarse ninguno de ellos... salvo Hunt, quien, al verme, movió afirmativamente la cabeza, con deliberada frialdad.

El redoble se fue aproximando, firme, acompasado: *rataplán-plan-plan, rataplán-plan-plan*, una y otra vez. Ahora se escuchaba el crujido de sus botas. El cuadro se grabó nítidamente en mi memoria: el tambor, abriendo la marcha, el oficial a caballo y luego los soldados, de a dos, con sus relucientes sombreros negros balanceándose al compás de su marcha, sus engrasadas coletas sobresaliendo en sus espaldas, sus verdes chaquetas, con llamativos adornos amarillos, las vainas de sus bayonetas chocando contra sus muslos, sus enormes bigotes engomados, de los que se sentían orgullosos..., todo ello surge en mi memoria como rúbrica de una muerte ruidosa. Súbitamente el redoble estalló ante nosotros, tan próximo a nuestros oídos, que casi percibimos la vibración de las ondas sonoras en el aire.

A través de las hendiduras de la muralla veía yo las botas del joven tambor.

Entonces miré a Hunt.

En ese momento éste se metía los dedos en la boca. Un instante después su penetrante silbido hendió la atmósfera y los milicianos apostados junto a la muralla se pusieron de pie e hicieron fuego... todos, excepto los mellizos Cutler, de catorce años de edad, que, paralizados por el temor, permanecieron ocultos tras el muro de piedra.

De pie como ellos, en ese momento confuso y explosivo, similar al comienzo de cualquier batalla, asistí a la destrucción del destacamento mercenario. Creo que todos cayeron mortalmente heridos por aquella primera andanada. Los milicianos habían introducido cargas dobles y triples, de perdigones y pólvora en sus armas y dispararon a quemarropa, sobre blancos que se hallaban a pocos metros de distancia. De manera que era muy difícil que erraran. Por otra parte, el arrogante capitán mercenario no había destacado un solo hombre de avanzada. Un proyectil le abrió la cabeza y otro desgarró el pescuezo de su caballo. No obstante, éste traspuso la muralla, arrastrando al oficial, que colgaba de un estribo y, por último, cayó sin vida por el prado. Los demás murieron en el sendero. Entre los caídos, algunos se retorcían y quejaban, pero la mayoría murió instantáneamente. Sin embargo, los milicianos, como enloquecidos, seguían cargando y disparando, una y otra vez. Cuando el humo de la pólvora comenzó a ocultar el camino, los milicianos empezaron a hacer fuego contra la humareda, dando alaridos y chillando con creciente intensidad, a medida que se atenuaban las voces de los mercenarios.

—¡Detenga el fuego! ¿Por qué no da la orden? ¡Ya todo ha terminado! —le grité a Hunt.

Pero nadie prestó oídos a mis palabras. Cojeando tan rápidamente como me lo permitía mi pierna enferma, me dirigí hacia Hunt. Se hallaba éste cargando una vez más su arma, cuando le grité en la cara.

—¡Por Dios, Hunt, detenga el fuego! ¡Puede que algunos estén aún con vida! ¡Esto es una matanza!

Él, sin contestarme, siguió mirando fijamente hacia el prado. Involuntariamente dirigí mis ojos en la misma dirección y entonces vi en el otro extremo del terreno, donde éste se elevaba de nuevo convirtiéndose en una alta colina, a un mercenario que corría cuesta arriba: era el joven tambor. El instrumento, todavía sujeto a su hombro, oscilaba violentamente a sus espaldas. Fuera ya del alcance de los mosquetes se detuvo un instante, volvió la cabeza, se desembarazó del tambor y lo arrojó lejos de sí. Inmediatamente se precipitó en el bosque que cubría las colinas.

4. La persecución

Yacían los mercenarios en el estrecho sendero de los indios... Todos, excepto su capitán que, con la cabeza medio destrozada, estaba tendido en el prado, junto a su caballo. Testigo, en el curso de mi vida anterior, de numerosas escenas macabras, aquélla era, en cierto sentido, la más horrenda que hasta entonces había yo contemplado. Al avanzar entre los caídos, la sangre, que sobrepasaba la altura de los dedos de mis pies, salpicaba mis botas y producía el terrible sonido de una materia succionada. La estrecha zanja lateral del sendero estaba aún saturada del acre olor de la pólvora. Pero no se oía el más leve ruido. Hasta Abraham Hunt guardaba silencio. Los milicianos, disipados ya su loco miedo y su odio, observaban, inmóviles y horrorizados, el resultado de su faena. Nadie me siguió. En tanto daba yo vuelta a los cuerpos —ya el de un hombre de edad madura, ya el de un jovencito, ora el de un muchacho de ojos azules y cabello rubio, en la flor de la vida—, ningún miliciano se adelantó para ayudarme. Tal vez —Dios los perdone— no hubieran podido hacerlo, aunque hubiesen querido.

De pronto, uno de los mercenarios, trastabillando, logró ponerse de pie. De su boca y nariz manaba sangre. Durante un momento estuvo bamboleándose, pero, al llegar yo a su lado, cayó muerto. Uno de los mellizos de Cutler lanzó un grito de sorpresa y Oscar Latham, nuestro obeso posadero, comenzó a gimotear como un niño. Poco después casi todos los milicianos se volvieron, incapaces de seguir mirando aquello. De repente, di con un mercenario vivo.

—¡Cristo santo! —grité—. ¡Necesito que alguien me traiga mi caja de instrumentos y las vendas!

En seguida Hunt vino con ellas.

—¿Está vivo?

—Sí —le dije secamente, mientras desgarraba la chaqueta del soldado.

Éste abrió sus ojos color castaño y húmedos como los de un ciervo y me miró.

—Sálvelo, Feversham —me rogó Hunt.

—¿Para colgarlo?

—¡Bastardo!

—¡Déme las vendas y cierre el pico! ¡Mande a alguien en busca de agua! ¡Necesito agua! ¿Me ha oído?

El otro mellizo Cutler se aproximó, con una cantimplora, a través de los cadáveres. Pero todo fue inútil: veinte perdigones se habían incrustado en el cuerpo de aquel pobre diablo que tenía además, un boquete en el estómago. Murió mientras me esforzaba por tapar el agujero por el que asomaban sus intestinos. Uno tras otro examiné a los dieciséis hombres que yacían en un pequeño río de sangre, cumpliendo mi obligación. Comprendiendo, ahora, el ruego de Hunt, rogué, a mi vez. «¡Por favor,

Dios mío, Todopoderoso, haz que alguno de ellos sobreviva!»». Por primera vez, desde hacía largo tiempo, pedía algo a Dios... Le solicitaba, nada menos, que el don de la vida donde ésta ya se había extinguido. Arrojados de repente en el seno de la muerte yacían aquellos cuerpos en el extraño desorden de las cosas violentamente destruidas: éste sobre un matorral, aquél con las piernas y los brazos grotescamente torcidos, más allá alguien acurrucado como una criatura en el útero materno: a un soldado le faltaba una mano, a otro la cara y un individuo estaba con los brazos extendidos. Tuve que palparlos y sacudirlos a todos y cada vez que tocaba una muñeca todavía caliente, rogaba a Dios que en ella latiera la vida. A otros les restañaba la sangre de la cara, para levantar sus párpados, con la esperanza de que éstos seguirían abiertos. Al fin terminé mi cometido.

—¿Todos muertos? —me preguntó Hunt con voz baja.

Los milicianos comenzaron a agruparse. En forma cautelosa se deslizaron a través del gran charco de sangre. Superada la primera reacción, los muertos nos atemorizan menos que los vivos. Algunos hombres se descalzaron: es más fácil quitar la sangre de los pies que de las botas.

—Todos, *squire* Hunt, todos —repliqué.

—Son soldados, Feversham.

—Soldados muertos.

—Soldados que vinieron a nuestra tierra y colgaron a Saul Clamberham. Cometieron un asesinato.

—¿Qué importa ello ahora, *squire*? Lo cierto es que están muertos.

—El oficial y su caballo están en el prado.

Me alejé de él y, luego de trasponer la muralla de Buskin, me dirigí hacia donde yacía el oficial. Ya dije que en mis tiempos había yo visto muchas cosas... No obstante, aquella escena —el oficial mercenario tendido allí, con los sesos desparramados fuera de su abierta cabeza— me causó tanto horror que empecé a vomitar. Tosiendo y jadeando me aparté de él y me encontré de pronto, ante Hunt, que me estaba observando.

—Tendremos que enterrar el caballo —dijo y se dirigió hacia el oficial muerto, al que examinó atentamente durante largo tiempo.

—¿Conoce usted las insignias de su grado, Feversham?

—Son de capitán. Corresponden a un regimiento de forestales, a los que ellos llaman *Jagers*. Son muy eficientes.

—No tanto... ¿Escapó alguno, acaso?

—El joven tambor.

Hunt se inclinó sobre el oficial y registró sus bolsillos. Al erguirse tenía una cartera en sus manos, cuyo interior empezó a escudriñar. De pronto, al ver que yo lo estaba observando, me dijo:

—No acostumbro robar a los muertos. Feversham.

—En ningún momento lo consideraré capaz de ello.

—Nadie robará a los muertos, Feversham. Les dije a mis hombres que le rompería el pescuezo al primero que intentara tal cosa.

—Pequeño consuelo.

—¿Qué le pasa, Feversham? Usted ha sido soldado y yo también. Los dos participamos en la gran batalla, en el otro extremo de Ridgefield, donde cayeron diez veces más hombres que aquí. Además, no eran alemanes, sino nuestros propios hijos... ¿Quiere usted que ahora llore por estos soldados?

—No. De todas maneras, sería inútil, ¿no le parece?

—Completamente inútil... —convino él, en tanto seguía registrando la cartera—. ¿Sabe usted alemán, Feversham?

—Un poco.

—Trate de descifrar esto —y me entregó una carta.

Era un bello ejemplo de escritura controlada. Cada vocablo constituía una joya del arte caligráfico. Aunque desconocía muchas de las palabras allí insertas, comprendí lo suficiente para captar el sentido de la carta.

—*Squire, squire!* —gritó de pronto, Isaac Leeds—. ¿Qué hacemos con los anillos y el dinero?

—Pónganlos junto a la muralla. Deberá haber allí dieciséis paquetes. ¡Pobre del que toque un solo penique! ¡Lo veré en el infierno!

—Todos tienen anillos de oro... todos estos hijos de sus madres.

—Entonces, deberá haber allí dieciséis anillos de oro, por vida de...

—¿Qué hacemos con la carta? —le pregunté.

—¿Entiende usted lo que dice? En ese momento se acercó a nosotros Naham Buskin.

—*Squire...* Supongo que no los enterrará aquí... No podría yo dormir durante el resto de mi vida, si los enterrase en mi finca.

—¿Piensa enterrarlos aquí? —le pregunté a Hunt.

Molesto, me contestó:

—¿Qué pasaría si así lo hiciese?

—¡Por Dios! ¡Son cristianos!

—El viejo Biddle tiene náuseas —dijo alguien. El grupo que rodeaba al oficial muerto seguía aumentando, pero todos volvían la cara—. Está vomitando hasta las tripas, doctor. Le dio un ataque y está temblando. —Denle un vaso de agua.

—De modo, Feversham, que ahora me dará usted una clase de moral —me dijo Hunt.

—Oh... Escuche, *squire...*, en el cementerio de la iglesia hay lugar suficiente para un centenar...

—Les están rebanando las orejas para llevarse los aros —chilló uno de los mellizos Cutler.

—¡Isaac! —vociferó Hunt—. ¿Enviaste a alguien en busca del pastor Dorset, sí o no? ¿Qué te dije hace un momento? —y en seguida olvidó aquello que incumbía, exclusivamente, al pastor Dorset.

Desde la granja de Buskin venían muchas personas, que en ese momento atravesaban el prado. (El estrépito de las armas de fuego se había oído a muchas millas a la redonda). Abrían la marcha los niños, que corrían delante de las mujeres.

—¡Detenganlos! —gruñó Hunt—. ¿No hay una sola persona aquí con sentido común? Detengan a esos chicos y a esas mujeres. No quiero aquí más que al pastor Dorset. ¡Naham! ¿Dónde diablos te has metido, Naham Buskin?

—¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy! —exclamó Buskin, que estaba junto a la muralla observando a los muertos.

—¿Puedes facilitarme una carreta para transportar los cadáveres?

—La carreta quedará maldita.

—Eres un necio supersticioso —le dijo Saxon, el empresario de pompas fúnebres—. Si nos niegan la carreta, esas pobres almas se hincharán al sol como salchichas hediondas.

Buskin salió disparado en dirección de su casa.

—¿Qué dice ese papel?

—¿Por qué le interesa tanto?

—Porque habremos de devolver hasta la última partícula de ese oro y ese dinero.

—¿A quién?

—A los ingleses. ¿A quién habría de ser?

—¿Cómo?

—Bonita pregunta me hace usted, precisamente cuando estoy devanándome los sesos para resolver otras cosas más urgentes.

—Está bien —le dije—. Esta carta, que no terminó, era para su esposa... Es de carácter íntimo: le habla de su amor por ella y por sus hijos, que, según creo, son tres.

—Eso no tiene nada que ver con este asunto, Feversham.

—¡Váyase al infierno! —le dije y arrojándole la carta al rostro eché a andar a grandes zancadas.

Una hora después trasponía yo el portón de mi casa y entregaba mi cabalgadura a Rodney Stephan, quien de inmediato comenzó a interrogarme respecto de la batalla. Luego de hacer un movimiento negativo con la cabeza, me dirigí a mi consultorio, para quitarme las botas y las rojas, manchadas de sangre, y lavarme. Mientras me desvestía entró Alice, que lanzó un grito ahogado al ver la pila de ropa tinta en sangre.

—¿Qué ha pasado? —cuchicheó—. Oí los disparos.

Desnudo, bajé la vista hacia mis flacas piernas y observé el gran costurón purpúreo de mi muslo izquierdo.

—Por favor, tráeme la bata —le dije.

Me lavé en la pileta del consultorio y cuando Alice me trajo la bata, me envolví en ésta y me senté, temblando y encogido, en un taburete.

—¿Estás enfermo?

Negué con la cabeza.

Ella me trajo una taza de caldo caliente. Luego de beberlo me sentí mejor. En seguida Alice se llevó mis ropas y mis botas.

—Vístete, Evan —me dijo luego dulcemente—. Sobre la mesa hay un poco de carne y pan. Tienes que comer.

Por primera vez sonreí en ese día que, habiendo empezado tan temprano duraba ya una eternidad, a pesar de que estábamos en el comienzo de la tarde. Subí a mi habitación y, mientras me vestía, oí voces de hombres y ruidos de caballos, provenientes del portón principal. Cuando bajaba por la escalera, comprobé que los jinetes se ponían en marcha. Aunque Alice me aguardaba en el comedor, salí de la casa para preguntarle a Rodney Stephan a qué se debía aquella conmoción.

—Van a cazar. Me pidieron que los acompañara, pero yo les dije que no puedo salir.

—¿Qué van a cazar?

—Al joven mercenario. Han invitado a todo el vecindario. Nunca hubo una cacería tan importante, doctor Feversham.

—¿De modo que no lo han apresado todavía?

—No, señor.

Me senté a la mesa sin apetito, pero bebí ávidamente mi café.

Alice, que me observaba y aguardaba una explicación, me dijo al fin:

—Mejor será que te desahogues, Evan. Eso te aliviará y calmará la agitación de tu mente y de tu corazón.

—¿Cómo sabes que estoy agitado?

—Cualquiera se da cuenta de ello. ¿Por qué no me dices lo que te pasa?

Entonces le conté todo lo ocurrido, desde que, por la mañana, había yo partido hacia el Centro y la taberna y le relaté la matanza acaecida en la granja de Buskin y todo lo demás. Alice reaccionó sobriamente y, sin derramar lágrimas inútiles, me miró pensativa y afectuosamente desde su asiento.

—¿Qué puedo yo decirte, Evan?

En vano hice un movimiento negativo con la cabeza.

—No es posible explicarlo con palabras, ¿no te parece? ¿Recuerdas la muerte de la hijita de Mis. Cartwright...? Tú pensaste que podrías salvarla, pero, de pronto.

Asentí con la cabeza, porque recordaba muy bien el caso.

—¡Qué extraño! —dijo Alice—. Cuando te vi por vez primera pensé que tú y Abe Hunt llegarían a ser muy buenos amigos. Se parecen tanto...

—Entonces, me conoces muy poco —le respondí, molesto.

—No, Evan. No te enojés. Tanto odias al *squire*, que no lo consideras un hombre..., un ser humano.

—¿Más de lo que él me odia?

—No sé cuál de los dos odia más al otro, pero si sé que el odio engendra odio... Y ello, ¿a qué conduce? ¿Qué decimos en la iglesia todos los domingos...? «Perdónanos, Señor». ¿Qué significan tales palabras?

—Como no concurre a tu iglesia, no tengo tal problema —le recordé, y, tratando de devolverle el golpe—: Sin embargo, sospecho que Dorset citaría unas palabras muy significativas: quien a hierro mata, a hierro muere. ¿No te parece que pueden aplicarse a cualquier circunstancia?

—En realidad, no crees en nada de eso.

—En realidad, no sé en qué creo... Sólo puedo asegurarte que en este momento carezco de doctrina, de fe, de gracia y de todas esas cosas que tan volublemente manejamos para demostrar que el hombre, en cierta medida, difiere del animal.

—Olvidas, Evan, que estaban terriblemente asustados.

—¿Quiénes?

—Nuestros milicianos, nuestro pueblo.

—Tu pueblo.

—Y bien, mi pueblo —dijo ella—. ¿No crees que el *squire* Hunt sintió miedo? Supongamos que las cosas hubieran ocurrido al revés, es decir, que los mercenarios te hubiesen dejado tendido junto con todos los milicianos sobre tu propia sangre...

—¿Qué diablos quieres decir?

—Sólo trato de hacerte comprender que Abe Hunt no es un asesino. Si lo es, entonces todas las guerras son criminales y ya no sé distinguir el bien del mal... Conozco muy bien a Abe Hunt... Me cortejó antes de que me casara con Alex y, cuando Alex murió, me apoyé en él como una roca —y al ver la expresión de mi rostro—: No, él no es celoso y además está casado y tiene cinco hijos. Sólo deseo hacerte comprender que no es, exactamente, como tú crees que es... sino un hombre honesto y leal a quien la gente considera el mejor juez del oeste de Connecticut. Si él ha dicho que el dinero y las joyas volverán a manos de los ingleses, no te quepa la menor duda de que así será.

Hice un movimiento negativo con la cabeza y me esforcé por seguir el hilo de sus ideas y hasta por aceptar su punto de vista.

—Devolverá el dinero, porque es un hombre justo... Ustedes, los puritanos, son asombrosos. Pero más asombroso aún es su monopolio de la justicia.

—Estás irritado...

—¡En absoluto! ¡Oh, no! De ninguna manera —y no hallando motivo alguno para justificar mi cólera, empujé violentamente mi silla hacia atrás y salí de la habitación, golpeando fuerte con los pies. Ella me siguió con su mirada en la que se reflejaba una extraña expresión de inescrutable paciencia, sólo posible en un rostro femenino.

Esa tarde hube de atender a tres personas: Stickham, el remendón, atacado de salpullido primaveral; Mrs. Elliott, que sufría los trastornos de la menopausia, y Mrs. Curtis, cuyo hijo tenía una mala herida en un pie. En realidad, aquellas tres personas sólo deseaban charlar acerca de la batalla y del mercenario fugitivo. Tanto insistieron en que había que echar el cerrojo a las puertas y cerrar todas las ventanas que, por último, les dije que no quería oír nada más al respecto. Para enterarme de lo que ocurría no necesitaba yo de ellos. Desde nuestra puerta principal podía echar una ojeada a todo el campo circundante, ya que se halla situada sobre una espléndida altura. Desde allí comprobé que la persecución y caza del mercenario obsesionaba a todo el vecindario. Hombres a caballo recorrían los prados y rastreaban los campos, como en los tiempos en que ahuyentaban con sus armas a los viejos tories cazadores de zorros. Se oían gritos y alaridos y estampidos lejanos.

Mientras nos servía la comida Rodney Stephan nos dijo que habían acorralado al mercenario en el Squeehunk Rockface, pero que de alguna manera el muchacho se las ingenió para escalar los ciento cincuenta pies de rocoso acantilado, perdiéndose de vista poco después. (Muy avanzada la noche llegaron a nuestros oídos los distantes ladridos de los sabuesos). Como al caer la tarde empezó a hacer frío, y estaba yo sentado con Alice ante la lumbre, tratando de concentrarme en la lectura de la última edición del *Advertiser*, cuando empezamos a oír los ladridos de los perros. Alice levantó, finalmente, la vista de su cañamazo y me preguntó qué edad tendría el joven tambor alemán.

—Quince o dieciséis años, tal vez. En los regimientos alemanes pueden alistarse desde los doce años.

—¡Qué espanto!

—¿Por qué? En Monmouth (la nuestra) vi morir a un tambor de doce años... Por otra parte, los mellizos Cutler deben de tener trece o catorce años.

—¿Qué tienen ellos que ver con esto?

—Participaron en la emboscada.

—Oh —y retornó a su labor.

Desde la lejanía llegó hasta nosotros el ladrido de los sabuesos. En general, adoro ese sonido, que me retrotrae a los bellos días de mi juventud. No obstante, aquella noche me resultaba intolerable.

—¿Qué harán con él si lo apresan? —me preguntó Alice.

—¿Vivo?

—Estás muy burlón hoy.

—Lo juzgarán.

—¿Por qué? ¿Por haber huido? ¿Por ser un mercenario alemán?

—Por el asesinato de Saul Clamberham.

—Dices cosas muy viles esta noche. Espero que tendrás conciencia de tu propia vileza.

—Es una noche vil.

—¿No te das cuenta de que la gente está atemorizada?

Volví al *Advertiser* y me permití opinar en silencio sobre los directores de diarios de las colonias, en tanto ella retornaba a su cañamazo, aunque no por mucho tiempo.

—¿Cómo sabremos qué le ha ocurrido?

—Llama a Rodney Stephan y pregúntale.

—¿Cómo puede él saber?

—Si algo ha pasado, él lo sabrá.

Ella me miró fijamente durante un momento. Luego abandonó su labor y se dirigió hacia la puerta, desde donde llamó a Rodney Stephan. Apenas se oía ahora el ladrido de los perros.

Rodney apareció en el vano de la puerta, con la bandeja de plata que estaba bruñendo. Once piezas de excelente plata era cuanto restaba de mi antigua herencia paterna y él las bruñía constantemente, porque no podía estar nunca con las manos ociosas. Siempre estaba ocupado en alguna labor.

—¿Han capturado al joven alemán? —le preguntó Alice.

—No, señora.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, en primer lugar, señora Feversham, por el ladrido de los perros... No cantarían si no estuviesen sobre la pista.

—Vamos —le dije—, sabes muy bien que un perro de caza abandona cualquier pista cuando se topa con un oso o un ciervo. Por otra parte, en este caso no tenían ningún objeto para orientarlo.

—¿Me permite, doctor...? Tenían el tambor que el muchacho abandonó.

Recordé la escena, pero su argumento no me satisfizo. Era imposible descubrir rastro alguno con los miserables perros del Ridge.

Rodney asintió con la cabeza.

—Insisto: no lo han encontrado. De lo contrario Osear ya lo sabría y hubiese mandado al muchacho con la noticia. Yo le prometí un bolso de nabos suecos... y ellos no están en muy buena situación después de tan largo invierno —me explicó como excusándose—. Se lo prometí porque sabía que a usted le interesaría la noticia.

—¿Cree usted que lo apresarán? —le preguntó Alice.

—Tarde o temprano, señora Feversham. ¿Adonde podría ir? No le deseo ningún mal, porque un joven es un joven... Pero ¿adonde podría ir?

—Sin embargo, hay que tener fuerza y coraje para escalar esas rocas.

—Sí... por supuesto, es muy ágil... Si tiene algún olfato se dirigirá a la gran ciénega. De ahí viene la canción... ¡Escuchen!

Desde lejos, y muy débilmente, llegaban hasta nosotros los ladridos de los sabuesos... De pronto, al cesar éstos, nos miramos mutuamente.

—Cuando llegue el muchacho de Latham les avisaré.

Pero nos fuimos a la cama y dormimos toda la noche y llegó la mañana y el muchacho de Osear Latham no apareció para anunciarnos que el mercenario había sido capturado y para retirar los nabos prometidos. Durante el día mis pacientes me fueron poniendo al tanto de lo ocurrido. Todos coincidían en que habíamos obtenido una grande y gloriosa victoria. Bosley Crippit, el actuario y archivero, que desde hacía medio siglo intentaba vanamente suicidarse con alcohol y que, por consiguiente, sufría indeciblemente al beber agua, me aburrió, durante el curso de su visita, con un análisis comparativo de todas las batallas ocurridas a lo largo de la guerra y me aseguró, con una alegría sólo interrumpida por sus intermitentes ayes de dolor, que, hasta cierto punto, la ya denominada «Batalla de la Granja Buskin» era la más importante de todas.

—Porque, fíjese usted, doctor Feversham, que no hemos sufrido una sola baja, ni un simple arañazo. En cambio, la ira del Señor cayó inexorablemente sobre los mercenarios. La totalidad no puede ser superada.

—¿Qué? —le pregunté.

—He dicho que la totalidad no puede ser superada.

—Creo que oí perfectamente sus palabras... —Benjamin Franklin.

—¿Qué quiere usted decir...? ¿Que pertenecen a Benjamín Franklin?

—Poco más o menos... Es un gran hombre de Filadelfia. Viejo, pero muy activo..., mucho.

—He oído hablar de él.

—Pensé que, siendo usted inglés, no lo conocería.

—Hace once años que vivo en este país, Mr. Crippit, y he oído hablar muchas veces de Mr. Franklin... Nada de ron, ni de cerveza, ni de vino, durante quince días.

Bien sabía yo que aquel pobre diablo echaría en saco roto tales palabras, pero se las dije a manera de pequeña venganza personal.

Terminada mi labor matinal, entró Rodney Stephan en mi consultorio para decirme que el alemán no había sido aún detenido y que Jacob, el hijo de Raymond Heather, deseaba hablar conmigo.

—¿Está enfermo?

—¿El alemán?

—Oh, no, el hijo de Heather.

—Parece muy listo...

—¿Dónde perdieron de vista al mercenario?

—En la gran ciénaga —me respondió Rodney Stephan—. Mientras siga allí no podrán capturarlo... Pero morirá. Estoy seguro de que morirá.

—Veré a ese chico —dije.

Rodney Stephan hizo pasar a mi consultorio a Jacob Heather, un niño pequeño, pecoso y de cabello anaranjado, que, sin hablar, estuvo lamiéndose los labios hasta que le dije a Rodney Stephan que nos dejara solos.

—¿Qué deseas? —le pregunté al muchacho.

—Mire, señor, mi padre me dijo que no le dijera nada delante del otro.

—Y bien, ahora estamos solos, Jacob.

—Gracias, señor. Mi padre dice que tiene que ir en seguida, doctor Feversham, porque es muy urgente...

—¿Quién es el enfermo...? No será tu madre, ¿no?

El chico negó con la cabeza.

—¿La nenita?

—No puedo decírselo.

—¿O no quieres...? Vamos, Jacob —le dije molesto—. Me pides que recorra cuatro largas millas, hasta tu casa, sin saber a qué o por qué debo ir allá.

—Así es, señor.

Lo miré fijamente durante un momento. De pronto comprendí y le dije cordialmente.

—Está bien, muchacho. Espérame afuera.

De inmediato le ordené a Rodney Stephan que preparase el calesín y le dije a mi esposa que debía ir a atender a un enfermo a la casa de Heather.

5. El refugio

—Doctor Feversham, ¿mató usted a algún mercenario? —me preguntó el chico, que iba sentado a mi lado en el calesín.

—No.

—¿Por qué?

Henchido de amargura, parecía él atormentado por un gran dolor infantil, que yo sólo podía intuir. De modo que le respondí en la forma más directa posible.

—Porque no estaba armado.

Él meditó un instante y luego me dijo:

—¿Hubiera matado a alguno si hubiese tenido una escopeta?

Ahora me tocaba a mí reflexionar. Finalmente le respondí:

—No sé. Yo soy médico. Mi situación es distinta... Para saber lo que haría tendría que tener un arma en la mano. ¿Me entiendes?

El chico hizo un movimiento negativo con la cabeza y guardó silencio durante largo tiempo. Por último dijo:

—No debería haberle traído la noticia.

—¿Tu padre te dijo que no me la comunicarás?

—No.

—Entonces has hecho lo que tenías que hacer.

—¿Cómo sabe un hombre lo que tiene que hacer? —me preguntó con voz un tanto dolorida.

—Tú no eres un hombre, eres un chico. —Mi padre siempre me dice que me habla como a un hombre.

—¿Qué edad tienes, Jacob? —Doce años.

Como yo no tenía hijos, ¿qué podía decirle? En silencio arribamos a la casa de la familia Heather, ante la cual me estaba esperando Raymond. Heather era un hombre de mediana estatura, ojos celestes y cara larga y agradable. Su fuerza no se revelaba a simple vista, ya que la ausencia de odio era tan consistente en él que uno tendía a confundirla con debilidad. Raymond me saludó cordialmente y trató de explicarme, pero yo lo interrumpí abruptamente:

—Tome esta botella de ron y dígame a su gente que necesito agua caliente... mejor dicho, hirviendo, ¿me comprende?, hirviendo.

Mientras íbamos hacia la casa le dije a Jacob:

—Dale de beber al caballo.

—Entonces Jacob... —comenzó a decir Raymond.

—No, Jacob no me dijo nada... Pero yo no soy tonto, Raymond... ¿Es una herida de bala? —Sí.

—¿Dónde?

—En la espalda, sobre el omoplato. En ese momento se abrió la puerta y apareció Sarah, con su bello rostro redondo ensombrecido y conturbado.

—Necesito agua hirviendo y ropa blanca limpia —le espeté—. ¿Dónde está el muchacho?

Raymond me condujo escaleras arriba, hacia un pequeño cuarto, bajo el tejado, donde dormía Jacob. Era la primera vez que yo ascendía a la parte superior de la casa, similar a todas las otras viviendas rurales del Ridge: habitaciones muy pequeñas, con techos extremadamente bajos, heladas en invierno y sofocantes en verano. Tendido en una cama baja y estrecha, como suelen ser allí las camas de los niños, el alemán, con los ojos cerrados, se quejaba ligeramente, en tanto Sally, una hija de Raymond de dieciséis años, le refrescaba la frente con un trapo húmedo. Un cobertor cubría al joven, cuyos largos cabellos rubios, sucios y mojados, se desparramaban sobre la almohada. Sus pecas contrastaban notablemente con su piel color ceniza.

Todo en él —el vello rubio de sus mejillas sin afeitarse y sus despellejadas y magulladas manos de largos dedos, un tanto delicados— demostraban que no era mucho mayor que Sally. Los Heathers le habían quitado las botas, la chaqueta y los *breeches*, dejándolo en camiseta.

Palpé su frente que ardía de una manera que no presagiaba nada buena y fomentaba muy escasas esperanzas y le pedí a Sally agua y jabón para mis manos. Aunque ciertos médicos opinan de otra manera, yo estimo que la suciedad es peligrosa, tanto en la herida como en las manos del médico.

—Ayúdame a colocarlo boca abajo —le dije a Raymond.

Tuvimos que volverlo entre los dos, porque el muchacho pesaba más de lo que yo pensaba. Raymond había colocado en el orificio de la espalda un relleno que, sujeto con una venda, había detenido, por lo menos, la hemorragia. Al quitar yo la venda, apareció una abertura de un diámetro de un cuarto de penique. La sangre, muy espesa, estaba semicoagulada.

—¿Salía sangre de la herida cuando lo encontraron?

—Lentamente... —replicó Raymond.

—Entonces, ¿no tiene idea de la sangre que ha perdido?

Raymond hizo un movimiento negativo con la cabeza y respondió:

—... aunque pienso que bastante. Observe su piel.

—Gracias a Dios era una bala cansada, que recibió ya lejos de la granja de Buskin. Temí encontrarlo muerto y con un boquete en la espalda, del tamaño de un puño. Le estuvieron tirando a mansalva durante todo el día de ayer y esta mañana no se le vio por ninguna parte. De modo que lo habrán herido antes de la puesta del sol y debe de haber pasado la noche con la bala en el cuerpo. Por eso ahora tiene una fiebre de mil demonios. Vamos, Sally, ¿dónde están el agua y el jabón?

La muchacha trajo una palangana con agua caliente, en la que me lavé las manos.

En seguida le pedí algunas bujías, porque la habitación estaba muy pobremente iluminada. Cuando le dije a la joven que permaneciera en el cuarto, mis ojos se encontraron con los de Raymond.

—Está bien... Ya es suficientemente grande para ver estas cosas.

Suavemente, comencé a explorar la herida, en busca del proyectil. De pronto, el muchacho volvió en sí y lanzó un grito de dolor.

—Sujételo —le espeté a Raymond—. ¿Quiere que lo mate con la sonda? ¡Maldita sea! Sujételo. Apoye una rodilla en su espalda y suban a la cama. ¡No permita que se mueva! ¡Sally, alúmbrame con esa maldita vela!

—La cera gotea.

—Déjala gotear.

En ese momento entró Sarah en la habitación y entregó otra bujía a Sally. Súbitamente di con la bala, a la que palpé durante un momento. Aquel contacto me retrotrajo, no sólo mentalmente, sino también físicamente, a otras situaciones similares —centenares de ellas— en que había hecho lo mismo, a muchos campos de batalla, que hedían a sangre, donde había yo sondeado las heridas de muchos pobres muchachos —siempre eran muchachos—, en busca de una bala, un trozo de hierro o algún clavo herrumbrado desprendido de la metralleta y oí otra vez los gritos de los heridos, en tanto mi sonda rozaba, ya un nervio, ya alguna fibra vital, y evoqué de nuevo la postrera indignidad.

Introduciendo mi fórceps en el orificio, traté de separar los bordes de la herida con la sonda, pero como la abertura era muy pequeña, tuve que agrandarla con el escalpelo. Entonces comenzó a fluir de la herida un pus amarillo. Volviendo mis ojos hacia Sally, le dije enérgicamente:

—¡Observa y trata de aprender y piensa en lo que estás haciendo!

Conozco los signos precursores de la náusea y lo que menos deseaba yo en el mundo era que la muchacha vomitara sobre la herida. Sarah me entregó varios retazos de limpia ropa blanca y, cuando di con la bala y la extraje, los gritos del joven se convirtieron en lamentos. La sangre empezó a manar, abundantemente, de la herida y Sarah, que nunca se atolondra, ni pierde la cabeza, me proveía de trapos secos, para remplazar a los que estaban empapados en sangre y pus.

—Se desangrará hasta morir... —cuchicheó Sally.

—No, muchacha... Espero que sigas comportándote tan bien como lo has hecho hasta ahora. Lo que está saliendo de la herida es, simplemente, el humor maligno, el cual, Dios mediante, arrastrará consigo el pus. Si así no fuera, te aseguro que no llegaría con vida al día de mañana... De modo que, aprieta los dientes y alúmbrame bien con la vela y piensa que está en manos de quien ha extraído más balas alojadas en cuerpos humanos, que nueces has partido tú en toda tu vida.

Mientras estaba yo lavando concienzudamente la herida, el muchacho dejó de

forcejear.

—¡Está muerto! —gritó Sally.

—Tanto como tú... Escucha, Sally —le dije, mientras echaba mano del hilo de tripa y de la aguja—. Voy a coser la herida. De modo que tienes que alumbrarme bien. Recuerda que voy a suturar su propia vida. Así aprenderás un pequeño arte que tal vez te será útil más adelante.

Luego de cerrar con cinco puntadas la herida, coloqué sobre ésta un relleno de trapos. Como el muchacho se había desmayado, fue muy fácil vendarlo en pecho y espalda. Después lo tendimos cómodamente en su lecho. Su respiración era lenta pero cuando le tomé el pulso, comprobé ciento diez pulsaciones por minuto, cosa muy natural, luego del choque que le produjo la operación. Me pareció que su fiebre había declinado ligeramente... aunque no estaba muy seguro de ello. Luego de cubrirlo con el cobertor, le dije que alguien debía quedarse a su lado, para observarlo y ponerle compresas frías en la frente. Como el agua en que había sumergido mis instrumentos ya estaba fría, los limpié en un caldero de agua fresca que Sarah acababa de traerme. Luego me lavé las manos y guardé mi instrumental en mi bolso.

—Siéntate a su lado —le dije a Sally—. La cura espiritual es cosa tuya. Yo ya cumplí mi misión. Dentro de veinticuatro horas, más o menos, sabremos si sobrevivirá. En cuanto a la fiebre, lo único que puede hacerse es colocarle paños fríos en la frente y las muñecas, tarea que dejó en tus manos. Tus padres tienen otras cosas que hacer.

—Muchas gracias. Haré todo lo que pueda... —respondió ella seriamente.

Dejándola sola con el enfermo bajamos a la cocina, donde Sarah colocó una cafetera, pan, manteca y queso sobre la mesa y yo me senté y estiré mis piernas durante un momento. Al levantar mi taza de café observé que mi mano temblaba y comprendí entonces que el muchacho alemán era para mí algo mucho más importante que un herido al que simplemente le había extraído un proyectil. Jacob y Annie, su hermanita de cuatro años, permanecían en la cocina silenciosos y con los ojos desmesuradamente abiertos, espantados aún por los gritos que acababan de escuchar. En cambio, la pequeña Joanna había dormido apaciblemente todo el tiempo. Raymond sentóse a la mesa y comió vorazmente.

—No he preparado comida... —dijo Sarah, excusándose—. Como usted comprenderá, doctor Feversham, hoy estamos bastante trastornados...

En realidad, yo no estaba seguro de haberla comprendido. Algo había faltado en la casa, algo por cuya ausencia ella se había excusado... Pero yo no lograba precisar de qué se trataba..., como tampoco estaba segura de que entendía a los cuáqueros. De tiempo en tiempo, a través de los años, había yo conocido o entablado relaciones con cuáqueros aislados y con familias cuáqueras, no todas ellas semejantes a los Heathers, pero lo suficientemente similares entre sí para que pudiera yo formarme

una idea de los cuáqueros en general. Sin embargo, en todos los casos, cuando creía estar a punto de captar la esencia del cuaquerismo, ésta se me escabulló. En ese momento, la única respuesta que provocaron en mi mente las extrañas palabras de Sarah, fue la imagen del pequeño cura católico que, afligido por sus forúnculos, cabalgaba en su burro a través de esta singular y fría tierra protestante.

—Por favor, póngase cómodo y coma, doctor Feversham —me dijo Sarah.

Su pan, su queso casero y su recién batida y sabrosa manteca eran deliciosos. Como Raymond, no había yo probado un solo bocado durante todo el día. De modo que comí y, mientras lo hacía, medité acerca de los caprichos del destino, que había dispuesto que yo estuviera ahora sentado allí, junto a Raymond y próximo a Jacob y al joven tambor mercenario tendido en el desván. Comenzaba a sopesar las consecuencias de tal situación, cuando Raymond me preguntó:

—¿Vivirá, doctor?

—Está en manos de Dios... y si Dios permite que viva, tanto mayor será el placer de Abraham Hunt al colgarlo.

—¡Ah, no! —exclamó Sarah—. ¡El *squire* Hunt es un hombre justo!

—Todos somos justos, Sarah. Por eso dictamos normas de justicia. Hunt reunirá un tribunal militar y no me cabe la menor duda de que el general Pakenham viajará desde New Haven para presidirlo... ¿Qué resolverá el tribunal? Lo acusará de participar en la muerte de Saul Clamberham. De manera que hará justicia... A menos que lo tumben a balazos, apenas lo descubran.

Sarah negó con la cabeza.

—Ah, no... no, no, doctor. Me imagino lo que debe usted sentir, como católico, en nuestro país, y todas sus pequeñas contrariedades... Pero nos juzga usted muy severamente.

—No me refiero a usted, Sarah, sino a otras personas.

—Mucho me temo, Sarah, que el doctor tenga razón.

—Rezaremos —dijo Sarah tranquilamente.

—No, Sarah... No me comprendes. Rezaremos, sí..., pero el doctor tiene razón. Apresarán al muchacho y lo ahorcarán.

—¡No!

—No cabe duda que lo colgarán, Sarah —dije.

—Entonces —respondió ella, siempre tranquila—, no lo capturarán.

—Oh... —y miré a Raymond.

Durante un largo lapso nadie habló. Por último Raymond dijo quedamente:

—Vivimos aquí simplemente porque se nos tolera. De modo que no pediré por él, doctor Feversham. No soy más que un remendón y un granjero y usted es un hombre muy instruido y de mucha experiencia, que me honra con su amistad y que sabe, tanto como yo, lo que significa vivir en un lugar, simplemente, porque lo toleran a uno.

¿Qué debo hacer?

—Eso es cosa suya, Raymond.

—¿Y usted qué hará?

—Yo no tengo nada que hacer en este asunto. Como médico nunca averiguo la nacionalidad de mis pacientes... He atendido, por igual, a ingleses y norteamericanos y nunca hice distinciones.

—¿Lo entregará al *squire* Hunt?

—¿Lo desea usted, Raymond?

—Tenga en cuenta que, como yo, vive usted por un acto de tolerancia.

—El muchacho no está en mi casa, sino bajo su techo, Raymond. Mi situación es cómoda: cierro mi maletín y me voy. No me corresponde decirle qué debe usted hacer.

—Él no le ha preguntado tal cosa —dijo Sarah con cierta aspereza—, porque sabe muy bien lo que tiene que hacer, de igual manera que yo sé cómo debo obrar. Simplemente le ha preguntado qué hará usted.

—Y bien, Sarah, pienso volver a mi consultorio, para dedicarme a mi profesión, algo que, creo, usted debería sospechar.

Sarah se acercó a la mesa, retiró una silla situada exactamente enfrente de mí y se sentó en ella. Durante un largo lapso sus bellos ojos grises examinaron los míos suavemente. Sus cabellos color miel, ligeramente sueltos a causa de su excitación, contorneaban su garganta como un cuello postizo. De pronto volví a experimentar la enfermiza sensación de desesperanza y deseo que me acometía cada vez que la miraba.

—Escuche, Evan Feversham: aquí no hay ningún mercenario. El que antes hubo desapareció para siempre. Estoy dispuesta a jurar y perjurar, en tal sentido, ante Dios. El que está arriba enfermo es mi sobrino de Pennsylvania, que se crió en el territorio holandés, donde tenemos muchos parientes. Eso es lo que diremos. Raymond enterrará su uniforme y todo lo que tenga algo que ver con la guerra. Nos quedaremos tranquilos aquí y dentro de seis meses nadie se acordará del asunto.

—Sarah, Sarah —suspiró Raymond.

—Quién sabe... —dijo—. Tal vez...

—No vivimos solos. En invierno podría pasar, pero, en mayo...

—Haremos lo que tenemos que hacer y Dios proveerá —dijo Sarah con calma.

—Sí, haremos lo que tenemos que hacer —convino Raymond.

Esa noche, mientras cenaba, no hablé del asunto, ni le di explicación alguna, al respecto, a Alice, porque había otros oídos demasiado próximos. Pero una vez que nos sentamos ante la lumbre, la puse al tanto de todo lo ocurrido.

—¡Pero es un mercenario! —fue la primera reacción de Alice.

—Alice, Alice... es un chico. —¿Estás seguro de que Abe Hunt ahorcará a un

chico?

—No, no estoy seguro... pero puedo conjeturar qué hará: convocará un tribunal militar y, entonces, se desatarán las pasiones. No..., no quiero anticiparme... Sólo estoy seguro de una cosa: los Heather son dos de los muy pocos cristianos que existen en este país cristiano. Por consiguiente, no traicionaré a Sarah Heather, ni discutiré sus decisiones.

—Y pensarás de acuerdo con sus deseos. —Sarah Heather está casada y es feliz. Por mi parte, me complazco en la idea de que también lo soy.

—Y supongo que algún día me dirás que no discutirás mis decisiones... Oh, sí, con toda seguridad...

—No he querido decir lo que tú piensas. —¿Qué es lo que pienso?

—Alice, Alice..., si el muchacho estuviera en nuestra casa, yo procedería según tus deseos.

—¿Y si te dijera que lo entregaras a Abraham Hunt?

Sin responderle, me puse de pie y dirigí mi vista hacia todos lados.

—¿Y bien, doctor Feversham?

—¿Dónde está mi pipa?

—¿Por qué no dices la verdad... alguna vez?

—No —le respondí—. Si me dijeras que lo entregara a Abe Hunt, no acataría tu decisión —en ese momento encontré mi pipa y, luego de llenarla de tabaco, me dirigí hacia la chimenea para encenderla—. Porque la guerra es, simplemente, una palabra, para ti. Tú nunca viste colgar o, incluso azotar, hasta dejarlo muerto, a un desertor.

—Eso ocurre en tu Ejército, no en el nuestro —me dijo ella agriamente.

—¡Tu Ejército! ¡Mi Ejército! Cristo todopoderoso, ¿esta pierna me la destrozaron en mi Ejército? Cada vez que pierdes los estribos, me convierto en un leal súbdito inglés.

—Oh, Evan..., no hablemos más de eso. Lo siento...

—Volviendo al muchacho...

—Sin duda piensas que yo lo entregaría —gritó—. ¿No es eso lo que piensas?

—Nunca pensé tal cosa. No te hubiera confiado este secreto; si te creyera capaz de tal acción. Sólo que...

—No hablemos más de ello.

—Muy bien, no hablemos —convine.

—Pensándolo bien, me parece que eso no tiene sentido. ¿Dónde lo ocultarán?

—No sé.

Sin embargo, al día siguiente, cuando por la tarde llegué a la casa de los Heather, comprobé que más que la forma de ocultar al muchacho les interesaba su restablecimiento.

—Sally está con él —me dijo Sarah—. Temo por el muchacho, Evan. —Vertió

agua en una palangana y, mientras me lavaba, me dijo que Sally había pasado casi toda la noche a su lado.

El tiempo había cambiado, lloviendo ininterrumpidamente toda la tarde. En tanto ascendía por la escalera, sentí tamborilear el agua en la pequeña vivienda. Jacob y su hermanita Annie me observaron desde la abrigada atmósfera del cuarto de sus padres, asomándose a la puerta para comprobar qué horrores desencadenaría yo en esa ocasión. En el pequeño cuarto donde yacía el alemán Sally me saludó con una expresión dolorida y fatigada. De alguna manera lo ocurrido durante las últimas veinticuatro horas había hecho desaparecer la infantil lozanía de su semblante, convirtiéndola en una mujer adulta. Por primera vez advertí que se parecía extraordinariamente a su madre.

—Evan —me suplicó, llamándome, como su madre, por mi nombre de pila—. Evan, sálvele la vida. Es bueno y amable... Por favor, Evan, sálvelo.

El muchacho nos observaba, ahora, con los ojos bien abiertos. Sus miradas iban del rostro de Sally al mío. La joven se las había ingeniado para lavar su cara y sus cabellos y éstos se extendían como una masa sedosa sobre la almohada. La traslúcida palidez de su piel le daba un aire extrañamente infantil.

—¿Quién dijo que se va a morir? Basta de tonterías. Muchacho —le dije al mercenario—, ¿puedes darte vuelta? —y a Sally—: ¿Entiende el inglés?

—Sí, pero no hace más que delirar. No sabe lo que dice.

—Entonces ayúdame a darlo vuelta.

El muchacho se resistió pero, como estaba muy débil, logramos colocarlo boca abajo.

—¿Puedes sujetarle? —le pregunté a Sally—. Si no puedes, llama a tu padre.

—Sí puedo. Tal vez me reconozca —y al muchacho—: Hans... Hans, escucha. Estamos aquí para ayudarte. No temas. Confía en mí.

—¿Cómo sabes que se llama Hans y que es bueno y amable? —le pregunté a Sally, mientras quitaba la venda.

—Porque conversé con él esta mañana.

Al sacar la venda comprobé que la herida estaba hinchada, a causa del pus. Éste fluía por las suturas. Cuando palpé el área abrí la herida para dar salida al pus.

—¿Le diste de comer? —le pregunté a Sally.

—Poca cosa. Una taza de caldo.

—¿Lo retuvo?

—Sí... y también bebió agua, mucha agua.

—Muy bien, magnífico.

—¿Morirá?

—No sé, Sally.

La salida del pus alivió al herido, que pareció adormilarse.

—Ahora, escucha, muchacha: en este momento se siente más cómodo. Por lo tanto, dejaré la herida descubierta para que siga drenando y no me apartaré de su lado. De modo que puedes bajar a comer algo y sestear un rato.

—Él me necesita.

—En este momento no te necesita, Sally. Si a alguien necesita es a mí y yo estoy dispuesto a hacer cuanto sea posible hacer por él. De manera que te irás de aquí y no asomará tu cabeza por esa puerta hasta que yo te llame.

—¿Porque se está muriendo? —me preguntó angustiada.

—Porque no morirá. ¡Ahora vete!

En seguida quedé solo, sentado junto al enfermo, en tanto afuera la luz del sol comenzaba a declinar. Así transcurrió, más o menos, media hora, durante la cual el alemán emitió gemidos espaciados, pero sin moverse, cosa que me alegró, ya que su abierta herida no fue perturbada en absoluto. Luego entró Sarah con dos velas encendidas y me preguntó si deseaba comer algo.

—No, mi estimada señora. Preferiría, en cambio, que enviase a Jacob a mi casa, para comunicarle a mi esposa que pasará, tal vez, toda la noche aquí. Adviértale al chico que debe hablar con ella a solas y de ningún modo en presencia de mi criado Rodney Stephan. ¿Está durmiendo Sally?

—Sí. ¿Qué significa este muchacho en la vida de ella?

—No es hija mía, sino suya.

—¿Vivirá el muchacho, Evan?

—No sé. Cuando una herida degenera en humor maligno y supura y la fiebre aumenta... entonces la vida depende exclusivamente del enfermo. Si la vitalidad de éste es suficientemente poderosa, vencerá al pus y derrotará a la fiebre. De lo contrario morirá. He visto muchos casos similares y en todos sucedió una u otra cosa. Ahora tóquelo... toque su frente.

—Arde —dijo ella.

—Si la fiebre cede antes del amanecer, vivirá —dije, encogiéndome de hombros—. Eso es todo. —Pobre Sally, pobre niña, ha asumido toda la responsabilidad respecto de su vida.

—¿Qué quiere usted decir? —le pregunté.

—Ni yo misma lo sé. No podría explicarlo... Dígame, Evan, ¿su religión admite la gracia?

—La admite en ciertas personas afortunadas. Yo no soy afortunado. ¿Qué ocurre con Sally?

—¿Sabía usted que enterraron a los mercenarios en el cementerio de la iglesia congregacional?

—¡Qué generosos!

—Odia usted demasiado, Evan.

—Quizá..., porque no veo muchas cosas dignas de ser amadas en este mundo. Escuche: voy a cerrar la herida. De modo que después habrá que levantarlo para venderlo. ¿Me hace el favor de decirle a Raymond que suba para ayudarme? Asintiendo con la cabeza salió del cuarto y poco más tarde apareció Raymond Heather... Luego de cerrar yo la herida y de colocar un relleno sobre ella, dimos vuelta al joven y Raymond lo sostuvo, en tanto yo pasaba la venda por su pecho y su espalda.

En ese momento el joven se despertó y, semiinconsciente, nos miró y sonrió dulcemente como un niño.

—Dispongo de dos chelines para pagarle —dijo Raymond—. Pero temo que tendré que pagarle el resto en especie.

—Raymond, Raymond...

Nos miramos durante cierto tiempo. De pronto él inclinó la cabeza y dijo:

—Lo siento. No volveré a hablar de ello —y agregó, con aire torpe—: Nosotros nos acostamos temprano. ¿Quiere que me quede con usted?

Yo hice un ademán negativo con la cabeza.

—¿Me llamará si me necesita?

—Lo llamaré, Raymond.

—Tengo el sueño ligero. Bastará con que llame suavemente a la puerta de nuestra habitación.

—Siempre que lo necesite, Raymond.

Salió él y yo quedé a solas junto al mercenario, como en muchas ocasiones semejantes —tantas que no podría precisarlas claramente— había yo permanecido al lado de algún hombre o una mujer o un niño enfermos o moribundos o a punto de renacer... No sé qué les ofrecía, si es que les brindaba algo. En cambio, sí me parece que recibía algo de ellos. Ésa era la única religión que subsistía en mí. Nadie, ni mi esposa, ni ninguna otra persona, ni siquiera el sacerdote a quien pocos días antes le había hecho yo una especie de confesión, tenía una idea de la estéril desolación de mi existencia y de la pesadilla que implicaba el observarme a mí mismo como un miserable fragmento de aquella pedregosa serranía que se elevaba en un lugar llamado Connecticut, donde no tenía con quién intercambiar palabras o ideas significativas para mí. Por eso, tal vez, les daba yo algo valioso a mis enfermos o bien recibía algo de ellos. Fuera cual fuese el caso, en ellos encontraba yo un poco de paz, una especie de quietud que serenaba mi espíritu y hacía brotar espontáneamente en mi alma una suerte de plegaria personal, en demanda de cura y perdón.

En la calma nocturna cobraron vida todas las voces de la noche. Además de la ronca respiración del mercenario llegaban a mis oídos el rumor de las pisadas de los animales, los penetrantes chillidos de una lechuza, las rascaduras de los mapaches, empeñados en explorar el territorio del hombre, los coléricos ladridos de los perros y,

desde muy lejos, el salvaje clamor de los somorgujos que poblaban la gran ciénaga.

Súbitamente el mercenario gimió. Al palpar su frente comprobé que ésta ardía como una brasa. Se acercaba el momento de la definición, en la lucha de la vida contra la muerte, del instante a partir del cual no podría sobrevivir con aquel fuego en las venas.

De repente se abrió la puerta y entró Sally con varias bujías que en seguida encendió para reforzar la luz de las velas anteriores, ya casi consumidas. Después de sentarse junto al lecho, en el lado opuesto a aquel en que yo me encontraba, me explicó quedamente:

—Como ahora sabremos si vivirá o morirá, será mejor que me quede, ¿no le parece?

—Tal vez —le dije.

—Sólo vivirá si se recobra espiritualmente —dijo ella con sencillez.

—Y tú revivirás su espíritu, ¿no, Sally? —le pregunté, sin asomo de burla, con auténtica curiosidad.

—Sí.

—¿De qué manera?

—Con amor —dijo ella—. Porque lo amo.

—Vamos, pequeña, si apenas lo conoces.

—Lo conozco muy bien, Evan Feversham —me contestó con gran dignidad—. Ayer conversamos... Además, yo lo encontré. De modo que su vida me pertenece, ¿no es cierto?

—¿Qué quieres decir?

—¿No le contó mi padre?

—No. No hablamos de la manera en que se conocieron. Estuve a punto de preguntarle al respecto, pero se me pasó.

—Luego de abandonar la ciénaga, atravesó el bosque y el prado y se escondió entre el forraje del granero. Cuando, por la mañana, entré allí para dar de comer a las gallinas, vi una mano sobre el heno... Pero no me asusté. En seguida aparté el heno que lo cubría y lo desperté. Ninguno de los dos se asustó. Después fui en busca de mi padre y él lo trajo a la casa.

—Pero ¿por qué dices que lo amas? —insistí—. ¿Acaso porque tu religión te aconseja amar a todo el mundo?

—Ésa es una forma del amor —me respondió tan tranquilamente como si me estuviera hablando del tiempo, de la lluvia caída esa tarde o de la luna que en ese instante resplandecía en el firmamento—. A él lo amo de otra manera: como una mujer puede amar a un hombre...

—Me parece que estás disparatando —le dije, molesto e irritado por su calma y aplomo—. Él no es un hombre, sino un chico y tú eres una niña. ¿Cómo puedes amar

a un desconocido, a un extraño?

—Para nosotros no hay desconocidos. —¿Has hablado de ello con tu madre o con tu padre?

—No. Sólo a usted le he dicho tal cosa, para que comprenda por qué debo permanecer aquí... Usted me permitirá quedarme.

—Quédate si quieres. Pero debo decirte que estás hablando como una romántica estúpida. Si fueras hija mía, haría entrar en razón a tu necia cabecita.

—Entonces, doctor Feversham, me alegro de no ser hija suya, a pesar de cuanto lo admiro.

—Te agradezco la admiración que sientes por mí, Sally Heather, pero, si deseas que te trate como una mujer, en lugar de considerarte una criatura, tienes que obrar como una mujer y no como una pequeña tonta.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No hablemos más de esto —le dije—. Como médico estoy acostumbrado a las confidencias. De manera que no debes arrepentirte de haberme hecho tu confidente. Si permaneces tranquila, podrás quedarte, y si deseas hacer algo, puedes mojar, de vez en cuando, en agua fría el paño que tiene sobre la frente.

Durante largo tiempo guardamos silencio. Por último, saqué mi reloj: eran las 4,30 de la mañana. Como el muchacho respiraba mejor, retiré el paño de su frente y posé mi mano en aquélla: estaba fresca.

—Magnífico —cuchicheé—. La fiebre ha cedido. Ahora está durmiendo... durmiendo de verdad —y me puse de pie—. Puedes irte.

Ella hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Haz lo que quieras.

Abajo encontré agua caliente en un caldero que se hallaba sobre los rescoldos del hogar. Me hice un poco de café, echando agua caliente sobre la borra del día anterior. El mejor café de la época de la guerra apenas merecía tal nombre y el que yo bebí en esa ocasión era aún mucho peor. Sin embargo, entibió mi estómago. Por otra parte, en el estado de ánimo en que me encontraba, me importaba muy poco el sabor del café. En ese instante experimentaba yo la agradable sensación que todo médico siente al ver regresar a uno de sus enfermos del umbral de la muerte. Ello, unido a la falta de reposo y comida, provocaba en mí una deliciosa euforia.

Luego me dirigí hacia la puerta, donde recibí en la cara el aire matinal refrescado por la lluvia. Durante un momento respiré profundamente, en tanto observaba complacido el flamígero matiz rosado que en Oriente anunciaba la salida del sol. Poco después vi salir a Raymond del establo, con dos cubos de espumosa leche, a los que con mucho cuidado colocó en un depósito subterráneo. Acto seguido se aproximó a mí, que seguía en la puerta.

—Vivirá —le dije, respondiendo a su muda pregunta.

—Gracias, Dios mío.

Lo examiné atentamente, preguntándome qué clase de vínculo ligaría a aquella familia con su desconocido e inesperado huésped y debo confesar que lo envidié, no sólo por la esposa que tenía, sino también por la simple seguridad con que actuaba.

—Muy bien —lo interrumpí—. Pero el problema subsiste. Ese muchacho...

—Se llama Hans Pohl —dijo Raymond— y tiene dieciséis años y nueve meses y lleva ya tres años en América. Su padre fue sargento y él nació en un campamento... Pero ello no quiere decir que sea un alma perdida...

—Raymond —lo interrumpí—, ¿cómo diablos conoce usted su nombre y demás datos personales?

—Todo eso me lo ha dicho Sally. Ella conversó con él ayer.

—De modo que Sally es el juez de sus prendas personales.

Raymond meneó la cabeza y sonrió como si pensara que cualquier explicación escaparía a mi entendimiento... y, tal vez, tendría razón.

6. Hans Pohl

Abraham Hunt no era uno de mis pacientes habituales, ya que prefería, en sus infrecuentes dolencias, consultar a Toby Benson, el barbero de la ciudad, quien portaba en sus uñas tierra suficiente para hacer un jardín, abusaba del rapé, usaba tres o cuatro semanas seguidas el mismo pañuelo sin lavarlo y tenía algunas nociones de algo que él denominaba «medicina»..., es decir, era especialista en sangrías y sanguijuelas. Admito que me ensaño con él. No obstante, aquel monstruo local había sangrado, hasta llevarlos prematuramente al sepulcro, a doce ciudadanos e impedido un normal proceso curativo en, por lo menos, cien casos. Por eso el *squire* Hunt, que no era un hombre torpe, apenas contrajo la gota, vino a consultarme.

Varias horas después de mi regreso de la casa de Raymond Heather y de haber ingerido yo mi desayuno frío ante mi esposa, cada día más irascible, entró Hunt con su pie hinchado en mi consultorio. Tuve que requerir la ayuda de Rodney para quitarle la bota. Cuando le pregunté por qué demonios no había metido aquel pie en una chinela, me miró tan fría y desdeñosamente, que resolví contenerme, para no herir su vanidad.

—¿Gota? —me preguntó. Luego de punzar su pie un poco más de lo necesario, coincidí con su diagnóstico.

—¿Qué puede hacer por mí? —inquirió.

—¿Capturó al mercenario? —le espeté, sin poder contenerme.

—Oh... ya lo apesaremos, ya lo apesaremos, Feversham.

—Quién sabe... Es posible que ya no esté en Ridge y que ahora se halle en Saugatuck. Ha tenido tiempo suficiente para ello, ¿no le parece?

—¿Con una bala en la espalda?

—¿Con una... qué?

—Bala, Feversham. Eh, tú Rodney Stephan —le gritó al mestizo que hacía de jardinero y criado en mi casa y era muy propenso a confundirse—, ¿por qué no le has dicho a tu amo que el mercenario tiene una bala en la espalda?

Rodney Stephan sacudió la cabeza. Como me conocía muy bien estaba seguro de que yo deseaba que el mercenario escapase. Por consiguiente, ¿para qué iba a darme tan mala noticia?

—De modo que ha muerto —le dije a Hunt.

—Oh, no. Yo no he dicho tal cosa, sino, simplemente, que tiene una bala encima. Además, hemos visto mucha sangre... Sabemos que está en la gran ciénaga. Pero tendrá que salir de allí. De lo contrario morirá. Yo puedo esperar. No tengo prisa. Ningún mercenario saldrá vivo de esta serranía... al menos mientras yo esté aquí, Feversham.

Volví a punzar su pie enfermo. Él dio un respingo y me preguntó enérgicamente

en qué estaba yo pensando.

—En su pie... ¡Qué lío!

—¿No dijo que es un ataque de gota? Como médico, Feversham, debe usted hacer algo.

—Oh, no. Eso es cosa suya.

—¿Qué?

—Escuche, *squire*: usted insiste en comer carne tres veces por día (bisté tan crudos como si se alimentara con animales vivos) y llena su barriga de oporto, ron y cerveza... Si sigue así la gota se extenderá a la otra pierna —concluí un tanto satisfecho.

—Soy como soy, Feversham.

—Usted es el producto de lo que come... y lo que usted come produce la gota. Eso no tiene vuelta de hoja. De modo que durante una quincena no probará carne ni bebidas alcohólicas. En cambio comerá sopa y pan dos veces por día y beberá agua fresca. Así mejorará su pie.

—¿Sopa dos veces por día?

—Exactamente: sopa dos veces por día.

Tan mísera venganza me contrarió e hizo que me avergonzara de mí mismo. De repente, levanté los ojos y advertí que Hunt sonreía.

—Me tiene usted en sus manos, Feversham.

—Lo siento, pero es la única forma de curar la gota.

—¡Caramba! Creo que lo siente de verdad —dijo él.

Ese día no fue a ver a los Heather. Entre otras cosas, porque me retuvieron en mi consultorio los seis hijos de Clementine, todos con lombrices, mosquitos y amigdalitis y tres de ellos, además, con pus, a causa de algunas astillas. Eran de Danbury y pobres como ratas y habían viajado medio día para llegar a mi consultorio. No podía yo, por lo tanto, darles la espalda.

Durante el almuerzo Alice se mostró tranquila, ensimismada y melancólica. Como había comprado un gallo y siete gallinas ponedoras, me referí a ese tema, pero ella rechazó todas mis preguntas respecto de las aves de corral. En el primer momento pensé que estaba disgustada por haber yo pernoctado en la casa de los Heather. Pero, cuando intenté explicarle que la mera idea de que existiese algo entre Sarah Heather y yo sólo era posible en una mente afiebrada, me espetó:

—No seas tonto, Evan, ni me tomes por una tonta. Estás enamorado de esa mujer desde que la viste por primera vez.

—Sin embargo, muchas veces me dijiste que no soy capaz de amar a nadie.

—No —replicó y meneó la cabeza—. Dejemos eso.

—Pero, lo cierto es que...

—Oh, basta ya —dijo ella—. Te aseguro que no me perturba en absoluto lo que

puedas pensar acerca de Sarah Heather. Por otra parte, sé perfectamente bien que no hay nada entre ustedes. Su cara de santa encubre a una mujer muy cargante. Me gustaría que pasaras una semana con ella para que te aburrieras soberanamente.

—Entonces, ¿a qué se debe tu mal humor?

No me respondió inmediatamente, pero, poco después fue al grano y admitió que había hablado con Abraham Hunt.

—¿Sobre qué?

—Sobre el mercenario.

—No le habrás dicho...

—Te aseguro, Evan, que a veces piensas como un cerdo.

—Lo siento...

Nuevo silencio. Luego ella dijo:

—No, no le dije dónde está el alemán. Sólo le pregunté qué haría con él si lo capturaba.

—¿Y él qué respondió?

—Que lo someterían a juicio y lo ahorcarían.

—¡Magnífico! De modo que no lo enjuiciarían para averiguar de qué es culpable... No. Simplemente lo juzgarán y ahorcarán. El veredicto precede al juicio.

—Evan —me dijo ella, con un tono de voz súbitamente distinto—, trata de comprender. Tú eres europeo y yo nunca he entendido claramente qué idea tienes de las pequeñas aldeas de nuestro continente. Tampoco he descubierto aún qué piensas de nosotros como pueblo. Pero sí sé que durante esta larga guerra dieciocho muchachos de nuestra pequeña ciudad se fueron de aquí para no volver. Por otra parte, no creo que jamás retornen. ¿Te asombra, entonces, que sintamos cierta inquina hacia nuestros enemigos, es decir, hacia los hombres que se alquilan para pelear y matar?

—¿Inquina, o, simplemente, odio?

—Supongo que ambas cosas. ¿Qué tiene ello de extraño?

—Quizá ¿no tenga nada de extraño...? No sé.

Yo no puedo ser juez...

—¿Crees que me alegra la idea de que ahorquen a ese hombre?

—No es un hombre, es un chico.

—¿No luchan los chicos en la guerra?

Asentí con la cabeza.

—¿Se salvará? —me preguntó.

—Creo que sí... Pienso que se salvará.

A partir de ese momento abandonó el tema y no volvió a referirse a Hunt, ni al mercenario.

A la mañana siguiente le pregunté a Rodney Stephan, que atesora un vasto y

curioso caudal de conocimientos, si consideraba posible que el mercenario hubiera burlado a Hunt y huido hacia el Sur.

—¿Hacia el Sur, doctor? ¿Hasta dónde en tal dirección?

—Bueno, supongo que, después de atravesar el Ridge y de arribar al valle del río Hudson, se dirigirá hacia el Sur, hasta York City.

Rodney Stephan pensó un momento y luego, haciendo un movimiento negativo con la cabeza, me contestó:

—No, señor coronel.

—Los títulos que solía conferirme eran muy variados e intercambiables.

—¿Por qué no?

—¡Diablos, coronel!, usted sabe tan bien como yo que Westchester es un lugar maldito, el peor del mundo. Allí degüellan a cualquiera por un chelín... Usted lo sabe muy bien. Lo mismo da que sea un tory o patriota... Les importa un comino quién es uno... ¡Diablos, no!

Acepté sus objeciones y, durante un momento, reflexioné sobre lo que acababa de decirme. Pero también pensé que había que mudar el vendaje al herido. Una vez que despedí al último paciente que acudió a mi consultorio esa mañana, le ordené a Rodney Stephan que ensillara mi caballo y poco después partí hacia la casa de los Heather. Cuando llegué allí Raymond, que estaba limpiando el establo, se adelantó para hacerse cargo de mi caballo. Luego de saludarme me preguntó de qué color prefería yo las botas: ¿negras o marrones?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Bueno, algunos las prefieren negras y otros marrones y hay quienes las usan de cualquier color.

—¿A qué se debe tan extraña pregunta, Raymond? Si piensa usted fabricar un par de botas para mí, permítame que le diga que no aceptaré pago alguno, ni en efectivo, ni en especie. ¿No comprende que no es conveniente que me pague por haber yo atendido al mercenario?

—Creo que lo comprendo —asintió Raymond—, pero es que se ha metido en un lío...

—Como ustedes... Entre paréntesis, ¿cómo está el muchacho?

—Muy bien... extraordinariamente bien. —Bueno, es joven y fuerte... ¿Sigue en la cama de Jacob?

—Sí. Pero no ve la hora de levantarse y huir. Asentí con la cabeza y lo miré larga y pensativamente, hasta que él se vio constreñido a decir: —¿Hay algún problema conmigo o con mi familia?

—Lo habrá. Por supuesto que lo habrá... Ayer atendí al *squire* Hunt. Está enfermo de gota. Alice habló con él y se enteró de que, apenas caiga en sus manos el mercenario, lo juzgará y ahorcará. Proceso y veredicto serán simultáneos.

—De modo que está enfermo de gota —dijo Raymond—. Pobre hombre.

—¡Que me ahorquen si comprendo a los cuáqueros y a su estúpida religión! Lo importante, ahora, Raymond, es sacar a ese chico de aquí... en seguida, inmediatamente. Si no me equivoco, tres casas de cuáqueros fueron reducidas a cenizas... Creo que una de ellas en Peaceable Street... ¿no es así?

—Ah... Vamos, doctor Feversham, exagera usted... Eso ocurrió hace tres años, cuando los ánimos estaban muy exaltados... Aquellos pobres diablos que metieron tanta bulla contra los Amigos, no sabían lo que hacían.

—Sabían lo suficiente para incendiar casas.

—Ah, no. Usted exagera. Todos los que viven en el Ridge, al igual que mis vecinos, son buenas personas.

—Son como los demás, exaltados, irreflexivos y muy propuestos a obedecer y ajustarse a las opiniones del *squire* Hunt.

—¿Cómo podré sacar al muchacho de aquí? ¿Adonde irá?

—Puede volver a la fragata inglesa fondeada en el Sound.

—Ya pensé en ello. Ayer fui a Saugatuck... La fragata ya no se encontraba allí.

—¿Está seguro?

—Lo comprobé con mis propios ojos.

—Estamos metidos en un terrible lío, ¿no le parece?

—No se preocupe, doctor —dijo Raymond—. Dios proveerá en favor del muchacho.

—¿Está seguro?

—Tan seguro como del suelo que ahora piso.

—Lo envidio por su enorme fe, Raymond. Ya hablaremos de eso... Entretanto, permítame que le eche una ojeada al herido.

Cuando me disponía a entrar en la casa, Raymond me tomó de un brazo y me dijo suavemente:

—No debe darle a entender que tememos tenerlo aquí o que es una peligrosa carga para nosotros.

—Por Dios, Raymond, yo no temo que a usted le pase nada y me imagino que usted no tiene miedo... Hunt no le hará a usted mucho daño. En cambio creo que si le echa el guante a ese chico, lo colgará.

En seguida entré en la casa, donde hallé a Sarah amamantando a su bebé junto a la chimenea. Me detuve ante ella, no como médico, sino como un estúpido. Con los ojos fijos en sus blancos pechos, perdí súbitamente el habla. Tan desvalido era mi aspecto, que ella me preguntó:

—¿Se siente mal, Evan?

Negué, desesperadamente, con la cabeza. Entonces ella me entregó la niña, ahora dormida, y abrochó su vestido sobre su pecho, y yo no supe hacer otra cosa que

clavar la vista en una húmeda mancha de leche que había en su ropa.

—¿Algún problema doméstico? ¿Está bien Alice?

Con forzada sonrisa le devolví la niña, que ella colocó en la cuna, en tanto me decía:

—Evan Feversham, es usted el hombre más extraño que he conocido. Pero, supongo que el papismo, la medicina y su devoción por ese increíble juego que usted llama ajedrez se combinan en su persona, para que usted sea como es.

—Ha hecho usted un excelente, aunque un tanto superficial, análisis de mi carácter y mis defectos.

Ella meneó la cabeza, como si se sintiera frustrada.

—Se burla usted de mí y eso no está bien. —¿Cómo voy a burlarme de una persona a la que envidio?

—Vamos, ¿qué tontería está diciendo...? Mi vida consiste en cocinar, lavar, coser y tejer y en amamantar a una criatura y regañar a otros tres hijos. En cambio, usted ha viajado por todo el mundo, ha estado en la guerra, vive en una hermosa casa y tiene una deliciosa mujer de alta alcurnia. No tomo en serio su envidia, porque usted es muy inconstante, Evan Feversham. Sin embargo, lo amo. Pero, no hablemos más de eso. ¿Subirá a ver al muchacho?

—¿Comió algo? —le pregunté, porque no se me ocurrió otra cosa.

—Esta mañana comió una escudilla de harina de trigo, con crema y manteca, dos rebanadas de pan, dos porciones de tocino y una taza de leche caliente con tostadas y miel.

—Vaya... una comida muy nutritiva, ¿no? —le dije con voz débil.

Ella me sonrió y, mientras ascendía por la escalera para dirigirme al cuarto de Jacob, me maldijo por haber reaccionado como un idiota. Cuando llegué a la planta alta vi al joven sentado en la cama y a Sally en una silla, junto al lecho. Antes de trasponer la puerta, que se hallaba abierta, oí un fragmento de su conversación:

—¿Nunca tuviste miedo? —le preguntó Sally.

—Jamás tengo miedo cuando toco el tambor. Entonces me siento *begeistert*^[6]... No sé cómo se dice en inglés. Pero, todo se lo debo al tambor. Yo soy...

Se interrumpió, bruscamente alarmado, cuando entré en el cuarto. Tengo seis pies de estatura. De modo que al agacharme, para no rozar el bajo techo de la habitación, debí de parecerle extraordinariamente corpulento. Pero Sally asió mi mano con tal vehemencia, que el espanto del joven desapareció tan instantáneamente como había surgido. De inmediato la joven me presentó.

—El doctor Feversham —repitió el mercenario en un inglés excelente y casi sin acento extranjero—. Ah, sí, siempre pienso en ese asunto... Usted me salvó la vida. De manera que ésta le pertenece.

—Su vida es exclusivamente suya, Hans Pohl. Por otra parte, esta joven y sus

padres fueron quienes, realmente, lo salvaron. Pero dejemos eso y veamos cómo está su frente.

Al palparla comprobé que estaba fresca y que no quedaban vestigios de su fiebre anterior. Su cabello había sido lavado y peinado... por Sally, según me enteré luego. Una cinta lo sujetaba en la nuca. Al recobrar las mejillas, en parte, su color natural, el rostro lleno de pecas, en el que se destacaban sus redondos ojos azules y una boca grande y bien dibujada, me pareció bastante agradable.

—Y bien, Hans Pohl —le dije—, por el momento eres muy afortunado. Ya no tienes fiebre. Veamos, ahora, la herida. Si no supura, no habrá motivo alguno para que no te levantes mañana. De modo que quítate la camisa y ponte boca abajo.

Como sus brazos no estaban en muy buenas condiciones, Sally le ayudó a despojarse de la camisa. Actuaba la joven con natural sentido posesivo y sin ningún tipo de inhibición juvenil. Al quitar la venda advertí asombrado que la herida no sólo había dejado de supurar, sino que comenzaba a cerrarse. Resolví, entonces, dejar las suturas como estaban otras veinticuatro horas. No obstante, le dije que podía vestirse y permanecer levantado esa misma tarde.

—Muchas gracias, señor —me dijo el mercenario—. Se lo agradezco de todo corazón.

—¿Está, de veras, mejor? —inquirió Sally.

—Hoy se sentirá débil. Pero mañana podrá hacer lo que sus fuerzas le permitan realizar.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó Sally e, inclinándose sobre la cama, besó al muchacho alborozada. Ningún acto de ella era antinatural o afectado y nunca advertí que se sintiera culpable o avergonzada de alguna de sus acciones. Quien se sentía incómodo en ese momento era el muchacho. Pero me imagino que su desconcierto se debía a mi presencia. Cuando miraba a Sally su semblante reflejaba un sentimiento de adoración que jamás he visto retratado en ningún otro rostro humano.

—Doctor Feversham —me dijo el mercenario—, ¿usted es un... «amigo», un cuáquero?

—No.

—Entonces usted...

Sally lo miró, sonriente, y meneó ligeramente la cabeza, pero no habló.

—No. No te entregaré —le respondí sin interés ni entusiasmo—. Te hallas en la casa de Raymond Heather y él es quien debe resolver si te brinda albergue o te lo niega. Yo soy médico y no tengo por qué hablar.

—Nadie te entregará, Hans —dijo Sally.

Mientras me dirigía hacia la puerta, el muchacho me obligó a detenerme con su tono casi suplicante:

—Por favor, doctor, escuche: no tengo a nadie en el mundo, porque mi padre...

—se detuvo, sofocado, pero en seguida hizo un esfuerzo para serenarse—, porque mi padre, que era sargento —con tono grave e importante ahora—, murió, como los otros, ante la muralla. Tengo... tengo miedo —prosiguió—. Sé que no es una actitud viril... por supuesto... Pero, en vez de socorrerlo, eché a correr.

—No hubieras podido ayudarlo, porque era demasiado tarde: él había muerto.

Incapaz de agregar una palabra más, el joven asintió con la cabeza. Ya fuera del cuarto, me detuve junto a la puerta, para decirle a Sally que saliera porque tenía que hablar con ella. En la planta baja, atravesamos el hall y nos dirigimos a la habitación de su madre, cuya puerta cerré apenas entramos.

—¿Qué diablos estás tramando, criatura? —le dije enérgicamente.

—¿Me toma usted por una niña, Evan Feversham? Míreme bien. Creo que ya soy una mujer.

—No deseo discutir acerca del grado de pubertad que has alcanzado —le dije, molesto—. Sólo quiero introducir un poco de sentido común en tu linda y necia cabecita. Ustedes, malditos cuáqueros, no entienden en absoluto esta guerra... ni ninguna otra. La guerra no es un juego, ni un problema ético. Tampoco tiene nada que ver con el cristianismo. Simplemente es una cruenta y salvaje locura. Si capturan a ese muchacho aquí, no será el primer alemán apresado por nuestra gente. ¿Tienes idea de lo que es capaz el odio? Bueno, de todas las cosas odiadas por estos rígidos puritanos (y son innumerables las cosas que detestan) el primer lugar corresponde a los mercenarios alemanes. He visto vender a muchos de ellos, como esclavos vitalicios, por treinta dólares. También he visto cómo violaban con fruición a sus mujeres y de qué manera azotaban, hasta dejarlos muertos, a otros mercenarios. ¿Dudas de mis palabras? Bueno, puede ser que tales procedimientos no sean tan insensatos ni crueles como parecen, sino meras aplicaciones de un antiquísimo y hermoso principio: ojo por ojo y diente por diente, ya que los mercenarios han despedazado a la gente de tu país no una, sino diez veces. También han clavado a los muchachos de Connecticut en los troncos de los árboles, como un coleccionista clava mariposas con alfileres. A menudo han despanzurrado a los norteamericanos. ¡Cuántas veces he tenido que coser una barriga vaciada por una bayoneta mercenaria, después de meter las tripas dentro de aquélla! De manera que una atrocidad engendra otra atrocidad, cosa habitual cuando las muy gentiles y civilizadas naciones cristianas deciden resolver sus problemas asesinándose mutuamente. En este caso, los norteamericanos imitarán a los ingleses, ya que suponen que éstos tienen algún derecho, en cuanto a la vigencia de lo que les arrebatamos. De ningún modo procederán como los alemanes. Por consiguiente, si apresan a Hans Pohl, lo colgarán de un árbol y en él lo dejarán hasta que muera. ¿No te parece que tu actitud es pueril y absurda?

—¿Ha terminado, doctor Feversham? —me preguntó ella tranquilamente.

—No tengo nada más que agregar.

—Bien. Según le dije, soy ya una mujer. Por lo tanto, le contestaré como corresponde que una mujer le responda a un hombre, aunque con menos vehemencia, porque lo respeto a usted mucho más de lo que al parecer usted me respeta a mí.

—Por Dios, Sally... —comencé, pero ella prosiguió:

—Por favor, déjeme hablar. Yo no lo interrumpí a usted. En materia de odio parece usted una autoridad... Pero ¿qué sabe acerca del amor? Para usted mi amor es una cosa insignificante. Por nada del mundo me atrevería yo a ofenderlo. ¿Por qué, entonces, me ofende usted a mí?

—No he tenido la intención de ofenderte.

—Estoy segura de que no se propuso ofenderme. Por otra parte, no tomaré a mal lo que ha dicho sobre mi religión, porque no la conoce. Nuestra doctrina es muy simple. Jesucristo dijo: ama a tu prójimo como a ti mismo, y eso es, precisamente, lo que nosotros tratamos de hacer. De modo que no hay misterio alguno en nuestra doctrina. Pero mi amor no es un amor a medias. Desde chica siempre estuve segura de que algún día amaría a un hombre. Este alemán es simple, ingenuo y familiar. ¿Le parece a usted insensato o pecaminoso el amor que siento por él...? Por eso me han ofendido sus palabras.

—Sally, Sally —le supliqué—, yo no menosprecio tus sentimientos... En cuanto a ese muchacho, es un desconocido para mí. No obstante, considero que debemos ayudarlo a huir de aquí, evitando que sus sentimientos perturben nuestra acción.

—¿Cree usted, Evan Feversham, que mis sentimientos perturban su acción? Me subestima usted demasiado. Yo fui quien urgió a mi padre para que fuera a Sangatuck a comprobar si el buque inglés seguía allí. Pero ahora no hay manera de sacarlo de aquí, ¿no le parece? Dígame de qué manera podemos ponerlo a salvo y verá cómo perturbo sus planes.

—Debe de haber alguna manera...

—Cuando la descubra venga a vernos —y diciendo esto salió del cuarto y regresó a la habitación de Jacob, en tanto yo echaba a andar escalera abajo.

En la cocina me topé con la abuela Masterson. A pesar de sus ochenta años tenía ésta un oído y una lengua tan finos como una muchacha de veinte. Cosía retazos y los acolchaba, para fabricar cobertores. Las mujeres de buen corazón, como Sarah Heather, reservaban para ella las plumas pectorales de gansos y gallinas. Apenas me vio, abuela Masterson me preguntó quién estaba enfermo y cómo y por qué había contraído la enfermedad. Tal vez Sarah había pensado que yo, al escuchar su voz, no bajaría hasta que la anciana se retirase. Pero allí me encontraba y no tuve más remedio que inventar una historia acerca de Sally.

—¡Una hemorragia! —resopló abuela Master-son—. ¿Qué tiene de malo una hemorragia en una muchacha? Eso quiere decir que puede tener hijos.

—Ocurre que una hemorragia puede ser normal o excesiva o insuficiente —le repliqué.

—¿Y ésta cómo es?

—Con todo el respeto que usted me merece, abuela Masterson, le diré que ésta no es una cuestión que debamos discutir usted y yo.

—¿Le parece? Sin embargo, permítame un consejo, señora Heather —expresó la anciana dirigiéndose a Sarah—: si una hija mía tuviera la regla, yo no llamaría a un hombre. ¿Qué saben los hombres de eso? Permítame que llame a una partera. Ella hará lo que haya que hacer. ¿Quiere que me encargue de ese asunto?

—La chica está perfectamente bien —dije.

—¿Cómo puede usted saber, con todas sus ideas paganas, lo que pasa debajo de la falda de una mujer?

Sarah la calmó y tranquilizó, le entregó un manojo de plumas y la acompañó hasta la puerta. Desde la ventana vimos cómo se alejaba trabajosamente a través del campo.

—Ya comenzó el lío —dije—. El muchacho no puede permanecer más tiempo aquí.

—Es una anciana inofensiva.

—Con una lengua afilada como un cuchillo.

—¿Qué quiere usted que haga, Evan? No puedo echarlo.

De regreso en mi casa, le conté lo ocurrido a Alice, porque no era conveniente andar con secretos y misterios con ella. Luego de meditar un rato sobre la frase de Sarah («No puedo echar al muchacho...»), Alice me preguntó:

—¿Cómo es el muchacho?

—Bueno... es un muchacho. En el Ejército he conocido millares de jóvenes idénticos a él, los cuales podrían ser mellizos. Se parece a cualquier muchacho yanqui: estatura mediana, piel blanca y pecosa, ojos azules y pelo color paja. Si me inclinara por cierto tipo de definiciones diría que tiene un rostro honesto. Además, está disconforme de sí mismo, porque el sargento que murió en el combate era su padre.

—¡Oh, pobre chico! —exclamó Alice.

—Bueno... El que a hierro mata, etc., etc.

—No eludas el problema con frases trilladas, Evan. ¿Crees que Sally Heather está, realmente, enamorada de él?

—No sé muy bien lo que significa estar realmente enamorado.

—Yo sí lo sé, Evan: es sentir lo que yo sentí la primera vez que te vi.

—Y ¿qué sentiste entonces?

—Evan... ¡deseé que tú me pidieras!

Siempre ocurría lo mismo. Nos aproximábamos mutuamente cada vez más, hasta

llegar a un punto en que percibíamos que todo se convertía en polvo en nuestros dedos. Me sentía culpable de tan enfermiza situación, porque siempre era yo quien cerraba la puerta. Al observar en ese instante su bello rostro pálido, enmarcado por su negra cabellera, su rostro alerta, inteligente y ansioso, experimenté un asco hacia mí mismo que hacía mucho tiempo no sentía con tal intensidad.

—¿Evan?

Su llamada me volvió a la realidad. Nunca insistía demasiado en sus enojos.

Asentí con la cabeza.

—Me gustaría invitar a almorzar a Abraham Hunt y a su esposa.

—Nunca los invitamos a comer.

—Por eso mismo se justificaría la invitación —dijo ella con voz tranquila.

—¿Sabes lo que pienso respecto de él?

—Por supuesto que lo sé.

—¿Y lo que él piensa de mí?

—Evan —dijo ella—, sin duda ya has dado por perdido al joven alemán, ¿no?

—¿Qué quieres significar al decir que lo he dado por perdido?

—Quiero significar que no hay modo de salvarlo, que morirá... Pero yo no deseo que muera, Evan. Si muere, su imagen se interpondrá continuamente entre nosotros. ¿Cómo es posible que no lo comprendas?

Negué con la cabeza.

—Bueno, puede ser que algún día lo comprendas. En cuanto a mí, es algo que siento profundamente. En fin, pienso que si Abraham Hunt viene a visitarnos, podremos conversar sobre esto.

—¿Y le diremos, también, dónde se encuentra el muchacho?

—¡No, no, no...! Por supuesto que no. Ni siquiera debemos insinuarle que está vivo... No me refiero a eso. Simplemente, creo que deberíamos sondearlo.

—¿Sondear a Abraham Hunt? —le pregunté incrédulo.

—Evan, Evan, ¿trataste alguna vez de comprendernos? ¿Cómo podremos, tú y yo, compenetrarnos en ideas y sentimientos, si no haces el menor esfuerzo para conocernos? A veces pienso que nos consideras unos bárbaros. Pero te equivocas, Evan. Somos un pueblo sencillo y cristiano que, perseguido y hostigado durante un siglo, se refugió en este suelo. Si no hubiéramos sido duros, rectos y de mente estrecha, no hubiéramos sobrevivido. Tú eres un médico acaudalado y mi padre, por ejemplo, fue armador. Pero ésta es gente muy pobre y sencilla, Evan. Piensa en la voluntad de hierro que debieron poseer para arrancarle siquiera un magro fruto a este miserable suelo de Connecticut y para construir aquí en el Ridge esa muralla de piedra de centenares de millas de longitud. Si nos juzgaras según lo que fuimos y lo que hemos llegado a ser, no nos considerarías tan rígidos, ni tan fanáticos. —¿Por eso deseas invitar a Abraham Hunt?

—Sí.

—Está bien —dije—. Haremos la prueba —y asiendo una de sus manos—: Te aseguro, Alice, que haré lo posible...

Más tarde paseamos de la mano por el jardín, fingiendo que todo marchaba perfectamente... o, por lo menos, casi tan bien como lo permitían las circunstancias. Era uno de esos bellos atardeceres que sólo se dan en el mes de mayo. El aire tenía el sabor de la miel y el crepúsculo acumulaba imponentes franjas rosadas, violáceas y doradas. Al construir nuestra casa yo había trazado un jardín con senderos y setos vivos, a la manera inglesa, y, posteriormente, Alice había llenado los arriates de junquillos, azucenas, flores y rosas y sembrado todas las semillas de plantas anuales que pudo comprar u obtener de otras personas. Un pálido festón de capuchinas enmarcaba los tulipanes y junquillos, y las azucenas, aunque sin flores aún, atraían por su lozano aspecto. El jardín le servía de justificación y de refugio y muralla protectora contra mí y el mundo, en general, y su infecundidad, en particular. Esa noche me llevó allí como una amante dispuesta a abrir su corazón a su amado. Tiempo atrás, en cierto depósito de mercancías situado en un muelle de Filadelfia y convertido posteriormente en hospital, había yo descubierto un banco de alabastro. Consignado en Nápoles a un vecino de aquella ciudad, que mucho antes había huido con los ingleses, me fue vendido en cien peniques de cobre por el dueño del almacén, porque entonces era muy difícil conseguir dinero en efectivo. A su debido tiempo me lo envió en una carreta a Connecticut. Aquel banco y un cupido de mármol que yo había adquirido en Madrid varios años atrás, eran los dos más valiosos objetos de su jardín. Creo que los apreciaba más que cualquier joya que yo pudiera regalarle. Cuando nos sentamos en el banco me recordó su historia y agregó:

—¿Sabes, Evan, que siempre deseé retribuirte ambos regalos en especie y que pensé en un caballo de caza, en un zaino de pura sangre árabe, adiestrado para andar a paso rápido, según la escuela inglesa? Y bien, aguardaba para ello el fin de la guerra... Pero, ahora considero que nunca más será posible adquirir un caballo en Inglaterra, a fin de embarcarlo para América.

Como no sabía qué contestarle, guardé silencio. Callados permanecimos en el banco hasta que obscureció. Entonces, cuando nos disponíamos a entrar en la casa, le dije, vacilando, como un chico estúpido:

—Has de saber que jamás toqué a Sarah Heather. Nunca la besé, ni le dirigí una sola palabra afectuosa... ninguna de las palabras que los hombres suelen decir a las mujeres, y te aseguro que jamás haré tal cosa.

—¿Y crees que eso mejorará la situación?

Al día siguiente me dirigí a la casa de los Heather para quitarle los hilos de la herida al mercenario. Hans Pohl estaba sentado frente a la lumbre, en la cocina. Vestía un traje en desuso de Raymond y tenía el cabello corto, a la manera de los

cuáqueros. Sally, en tanto batía la manteca, corregía el inglés del muchacho, extraña mezcla de alemán y *cockney* que Pohl había adquirido de los *redcoats*, y lo instruía en la pronunciación lenta y gangosa que pasaba por acento norteamericano. Tan lista era la joven en ese sentido, que me detuve a escucharla con interés durante un momento, antes de decirle a Pohl que se quitara la camisa porque deseaba observar su herida.

Ésta había curado enteramente. De manera que cuando corté los hilos y los arranqué de la herida, apenas manó de ella una pizca de pus. Al percibir la frescura de su piel no pude evitar el sentirme orgulloso de mí mismo, como todo cirujano que acaba de derrotar a un proyectil.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté.

—Bien... muy bien. Oh, sí, me siento magníficamente..., doctor Feversham —y luego de una pausa, me preguntó—: ¿Puedo trabajar, doctor?

—¿Trabajar?

—Quiere ayudar a mi padre —explicó Sally.

—Para retribuirle... —dijo el mercenario. Lo miré, pensativo.

—Sí, puedes trabajar.

Fuera de la casa me topé con Sarah, que regresaba del gallinero con un cesto de huevos y su hijita más pequeña apoyada en la curvatura de uno de sus brazos. Luego de entregarme el cesto, colocó a la criatura sobre la hierba.

—¿Puedo ofrecerle estos huevos, Evan? —Sarah, nuestras gallinas ponen una docena por día.

—¡Qué lástima! No sé qué ofrecerle, Evan.

—No tiene que ofrecerme nada...

—¿Vio a Hans?

—Sí. Le quité los hilos de sutura. Se halla perfectamente y desea trabajar.

—Es un buen muchacho, Evan. Nos ha dicho que quiere ganarse el pan que le brindamos... y, en realidad, aquí hay mucho que hacer.

—¿Dónde se alojará?

—Raymond le ha preparado una cama en el pesebre desocupado. En verano no es molesto dormir en el granero.

—De modo que dormirá en el granero y trabajará en el campo —le dije, muy preocupado—. Sarah, usted y Raymond han perdido enteramente la cabeza. ¿Cuánto tiempo podrá durar eso?

—Mentiremos, si es necesario. Si decimos que es sobrino nuestro, ¿quién nos desmentirá?

Hice un movimiento negativo con la cabeza y monté en mi caballo.

—Hagan lo que les parezca... —le respondí—. Pero por lo menos que no aparezca ante ningún visitante.

—Es usted un hombre extraño y adorable —me replicó sonriendo.

A la mañana siguiente me dirigí a Redding, para examinar la pierna rota de un granjero llamado Caleb Winters. Se había caído éste desde lo alto de su granero, hiriéndose gravemente: el golpe había afectado los ligamentos de una de sus rodillas. Tan dolido estaba que tuve que darle de beber media botella de ron. Así pude encajar debidamente el hueso de su pierna. Como caía ya la tarde, regresé por el atajo que atraviesa el bosque y descendí hacia la Norwalk Run, una graciosa y pequeña corriente de agua que nace en la gran ciénaga y, deslizándose hacia el Sur, desemboca en el Sound.

Luego de apearme en la orilla, me tendí en la hierba, en tanto mi caballo apagaba su sed en la corriente. Seguía aún tendido allí cuando vi a Hans Pohl y a Sally Heather al otro lado del curso de agua, avanzando a través de una espesura de espadañas. Tomados de la mano y enteramente absortos en sus comunes pensamientos, sólo tenían ojos para mirarse mutuamente. De pronto cambiando de dirección, echaron a andar cuesta abajo a lo largo de la corriente.

En ese momento mi caballo me rozó ligeramente para recordarme que estábamos lejos de casa. Pero yo no me moví hasta que los dos jóvenes se perdieron de vista.

7. El «squire» Hunt

Abigail, la esposa del *squire* Hunt, aceptó rápida y afablemente la invitación de Alice. Mi esposa me mostró la esquila que le había entregado a Rodney Stephan. Decía en ella Abigail:

Mi queridísima Alice:

Siempre has ocupado un lugar muy especial en mi corazón. Por eso, ahora que has hecho lo que yo nunca fui capaz de hacer, confío que reanudaremos una amistad que en otro tiempo fue infinitamente agradable. En tal seguridad aceptamos tu invitación y nos haremos presentes en tu casa a la hora indicada.

*Tu humilde servidora,
Abigail Hunt.*

Abigail Hunt, parienta lejana de su esposo, era una mujer instruida y graciosa, y, como éste, se hallaba emparentada con los Cromwell y los Hancock de Boston. El padre de Hunt se había establecido en el Ridge cuando lo nombraron juez de paz, pero su dinero provenía de la considerable participación de su familia en las cordelerías de Boston. Además de hacer construir la mejor casa del vecindario, envió a su hijo al Harvard College. De acuerdo con su idiosincrasia era natural que no se casara con una muchacha del Ridge, sino con una joven de Boston. Aunque el *movimiento nivelador* abarcaba todo el territorio de Connecticut —en algunos sectores con feroz fanatismo—, no he conocido personas más respetuosas del poder y la riqueza que los pobladores de esta región. Pese a que las magistraturas de Abraham Hunt y de su padre les habían sido otorgadas por la Corona, nadie protestó cuando permanecieron en sus cargos bajo el nuevo gobierno. Por el contrario, apenas instalado éste, Hunt organizó la milicia local y al frente de un regimiento intervino en la campaña de Jersey y Pennsylvania, hasta que enfermó gravemente de ictericia. Durante casi seis meses estuvo al borde de la muerte. Sin embargo, su dolencia hepática, tal vez relacionada con su gota, no lo amilanó en absoluto, ni atenuó cierta violencia salvaje que siempre bullía en su interior.

La víspera de su visita a nuestra casa se dirigió a caballo a la granja de Heather con el propósito aparente, y quizás auténtico, de hablar nuevamente con Jacob, ya que en ningún momento dio a entender que sospechara de Raymond Heather. Sally, al verlo desde lejos, corrió hacia el granero, donde encontró al mercenario aseando aquella dependencia con el mismo esmero con que una buena ama de casa limpia su cocina. Los dos jóvenes treparon a la parte superior del granero y se ocultaron en el

rincón más oscuro, bajo el heno. Según me enteré mucho más tarde por boca de la muchacha, aquello fue, simplemente, un juego o un pretexto para estar juntos, ya que no creían que Hunt fuera a hurgar en ese sitio.

Pero lo cierto es que sus cuerpos se unieron y la respiración de ambos se confundió en un solo jadeo, porque su juego se sustentaba en una tremenda realidad. Creo que en aquel momento él tuvo plena conciencia de su virilidad y ella de su feminidad y que los dos percibieron crudamente el terrible precio de la madurez: la certeza de que el hombre es mortal y de que cada instante de su vida está condicionado por su mortalidad. El hecho de que Sally se sintiera un día impulsada a relatarme tal experiencia, constituyó una prueba de la punzante hondura de aquel episodio vital para ambos. A pesar de que Hans Pohl había vivido siempre en campamentos y barracones era tan virgen como ella. Por eso en esa ocasión se oprimieron, temerosos y excitados, ante un mundo que, de pronto, se les revelaba como algo a la vez alegre y pavoroso. Durante un momento fascinante, sólo posible en el primer amor, habían penetrado y comprendido la esencia de las cosas.

El *squire* Hunt ni siquiera miró hacia el granero. Luego de apearse ante la cocina llamó a su puerta y fue recibido por Sarah, cuya sofocación no le impidió saludarlo muy tranquilamente.

—Muy buenos días, *squire* Hunt, ¿qué lo trae por aquí?

El aire de disgusto del visitante alarmó a Sarah. (Más tarde le expliqué que así reaccionaban todas las personas del Ridge en las casas de los cuáqueros, que siempre provocaban un sentimiento de cólera y culpa en sus visitantes, pero jamás una impresión favorable).

Raymond echó a correr hacia la casa, con Jacob pegado a sus talones. Cuando llegaron al edificio habían quedado sin aliento. Toda la familia rodeó a Hunt, quien se excusó por su abrupta visita y aclaró que sólo deseaba conversar con Jacob. No creo que le asombrara la conducta de los Heather, muy similar a la de un grupo de ciervos sobrecogidos de asombro y terror, ya que sin duda esperaba cualquier cosa de aquellas personas que se llamaban entre sí «amigos».

—¿Sobre qué desea conversar con Jacob? —le preguntó Raymond, advirtiéndole, de pronto, que nunca le había enseñado a mentir, ni a disimular nada, a su hijo.

—Sobre el mercenario —respondió Hunt.

—Tome asiento, *squire* Hunt —le dijo Sarah con tono simple y sonriente—. Quisiera ofrecerle un poco de cerveza o un vaso de vino... pero ya sabe usted que no bebemos esas cosas. Sólo tengo agua caliente en el hogar y un resto del café de esta mañana. Sin duda una pobre bebida... pero ¿desea que le sirva?

El *squire* hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No, muchas gracias, señora Heather. Sólo quiero decirle una palabra a Jacob. Eh, muchacho —le dijo a Jacob—, cuando espíaste a los mercenarios, ¿no te fijaste

en el del tambor?

Jacob asintió con la cabeza.

—¿Era un hombre, o un chico?

—Un hombre —contestó Jacob sencillamente.

—¿De qué edad?

—De dieciséis a diecisiete años.

—Entonces era un chico.

—Cuando yo tenga dieciséis o diecisiete años seré un hombre —respondió Jacob tranquilamente— y haré cosas de hombre.

—Por Dios, no lo dudo —exclamó Hunt—. Me gusta este chico. Es muy listo, Heather... ¿Era alto, Jacob?

—Como un hombre —respondió Jacob.

—Bueno, supongo que no lograré sacarte más detalles —concluyó Hunt.

Entonces Raymond comprendió que no debía haber dudado de su hijo.

Palabra más, palabra menos, eso es lo que nos contó Hunt mientras comíamos.

Su larga práctica matrimonial junto al *squire* había convertido a Abigail Hunt en una mujer siempre dispuesta a disculparse. Era, en esencia, una «reparadora de caminos», una bonita versión femenina —de cabellos y ojos negros— de esos peones que en la primavera reparan los estragos causados por el invierno en las carreteras, es decir, amortiguaba los deterioros producidos por su esposo, al cual, por otra parte, adoraba. Alice la tenía por una persona bien educada y estúpida, pero yo discrepaba en tal sentido con ella. A pesar de convivir con un hombre como Abraham Hunt, se las ingeniaba para mantenerse cordial y encantadora. Ella, mi esposa y varias otras mujeres velaban por la vigencia de ciertas normas sociales en la remota y pobre región del Ridge, ardiente en el verano y gélida en sus largos inviernos. Ello en sí mismo exigía talento y paciencia.

Alice había invitado también a John Dorset, el ministro congregacional, y a su esposa Ziporah, porque Dorset era un individuo vivaz e imaginativo, capaz de llenar cualquier hueco con su conversación. Ziporah, en cambio, era una pálida rubia que desde hacía treinta y seis años soportaba la cruz de un nombre imposible y desde hacía diecinueve años compartía la pobreza de un ministro del Ridge. Todo ello pareció combinarse para sumirla en un casi absoluto y permanente mutismo, sólo quebrado por ciertas frases ocasionales, como por ejemplo: «Muchas gracias», «Muy gentil» o otras por el estilo. Dorset, que sentía una cordial curiosidad respecto del «papismo» (así llamaba él al catolicismo), no era fanático, ni arrogante. Si me consideraba un espécimen en tal sentido, ello se debía más a su investidura que a su verdadera naturaleza. Era Dorset un hombre alto y bien parecido que, como su esposa, aspiraba a una vida refinada y a una cierta erudición, sin contar con los medios financieros para concretar ambas cosas. El mejor traje de su esposa era un

vestido de tela de lino, en tanto Alice y Abigail lucían, con inconsciente crueldad, prendas de seda. Cualquiera fuese la opinión que en el Ridge tuvieran acerca de mi religión, me consideraban, sin fundamento, el arbitro supremo de la elegancia. Por consiguiente, mi mera presencia agobiaba de responsabilidad al puñado de vecinos obsesionados por algún tipo de refinamiento.

Durante cierto lapso hablamos de frivolidades, dirigidos por Alice, que actuaba tan cautelosamente como si caminara sobre trozos de vidrio. De repente Hunt nos relató su visita a los Heather. Entonces pasaron a primer plano aquellos extraños individuos que, refugiados en el Ridge como en un santuario —quizá porque en ese sector de Connecticut la tierra era muy barata—, se llamaban a sí mismos cuáqueros. Habían comenzado a establecerse hacía más de cincuenta años en nuestros pedregosos valles y *highlands* donde ahora vivían, por lo menos, veinte familias, que contaban con su propia *meetinghouse*^[7]. Sobrios, industriosos y decentes, soportaron varios años de guerra con tranquila resignación, aceptando la cólera de los demás y el clima hostil que los rodeaba, con paciencia y sin rencor, actitud que con frecuencia resultó más molesta e intolerable para sus verdugos que cualquier tipo de resistencia o iracundia.

El pastor Dorset le respondió a Hunt que, al fin y al cabo, eran personas temerosas de Dios que, aunque renuentes a ayudarnos, ciertamente molestaban a los británicos.

Hunt se hallaba de muy buen humor y suelto por primera vez desde hacía mucho tiempo. Servimos seis costillas saladas de buey, bien sazonadas y asadas, pero yo me abstuve de fomentar sus remordimientos, evitando la menor alusión a su gota. Comió, además, tres porciones de *pudding* hecho al baño María, regando todo con una botella de buen vino portugués. Se hallaba, por lo tanto, inclinado a la ecuanimidad. De ahí que aceptara el punto de vista de Dorset, aunque haciendo la salvedad de que en la gran batalla del Ridge los cuáqueros habían asistido en sus casas a los heridos ingleses.

—También cuidaron a los nuestros —le recordó su esposa.

—La guerra y la caridad rara vez van de la mano —dije él y, dirigiéndose al pastor—: Sin duda usted, John, disientirá conmigo..., pero es que cada cual razona según su actividad, ¿no le parece? Usted piensa como un predicador y yo como un soldado.

—La guerra sin caridad es una cosa horrenda —le replicó Dorset—. Si dejamos de ser cristianos en el campo de batalla, ¡que Dios nos asista! ¿Coincide usted conmigo, doctor Feversham? —me preguntó.

—Sí... con algunas reservas.

—Quisiera conocerlas.

—Nunca advertí signos de cristianismo en un campo de batalla.

—¿Ni siquiera en el área de su profesión? —Precisamente en tal área resulta ello más evidente. El cirujano que actúa en el frente se halla en una muy peculiar situación: el hecho de reparar los daños provocados por la metralla, las balas de mosquete y las bayonetas no estimula la fe de nadie.

—Nada me aburre tanto como los temas militares —dijo Alice—. Sea como fuere, Abraham, ¿admite que los Heather son personas agradables?

—Por supuesto que sí. ¡Pero que me cuelguen si comprendo a la gente que no tiene dignidad!

—¿Piensa usted que los Heather no tienen dignidad?

—Toda persona incapaz de pelear por sus ideas me parece indigna y despreciable.

—De modo que para usted la humildad no es una virtud —le dijo Dorset.

—¡En absoluto! La palabra humildad suena muy bien... Pero, si los británicos invaden mi país, incendian mi casa, matan mi ganado y estragan mis sembrados, ¿les ofreceré mi otra mejilla...? Si así procediera me degradaría ante mí mismo.

Al plantearse esta cuestión no pude contenerme y apunté que los cuáqueros parecían vivir de esa manera sin degradarse. Alice me miró, porque yo le había prometido que no discutiría con Hunt.

—¿Le parece? Por mi parte pienso que viven cómodos y en paz porque otros luchan por ellos. ¿Qué hubiera sido de los cuáqueros si nosotros hubiésemos inclinado nuestras cabezas como ellos?

—Su argumento me parece muy simplista —le dijo Dorset.

—Soy un hombre simple y sencillo.

—Ojalá fuera tan simple y sencillo cuando discute conmigo en casa —intervino Abigail Hunt—. Allá sus ideas son tan complicadas que apenas las comprendo.

—Eso es propio de todos los maridos —convino mi esposa.

—Y usted... ¿por qué no se hace cuáquero, ya que concuerda tanto con ellos? —me preguntó Dorset. La falta de sarcasmo en su voz me dio a entender que, para él, incluso la Sociedad de los Amigos era preferible al Papa.

—Yo no he dicho que concuerdo con ellos. En realidad, discrepo con los cuáqueros. Simplemente expresé que su forma de vida es interesante... y, a menudo, admirable.

—Pero ¿cómo puede usted admirar una cosa con la cual discrepa?

—Creo que, como el *squire* Hunt, no tengo la voluntad, ni el coraje indispensable para ofrecer la otra mejilla.

—¡Coraje...! —resopló el *squire* Hunt—. En mi opinión eso no requiere mucho coraje.

—Ah... Quién sabe... —intervino Dorset, para suavizar las cosas.

—Doctor Feversham —me dijo Abigail con voz dulce—, ¿cree usted que ha habido una causa más justa que la nuestra?

—Cuando me identifiqué con ella pensé en la justicia... —le respondí, en tanto Alice clavaba sus ojos en los míos. De manera que asentí con la cabeza y me atuve a mi posición de anfitrión.

—Oh, no... No. No permitiré que se escape tan fácilmente por la tangente, doctor Feversham. Tú lo intimidas, Alice —le dijo a mi esposa—. Admite que lo intimidas. No lo niegues.

—Nadie intimida a Evan —dijo Alice con un tono tranquilo y suave, pero cortante como un cuchillo, que pasó inadvertido para todos—. Aunque da la impresión de someterse, nadie lo intimida.

—Entonces deberá responder a mi pregunta —dijo Abigail, con el aplomo y la llaneza que yo sólo he visto en las mujeres de la clase alta de Boston—. Le he preguntado, Evan Feversham, si ha habido una causa más justa que la nuestra.

—No sé —le respondí.

—Se repliega usted... de vergüenza —exclamó Abigail.

—No, de ninguna manera. Le aseguro que no lo sé. Tal vez la causa de Cromwell fue tan justa (si no más) que la nuestra. Pero, por ser yo católico, no debe usted esperar que enfoque la cuestión desde ese ángulo. Le diré, mi querida Abigail: cuando las naciones luchan entre sí, cada una de ellas considera que su causa es muy justa y que Dios está de su parte.

—Mi querido doctor —dijo Dorset—, tal cinismo es indigno de usted.

—No soy cínico —le respondí, súbitamente hastiado de aquella estúpida discusión—. Ojalá lo fuera, ya que el cinismo resulta, en cierta medida, un tanto cómodo.

—Escuche, Feversham —me dijo Hunt—. ¿Por qué, sustentando esas ideas, se adhirió a nosotros?

—No creo haber dicho nada que me identifique con el otro bando.

—Tal vez no se identifica con ninguno de los dos —dijo Dorset.

Hice un movimiento negativo con la cabeza.

—No... Permítame que le responda, *squire*. Me adherí a su bando por varios obvios motivos que, según pensé, eran evidentes para ustedes. Primero: estoy casado con una mujer norteamericana a la que amo profundamente. Segundo: vivo aquí y los enfermos y heridos que atiendo habitan en este suelo. Tercero: pienso que los británicos se comportaron de una manera estúpida y abominable con nosotros, y cuarto: tanto yo como mis allegados no fuimos bien tratados por los ingleses, a causa de nuestro catolicismo. No sé si tales razones son de mucho peso, pero le aseguro que la neutralidad no está en mi naturaleza, y que no me atrae en absoluto.

—Sin embargo, sus amigos cuáqueros son neutrales, doctor.

—Puede que sí, puede que no...

—¿En qué quedamos? ¿Son ambas cosas a la vez? —insistió Dorset.

—Es posible que se consideren partidarios de toda la Humanidad.

Cuando nuestros huéspedes se retiraron me senté frente a los rescoldos de nuestra lumbre primaveral. Alice, de pie tras un sillón de respaldo alado, me miró fijamente, con expresión burlona y tolerante. Entonces me excusé por haberla defraudado, o sea, por mis rudas expresiones, por mi afán de discutir, por mi actitud irrespetuosa hacia un ministro del Evangelio y en fin, por haberme comportado como mal anfitrión.

—Pienso que obraste con maravillosa circunspección.

—Oh, no.

—Abraham Hunt es muy glotón, eructa, no tiene ingenio y carece por completo del sentido del humor.

—Yo creía que en otro tiempo lo habías amado.

—¿Quién te dijo tal cosa? —me preguntó ella.

—Abigail.

—Abigail es una gata estúpida.

—Creo que te amo —le dije.

—Lo demuestras muy tibiamente. Además, eres vengativo.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Sabiendo que sufre de gota dejaste que se hartara de rosbif.

—No soy su guardián, sino su médico.

—Esta noche sufrirá...

—No a causa de la gota. A decir verdad, no conocemos exactamente el origen de la gota. Por mi parte, no creo que el rosbif la produzca. En Inglaterra los que se hartan de comida contraen la gota y quienes son suficientemente ricos para comer demasiado, tienen bastante dinero para comprar rosbif... Pero, debes admitir que se abstuvo de mencionar al mercenario.

—Lo mencionó —dijo Alice con cierta pesadumbre.

—¿Cuándo?

—Al montar en su ridículo carruaje, luego de besarme y despedirse de mí, me dijo que te comunicara que, tan cierto como que el Papa está en Roma, será el ajusticiamiento del mercenario en la horca.

—¿Eso dijo? ¡Qué infame!

—Lo subestimas, Evan. No es tan estúpido.

—Entonces, ¿para qué crees que fue a la granja de los Heather?

—Pienso que fue porque sospechaba que el alemán estaba oculto allí.

A la mañana siguiente llovió. Cuando llueve, quienes posponen sus dolencias para arar o sembrar, acuden a mi consultorio. Ese día tuve que extraer una enorme astilla del brazo de un joven. A continuación atendí a un paciente atacado de salpullido primaveral. Acto seguido curé un ojo infectado y, por último, pasaron a mi consultorio otros seis enfermos cuyas miserias no recuerdo.

Sólo después del almuerzo pude ordenarle a Rodney Stephan que ensillara mi caballo.

La lluvia había cesado y los árboles lucían su nuevo y brillante follaje. La hierba de la pradera, alta y erguida, espléndida como si Dios hubiese resuelto hacer de aquel lugar su Jardín del Edén.

Ya he dicho que el Ridge posee el suelo más pobre y, quizás, el peor clima de Nueva Inglaterra. No obstante, aquel día, como en muchas otras ocasiones, me pareció el lugar más bello del mundo, con sus maravillosas formaciones rocosas, sus enhiestos acantilados, sus innúmeros valles diminutos, sus fríos lagos y sus brillantes y bulliciosos cursos de agua. En una sola milla de cualquiera de sus estrechos, sinuosos y miserables caminos, era posible contemplar una infinita variedad de matices topográficos: ya un profundo pantano, ya un alto acantilado, ora una montaña de enormes piedras como amontonadas al azar por un pueril gigante que, después de jugar con ellas, las hubiese arrojado donde ahora se encontraban y, sobre todo, las praderas, las verdes y magníficas praderas que uno tendía a olvidar que ya existían cuando los tesoneros puritanos arrancaron de ellas un millón de piedras para erigir aquella muralla de muchas millas de longitud, signo distintivo del Ridge y monumento superior a algunas asombrosas obras de la antigüedad. Si hubiera sido capaz de explicarle a Abraham Hunt lo que yo sentía al contemplar el Ridge en primavera, tal vez habría él comprendido por qué un individuo como yo se había reunido a su andrajoso ejército, para defender este suelo.

Pero, lo cierto es que en este instante no pensaba yo en Abraham Hunt, ni siquiera en el mercenario o los Heather, a cuya casa me dirigía, sino, más bien, en mi esposa y en el sorprendente milagro de opuestas facetas que a veces se produce entre un hombre y una mujer.

Antes de llegar a la granja de los Heather me topé con Jacob, quien regresaba del templo donde los cuáqueros enseñan a sus propios hijos. Su redondo sombrero de alas planas, posado en la parte posterior de su roja cabellera y su sombría vestimenta, nada tenían que ver con la alegre canción que tarareaba, sin dejar de saltar en un pie, de brincar o de correr.

—¿Me lleva, doctor Feversham? —gritó.

Agachándome lo levanté y coloqué a mis espaldas y experimenté un gran placer cuando se aferró a mi cintura.

—¡Oh, qué lindo y maravilloso caballo! —dijo—. Usted monta los mejores caballos del país, doctor Feversham. Mi papá dice que los caballos que marcan el paso son muy ostentosos y que Dios hizo a los caballos para que corran de la manera como Él quiere que corran.

—Creo que tiene razón.

—Entonces usted se burla de Dios.

—Para mi desgracia... Soy un pecador, Jacob. Te aconsejo que hagas lo que digo, pero no lo que hago.

—No comprendo...

—Algún día comprenderás.

Ya en la granja, Jacob llevó a abreviar a mi caballo. La pequeña Annie estaba cuidando a su hermanita Joanna, con la cual jugaba sobre la hierba todavía húmeda. Raymond, Sally y el mercenario no daban señales de vida. Cuando entré en la casa y vi a Sarah preparando la cena, pensé en el destino de aquella gente que trabaja desde el alba hasta la puesta del sol. Como si leyera mis pensamientos, Sarah volvió hacia mí un rostro tan desolado que todo mi cuerpo se puso en tensión.

—¿Qué ha ocurrido?

Ella meneó, desalentada, la cabeza.

—¿El muchacho...?

—¿No puedo estar triste, Evan?

—Usted no es una persona triste.

—Todos los seres humanos son tristes.

—Conmigo no tiene por qué simular —le dije—. Soy su amigo.

—A veces preferiría que no viniera usted más a esta casa, Evan. Siempre me perturba... y si ya estoy perturbada antes de su llegada, su presencia me perturba aún más. Asentí con la cabeza.

—No, no —dijo ella—. He sido muy ruda con usted... Retribuyo sus bondades con insolencias. —Si dejara de ser una santa todo el tiempo y se enojase una vez, siquiera, como un ser humano, es probable que nos entenderíamos mejor. ¿Estuvo aquí el *squire*?

—Sí... Siéntese. Le serviré un refresco. —No quiero nada, Sarah. No he venido a beber refresco. Estoy aquí porque ya es hora de que procedamos con sentido común. Además, usted y yo debemos hablar, de una vez, francamente. Es necesario que deje usted de pensar que los cuáqueros viven aislados en un mundo de bestias.

—Entonces, ¿dónde vivimos? —Me importa un bledo ese problema, ¡maldita sea! Sólo sé que habitan en el Ridge y que al mundo hay que aceptarlo como es, en el Ridge y fuera del Ridge.

—A veces pienso que en ninguna parte blasfema usted tanto como en mi casa.

—Lo siento. Es mi manera de hablar. No puedo cambiar de lenguaje bajo su techo.

—Se encoleriza usted y me humilla. Se ensaña conmigo porque soy desdichada.

Estaba a punto de llorar. Nunca la había visto tan sumisa. Iba a tomarla de un brazo para consolarla, cuando, de pronto, la sentí, cálida y temblorosa, contra mi pecho. Era la primera vez que ocurría tal Cosa. Pero ello sólo duró un momento. No llegamos a abrazarnos, ni hubo reacción alguna posterior. Fue el pasajero contacto de

dos seres humanos. Ella pareció recobrase en seguida, ya que, apartándose de mí y, sonriendo, me sirvió una taza de esa vil mezcla de granos quemados y borra vieja que en el Ridge pasa por café.

—Debo ponerme a cocinar —me dijo, volviendo a sus quehaceres—. De lo contrario, esta noche no habrá cena. Si desea ver a Raymond, lo encontrará en el campo. Está allí arando con el muchacho. Sally fue a llevarles un refresco.

—No deseo hablar con Raymond, sino con usted. Ese chico debe irse ahora mismo. No puede permanecer un minuto más aquí.

—¿Qué le ha hecho ese muchacho, Evan?

—Quiero llevarlo a Saugatuck. Desde allí viajará por sí mismo, como pueda, hasta Nueva York. Ya hemos hecho por él cuanto podíamos hacer.

—Este asunto no es de su incumbencia, Evan. Raymond y yo resolveremos al respecto.

—¿Sabe usted lo que ocurre entre él y su hija?

—¿Algo malo? —preguntó ella.

—No la entiendo a usted —dije—. Alúmbrame, Dios mío, para que pueda comprenderla.

—Usted me comprende muy bien, Evan.

—¿Qué ocurrió al llegar aquí el *squire*?

Entonces ella me puso al tanto de todo.

—¿Dónde estaba el mercenario?

—Oculto, con Sally, en la parte superior del granero.

—¿Qué es Sally, para usted: una niña o una mujer?

—Una mujer, Evan.

—¿Me permite que saque de aquí al mercenario?

Ella no me respondió de inmediato. Luego de sentarse ante la mesa, comenzó a cortar varios viejos nabos, duros como piedras, según lo demostraban las contracciones de los músculos de sus recios antebrazos. Súbitamente levantó la cabeza y me miró. Sus ojos grises sugerían que nada en el mundo podría alterar su calma.

—Los cuáqueros no tenemos templos, Evan —me dijo suavemente—. Nos reunimos en nuestra *meetinghouse*, que no es más sacra que cualquier casa comente. Para mí, esta casa es un templo... Si no he logrado hacer de ella un lugar digno de Dios... bueno, entonces he malogrado mi vida.

Moví la cabeza, desesperanzado.

—Más aún: si no sirve de refugio a nadie... Dios me asista... ¿para qué he de vivir en ella?

—No sé qué decirle —le respondí casi brutalmente—. No la entiendo en absoluto, ¡maldita sea!

Y acto seguido partí.

8. El perro

Salem Alan, nacido en Vermont, había puesto fin a sus vagabundeos estableciéndose en el Ridge, cuando se enamoró de una de las cinco hermanas Bullet. Alto, delgado y lacónico. Alan encubría su estupidez con su mutismo. Por su pereza y su indiferencia hacia la mayor parte de nuestras «virtudes» era despreciado y tenido por ladrón —de lo cual no había pruebas— y por cazador furtivo, de lo cual existían abundantes testimonios. Apenas se conocían sus antecedentes. Carecía de parientes en el vecindario y hablaba muy poco sobre cosa alguna y nada en absoluto acerca de sí mismo. Se había construido una choza en el bosque, sobre North Mountain, y allí vivía de la caza y de lo que le rendían las pieles de los castores que caían en sus manos. Casado ya con Nancy Bullet, siguió viviendo de la caza y en la misma choza. Después tuvo cinco hijos que se alimentaban como podían. Nunca se bañaba y generalmente exhalaba el mismo olor que un oso muerto un mes atrás. Yo fui en cierta ocasión a su cabaña para atender a tres de sus hijos, que se hallaban enfermos. El hedor y las condiciones del lugar eran indescriptibles.

Lo que más quería en el mundo era su fusil Pennsylvania. Se rumoreaba que a causa de él había matado a alguien, huyendo acto seguido a Vermont. Pero lo más probable era que lo hubiese robado, ya que dicha arma valdría unas diez libras esterlinas y Salem Alan jamás había tenido más de diez chelines en la mano o el bolsillo. Lo único que, al parecer, sabía hacer era cazar. Con su rojo *setter Duklik*, llamado así en honor del cacique indio local del mismo nombre, merodeaba por todas partes en busca de caza. En las épocas propicias mataba ciervos. Pero, en los tiempos difíciles, según me dijeron, alimentaba a su familia con ardillas e, incluso, con ratones, comadrejas y cuervos.

Debo señalar que también sabía amaestrar perros y que *Duklik* era el mejor perro de caza del Ridge, por lo cual se vio involucrado en el asunto del mercenario. Yo no creo en la casualidad. Por eso pienso que, aunque no hubiese existido Salem Alan, lo mismo hubiese ocurrido lo que ocurrió.

Él y su perro se dieron un día a vagabundear por el bosque. Desde la gran ciénaga ascendieron alrededor de una milla hasta el linde de la granja de Raymond Heather y después siguieron andando a lo largo de la muralla de piedra, que constituía el límite de aquella propiedad. La tierra situada al otro lado del muro había sido un feudo perteneciente a un señor que residía en Inglaterra. Al estallar la guerra pasó a manos de la Commonwealth de Connecticut. De manera que Salem Alan podía cazar en ella sin violar la ley. Más tarde afirmó que su perro estaba siguiendo la pista de un ciervo. Pero ello lo dijo, simplemente, para realzar los méritos de su animal, ya que el perro abandonó el rastro y comenzó a girar en torno de cierto lugar del bosque próximo a la muralla.

Annie, la pequeña hija de Raymond, que apenas tenía cuatro años de edad, había llegado, jugando y, supongo, en forma casual, hasta donde terminaba el césped. Luego de trepar al muro echó a andar, midiendo sus pasos, por la muralla. De pronto vio al hombre y su perro. Alan por su parte vio a la pequeña y supuso que sería una de las hijas de Heather. Al llegar frente a él la niña se detuvo, intrigada por la conducta del perro.

Éste, que al parecer había descubierto una pista, se puso a escarbar. No me explico cómo pudo dar con ella después de la intensa lluvia caída tan recientemente. Pero ocurre que tampoco me explico la capacidad perceptiva del perro en general. Lo cierto es que, Salem Alan desde donde estaba y Annie Heather desde el lado opuesto, vieron cómo el perro hallaba lo que buscaba y tiraba de ello hacia sí: sus dientes apretaban una manga de la chaqueta del mercenario, enterrada allí por Raymond Heather.

No es fácil describir detalladamente lo que ocurrió a partir de entonces. Evidentemente la niña tuvo la impresión de que algo importante estaba sucediendo y no cabe duda de que se asustó terriblemente. Para tener una idea de lo que sintió bastará señalar que la palabra *hessiano* persistía, tremenda y confusa, como grabada a fuego, en la imaginación de todos los chicos y la mayoría de los adultos de Connecticut. No se trataba de distinguir entre el bien y el mal, para la niña. Simplemente se sintió sacudida por un pánico que la impulsó a saltar fuera de la muralla y a correr por el prado en dirección de su casa.

Salem Alan sostuvo posteriormente —y quizá no faltó a la verdad— que no hizo nada que pudiera asustarla y que ni siquiera la amenazó. También dijo que le gritó:

—¡Eh, nena...!, ¿cómo te llamas? ¿Por qué demonios corres de esa manera?

Salem juró, además, que no azuzó en absoluto a *Duklik* para que se lanzara sobre la niña... aunque lo cierto es que su perro era muy sensible a su voz y sus deseos. Como un relámpago traspuso el animal el vallado y echó a correr en pos de la niña, devorando en un instante la distancia que mediaba entre ambos.

Salem Alen insistió en que el perro no tenía intención de lastimar a la pequeña, pero que ésta se volvió, aterrorizada, contra el animal. Sea como fuere, su palabra era tan poco digna de crédito como su persona en general. De resultas de ello vi aparecer en mi consultorio a Jacob Heather quien, montado en el caballo de su padre, había recorrido la distancia entre ambas casas para comunicarme, casi sin aliento, que su hermanita había sido mordida por un perro.

—¿Cuándo? —le pregunté.

—Hace un momento... tanto tiempo como el que tardé en llegar hasta aquí.

—¿Por qué no me la trajo tu padre?

—No sé. Creo que hay un lío con Hans Pohl. Entretanto yo ya le había ordenado a Rodney Stephan que ensillara mi caballo y luego de arrojar mis instrumentos en mi

maleta salí corriendo de mi consultorio, sin aguardar el final del relato del muchacho. Cabalgué tan velozmente que creo que apenas transcurrió poco más de media hora entre la llegada de Jacob a mi consultorio y mi arribo a la granja de los Heather. Raymond y Sally se hallaban frente a la casa. Luego de entregarle las riendas a la muchacha, entré en el edificio, detrás de Raymond.

Annie, con uno de sus brazos vendados, estaba tendida sobre la mesa de la cocina. Sarah la había cubierto con una colcha. Completamente consciente la niña tenía los ojos muy abiertos y húmedos, aunque había dejado de llorar. La más pequeña sollozaba, desesperada, en su cuna. Apenas entré Sarah se volvió hacia mí y enteramente trastornada exclamó:

—Oh, gracias a Dios ya está usted aquí... ¡Gracias, Dios mío!

—¿Tiene agua caliente? Sarah asintió con la cabeza.

—Entonces lave mis instrumentos y envuélvalos en un trapo limpio. Necesito todas las agujas. Rápido... ¿Dónde me lavo las manos?

Ella tenía ya listos un jabón y una palangana con agua, en la que me lavé de inmediato las manos.

La herida del brazo no era grave. Yo había temido hallarme ante un largo y terrible desgarrón, como el que produce todo perro que muerde con intención de matar, pero sólo vi las marcas dejadas por cuatro dientes formidables. Al parecer, el animal había retenido a la niña, en tanto ésta luchaba por desasirse de él, aumentando su presión hasta lastimar su delicada piel. Los dientes habían penetrado un cuarto de pulgada en su carne. La mordedura apenas sangraba.

—¿De quién era el perro? Eso es lo primero que hay que averiguar... Tenemos que dar con el perro.

Pero nadie sabía de quién era. Sobrecogidos de espanto, todos me miraban, sin atinar a hablar.

—Escuchen —les espeté—: no tiene sentido perder la cabeza, ni desesperarse... Nada indica que el perro esté rabioso...

—Y ¿si estuviera rabioso...? —comenzó a decir Sarah con voz ahogada y los ojos llenos de lágrimas.

—¡No! ¡Basta ya! Un perro rabioso clava los dientes y desgarrar la carne. Éste simplemente sujetó a la niña por un brazo —y con el escalpelo en la mano, agregué—: Agrandaré un poco los orificios para que sangren. Así se limpiará la herida... Nada más que un poco de sangre... No se asuste. ¿Interrogó a la niña? ¿Averiguó algo?

—Lo único que sé es que el perro desenterró el uniforme del alemán —dijo Raymond.

—¿Qué?

Raymond confirmó, afligido, con la cabeza, sus propias palabras.

—Annie, Annie —le dije suavemente a la niña—. ¿No es cierto que eres una chica valiente? Annie clavó en mí sus ojos. —¿Cómo era el perro? No hubo respuesta.

—¿Ella le dijo lo del uniforme? —le pregunté a Raymond.

—Sí. Eso es todo lo que dijo.

—¿Era blanca la boca del perro? Vamos, Annie, cuéntame —y saqué un chelín de plata de mi bolsillo—. Mira, este chelín será tuyo, enteramente tuyo y podrás comprarte una muñeca en la tienda de Miss Crocus, en Norwalk..., pero no una muñeca de trapo, sino una linda muñeca, vestida de seda y con manos y pies verdaderos... Si eres lista y contestas a mi pregunta, te daré el chelín.

Sus ojos se volvieron hacia la moneda y sonrió.

—¿Lo viste alguna vez a tu papá mientras se afeitaba? —le pregunté.

—Sí —cuchicheó.

—¿Viste la espuma que hace el jabón en su cara...? ¿Entiendes lo que quiero decirte? —Sí.

—¿Tenía el perro espuma de jabón en la cara...? Vamos, piensa un poco, querida. Si me dices la verdad te daré esta moneda.

La niña se esforzó por recordar y en seguida se puso a llorar. Entonces saqué de mi bolsillo otra moneda.

—Con dos chelines podrás comprar la mejor muñeca de Connecticut —le dije tranquilamente.

—No —murmuró la niña.

—¿Quieres decir que el perro no tenía jabón en la cara?

La niña se sentó y meneó la cabeza.

—¡Oh, espléndido! Eres una chica maravillosa, Annie. Daría cualquier cosa por tener una hijita como tú, te lo aseguro. Bueno, trata de recordar otra vez: ¿tenía jabón en la boca el perro?

—Era un perro colorado.

—¡Magnífico! ¿No le parece que es una chica admirable, Sarah?

—Por supuesto... por supuesto que sí —dijo Saiah, tratando de reprimir sus propias lágrimas.

—Muy bien..., pero ¿tenía jabón en la boca? —insistí—. ¿Goteaba espuma de jabón de su boca?

—No. Era un perro colorado.

—Que me cuelguen si no es el perro de Salem Alen —y puse las dos monedas en la mano de la niña—. Apriétalas con fuerza mientras pincho un poco tu brazo... Oh, un poquito, nada más.

Un instante después, ya restañada la sangre y vendado su brazo', pensé que no valía la pena que regañara a Raymond por haber enterrado el uniforme, en lugar de

quemarlo u ocultarlo en su casa. Sarah se había retirado a un rincón de la cocina y lloraba apoyada en la pared. Comprendí su dolor y lo que para ella significaba aquella niña viva y, al parecer, sentenciada a muerte, ya que la mordedura de un perro rabioso es mortal. Volvió en sí cuando, terminada mi faena, le dije a Raymond:

—El animal no estaba rabioso. Lo más probable es que se trate del perro de Salem Alan. Si mi presunción se confirma, ¿cuánto tiempo cree usted que tardarán en llegar? ¿Dónde está el alemán?

—Oculto en lo alto del granero.

—¿Qué? —estallé—. ¿Han perdido el juicio?

—¿En qué otro lugar podría esconderse?

«Estúpidos», pensé. Pero de pronto comprendí que él y Sarah estaban un tanto trastornados porque pensaban que su hijita había sido mordida por un perro rabioso. De modo que su acción era disculpable.

—Está bien. Debemos sacarlo de aquí. Ensille su caballo, Raymond. Guiaré al muchacho hasta Norwalk y durante el trayecto trataré de hallar alguna solución. Ahora no se me ocurre nada. Pero ya daré con alguna salida.

En realidad no tengo idea de cuál podría haber sido la solución. Si lo hubiese llevado a Norwalk, le habría pagado a alguien para que lo condujese a través de Westchester o bien le hubiera encargado a algún botero que lo trasportase a Long Island. Pero, aunque hubiese tenido éxito en mi empresa, quizás el desenlace habría sido el mismo. De todas maneras ya era demasiado tarde. Al abrir Raymond la puerta vi a Sally, la cual miraba, absorta, al *squire* Hunt y a media docena de milicianos que cabalgaban cuesta arriba, en dirección de la granja.

Respondiendo al mudo y espantoso interrogante que trascendía de su actitud le dije:

—No intentes nada, Sally... De ningún modo debes ir al granero. Te aseguro que no hay nada que hacer, a menos que se produzca un milagro. Sin embargo no quiero que hieran o maten al muchacho. De modo que ninguno de los dos debe moverse mientras converso con Hunt.

Era un mediodía frío y tranquilo: sólo se oía el isócrono golpeteo de los cascos de los caballos... un día suave y soleado de mayo, cuya dulce atmósfera parecía propicia a la tragedia. De pronto recordé un día similar: aquel en que murió mi padre y vi de nuevo el cementerio, bello como un jardín, con sus viejas rosas y su verde y fragante hierba.

Los jinetes se apearon y uno de ellos se hizo cargo de las cabalgaduras. Los demás echaron a andar detrás de Hunt, que a grandes zancadas se acercó a mí para saludarme. Esta vez no trascendía de él cólera alguna: el vencedor se mostraba magnánimo con los derrotados.

—Buenos días, Feversham. ¿Qué le ha traído? —Un perro mordisqueó a una de

las nenas en un brazo.

—¡Cuánto lo siento!

—¿No habrá sido el perro de Salem Alan?

—Puede ser... Él me ha dicho que la mordió apenas, mientras jugaba con ella.

—Salem es un mentiroso hijo de puta —como era él quien se hizo cargo de los caballos, hablé bien fuerte para que me oyera—. ¿Estaba rabioso el perro?

—No, no —replicó Hunt para tranquilizarme y, sin volverse, agregó—: ¿No es cierto que tu perro está completamente sano, Salem?

—No, doctor Feversham... —comenzó a decir Alan, pero yo lo interrumpí:

—¡No quiero hablar con usted, Alan! ¡Cierre su maldita boca!

—Vaya, me agrada su carácter, Feversham. Siempre me gustó.

—¿Qué ha venido a buscar aquí, Hunt?

—¿No le parece que esa pregunta debería formularla él? —me preguntó Hunt, señalando con un dedo a Raymond.

—¿Qué desea usted? —le preguntó Raymond tranquilamente.

—Oh, ¿qué desea usted? —lo imitó, ceceando, uno de los hombres de Hunt.

—Usted sabe muy bien lo que busco —dijo Hunt—. He venido por el mercenario. Sé que está aquí y lo hallaré, aunque tenga que derribar la casa.

—¿Y si yo le dijera que no está aquí...? —intervine.

—No sea tonto, Feversham. Desde hace tiempo sospechaba que podía hallarse en esta casa. Pero ahora tengo la prueba de ello —y se dirigió hacia su caballo, levantó la oreja de la alforja, extrajo de ésta la sucia chaqueta de Hans Pohl y la arrojó a los pies de Raymond, donde quedó durante un momento, rodeada por un grupo de personas inmóviles y mudas. De pronto Sally se apoderó de ella y avanzando hacia Hunt le dijo:

—Tome esto y láguese de aquí, señor. En nuestra finca no hay lugar para usted.

Hunt asió la guerrera, se la entregó a uno de sus hombres y aprobando la actitud de Sally con un movimiento afirmativo de su cabeza, expresó:

—Muy bien dicho... Pero es inútil. Feversham, ¿quiere hacerme el favor de explicarle que es inútil?

Mientras me dirigía hacia Sally y al mirarme ésta, sacudí, desesperanzado, la cabeza.

—No permita usted que le hagan daño, Evan —cuchicheó la muchacha.

—¿Qué le hará al muchacho? —le pregunté a Hunt.

—Usted sabe muy bien qué haré con él, Feversham. No lo azotaremos, ni torturaremos. Lo encerraremos y, cuando llegue el general Pakenham, será sometido a juicio —y acercándose más a mí añadió con voz tranquila—: Escuche: no he venido a provocar a los Heather. Algunos odian a los «amigos», pero yo no. No los quiero, ni los odio. Viven aquí y los acepto. Su manera de vivir es cosa de ellos. No son amigos,

ni enemigos nuestros. Por mi parte, me importa un bledo su modo de ser. He venido, simplemente, a buscar al mercenario y nadie podrá impedir que me lo lleve.

Asentí con la cabeza.

—¿Dónde está?

—Estimo, Hunt, que cumplirá su palabra... como corresponde que ocurra entre nosotros, como cumplen la suya dos hombres que se respetan mutuamente.

—Por supuesto.

Me acerqué, entonces, a Sally y, alejándome con ella unos metros le dije:

—Tienes que traerlo aquí, Sally.

—No... oh, no, por favor, Evan.

—No le harán nada. Simplemente lo tendrán encerrado hasta que llegue el momento de juzgarlo. Hicimos lo que pudimos por él. Más no podemos hacer.

—Lo matarán.

—No. Lo juzgará un tribunal. ¿No crees en mi palabra...? No te prometo nada, pero te aseguro que el *squire* Hunt no le hará daño alguno. De modo que ve por él y hazle comprender que debe entregarse.

—Oh, Dios mío...

—Debes hacerlo, Sally, no hay más remedio...

Durante largo tiempo nos miramos a la cara. Luego Sally giró sobre sí misma y se dirigió hacia el granero.

—¿Adonde va? —me preguntó Hunt.

—En busca del chico... porque no es más que un chico. Por Dios, Hunt, recuerde que es casi un niño.

Hunt no me contestó. Muy próximos, permanecimos a la expectativa. Dentro del edificio la pequeña Joanna había dejado de llorar. De pronto se abrió la puerta y apareció Sarah, otra vez dueña de sí misma. Su claro y bello rostro se destacaba, sereno, bajo la masa de sus cabellos color miel. Al llegar junto a Raymond asió una de sus manos y ya no se apartó de él. Nadie se movía ni hablaba. Por último. Hunt me dijo:

—Oh... sinceramente espero que no me juegue usted una mala pasada, Feversham.

—¿Ve usted el granero? —le respondí señalando aquella dependencia—. Allí entró la joven y allí está el muchacho. ¿Hacia dónde podrían escapar? Tenga paciencia, Hunt, ya dispondrá de él durante largo tiempo.

—¿*Squire* Hunt? —dijo Raymond. Hunt desvió su vista del granero para mirarlo en la cara. No sé qué se proponía el *squire* en ese momento. Tampoco comprendí jamás el motivo que lo impulsó a capturar al mercenario, ni su aparente odio maligno hacia el muchacho... tan extraña me era su naturaleza. No obstante, en ese momento al volverse hacia Raymond, me pareció que, en cierta medida, se apiadaba de éste.

Por otra parte, debo reconocer que nunca planteó la posibilidad de una sanción contra Raymond, ni contra mí... tal vez porque captó nuestra profunda angustia.

—¿Para qué quiere usted al muchacho? —le preguntó Raymond—. El precio ya lo pagaron sus compañeros muertos. Entre ellos su padre, que integraba la compañía. Además, es un muchacho excelente y muy trabajador...

Yo no sé dónde había estado Jacob hasta ese momento. Quizá se habría escondido en alguna parte por temor a Hunt o a lo que éste pudiera hacer. Lo cierto es que apareció súbitamente en las proximidades de la casa y, luego de acercarse a su madre, se mantuvo a su lado. Raymond vaciló un momento, luego inclinó la cabeza para mirar a su hijo y, por último, empezó a acariciar suavemente su cabellera. Yo me sentí profundamente conmovido. Raymond no era un hombre comunicativo. Además no se expresaba bien. Sin duda había tenido que hacer un gran esfuerzo para hablarle de esa manera a Hunt.

—Adelante. Lo escucho —le dijo Hunt en un tono que no era frío, ni cordial.

Nadie se burló ahora de Raymond. Los milicianos, en silencio, se abstenían de mirarlo.

—Me haré cargo de él —le rogó Raymond—. Muchos han comprado prisioneros mercenarios para hacerlos sus esclavos. Yo le daré por él todos mis bienes muebles y una hipoteca sobre mi granja y mis campos. Si desea castigarlo, permítame que yo le aplique el castigo. ¡Pero, por favor, no se lo lleve!

—Imposible —dijo Hunt, con voz un tanto cansada—. No admito discusión alguna al respecto, Heather. Él colgó a Saul Clamberham, que no le había hecho ningún mal.

—¡No fue él! ¡Fue su jefe!

—¡No discutiré sobre ese asunto, Heather!

Ignoro y, quizá, nunca sabré lo que durante ese lapso ocurrió en el granero, entre Hans Pohl y Sally.

En cuanto a mí, he tratado de olvidar la mayor parte de mi juventud, porque, en realidad, no vale la pena que la recuerde. No obstante, jamás olvidaré mi primer amor, que viví cuando no era mayor que aquel joven alemán, ya que fue uno de los pocos momentos de mi vida en que no dudé de la existencia de Dios y en que el mundo me pareció un lugar fascinante. Así pensé cuando vi salir del granero a los dos jóvenes: ella convertida de pronto en una mujer bella y digna, súbitamente parecida a su madre, con la cabeza bien erguida y él a su lado, aprisionando una de sus manos y, también, altivo y digno.

Nadie habló; los milicianos, Raymond, Sarah y sus hijos guardaron un profundo silencio. Sally y Hans se dirigieron hacia donde estaban los milicianos. Uno de estos tomó un trozo de soga y le ató las manos al muchacho en la espalda. Acto seguido lo sentaron sobre un caballo y uno de los nombres se colocó detrás de él en la misma

cabalgadura. Una vez que Abraham Hunt y los restantes milicianos montaron en sus caballos, el grupo de jinetes se alejó de la casa.

9. El general Pakenham

—¿Estás despierto? —me preguntó mi esposa, a quien yo creía dormida desde hacía largo tiempo.

Tendido boca arriba, que es un modo de resignarse al insomnio, me pareció que nos hallábamos en la medianoche.

—Así es.

—Ayer pasaste la noche en vela. Trata de dormir.

—Si durmiera, no estaría despierto y si pudiera dormir, dormiría.

—¿Te duele la herida?

Siempre me dolía y ya estaba habituado a ello. Por lo tanto, no era ésa la causa de mi insomnio.

—¿Cuando te desvelas piensas en la muerte, Evan?

—A veces.

—¿Te espanta?

—A veces... sí.

—¿Crees en Dios, Evan?

—En ciertas ocasiones.

—No insistiré en que te bautices en nuestra iglesia...

—Recuerda que ya me bautizaron. Por miserables que sean los católicos, todavía bautizan a sus hijos.

—No lo he dicho en ese sentido, Evan. Aunque usé la palabra bautismo, sabes muy bien lo que quise decir. ¿Por qué eres tan frío y cruel? Sólo traté de animarte... Aunque no sé cómo podría hacerlo.

—Lo siento. Perdóname.

Durante un momento guardó silencio. Entonces, como muchas otras veces me pregunté por qué la hería de esa manera en un mundo ya de por sí henchido de odio y asperezas... y no hallé respuesta a mi propia pregunta. De pronto ella habló:

—Hoy estuve con Abigail.

—Oh, ¿de veras?

—Bueno, a ti no te interesa lo que yo hago.

—Sabía que habías salido. ¿Debo seguirte adondequiera que vayas? —hice una pausa y luego le dije—: Ya no sé estar solo. ¿Sabes que así me siento cuando tú no estás?

—Gracias, Evan —cuchicheó ella.

—¿Qué te dijo Abigail?

—Abigail dice que su esposo no la escucha, que, hasta donde ella es capaz de recordar, nunca prestó oídos a sus palabras. —Y bien...

—¿Sabes lo que quiso significar? —Por supuesto que sí. A veces pienso que

ahora nadie escucha a nadie.

—Sin embargo le rogué que hablara con él. —¿Le hablará?

—Abigail me respondió que es una carga para el.

—¿El qué es una carga para él?

—El muchacho alemán.

—¿Ella le llama carga? El hombre se ve obligado... Vaya, puede que sea una carga. El tipo vive en su propio infierno.

—¿Sabes por qué desea ejecutar al muchacho?

—Por supuesto —le respondí—. De otra manera Abraham Hunt no podría sobrevivir. Hay cosas justas y cosas injustas y Hunt es, ante todo, un hombre justo, ¿no es así?

—No sé qué quieres decir.

—Simplemente, que es un hombre justo.

—Entonces, ¿tú también eres justo, Evan? —me preguntó ella luego de un prolongado silencio.

—No, porque ignoro en qué consiste la justicia.

—No hablas en serio...

—Lo digo seriamente.

—Entonces, no comprendo... ¿Sabes lo que deseaba saber Abigail? Me preguntó si se habían acostado juntos. —¿Quiénes?

—Sally y el muchacho alemán.

—¿Qué prostituta!

—¿Quién?

—Tu amiga Abigail. Es una prostituta.

—¿Qué manera de hablar!

—Digo lo que es...

—Se mostró muy compasiva. Se apiadó de la pobre muchacha. ¿Y si Sally tiene un hijo con el mercenario? ¿Por eso dices que Abigail es una prostituta?

—Sí... Por eso, ¡maldita sea! —Siempre sucede igual cuando hablamos. Siempre venimos a parar a lo mismo. Por más que me esfuerzo para acercarme a ti, no puedo... no puedo...

No habló más. Yo cerré los ojos y permanecí inmóvil durante cierto tiempo. Poco después sentí que se apoyaba dulcemente en mi cuerpo y en seguida me dormí.

Al día siguiente Raymond Heather vino con Annie a mi consultorio y de inmediato replacé la venda del brazo de la niña. Un momento antes había yo examinado al perro *Duklik*, el que, felizmente, no estaba rabioso. Por otra parte, la herida evolucionaba muy favorablemente, como suele ocurrir con los niños.

—¿Cómo está Sally? —le pregunté.

—Sombría, pero serena.

—¿Conversó con ella?

—Sí.

—¿Y?

Él meneó la cabeza.

—¿Lo ahorcarán, doctor Feversham?

—No sé.

Al hacerle yo al día siguiente la misma pregunta a Rodney Stephan, éste me respondió sin vacilar:

—Por supuesto que sí, doctor.

—¿Cómo lo sabes?

Sin duda mi pregunta fue estúpida, ya que Rodney Stephan estaba al tanto de cuanto ocurría en el Ridge y, por otra parte, era incapaz de explicar su propio método cognoscitivo.

—Está en el aire. Es algo que está en el aire.

—¿No están conformes con la carnicería que ya han hecho?

—Sí, fue una carnicería... una espantosa matanza. Pero un mercenario es un mercenario... Además, presencié el asesinato de Saul Clamberham.

—Y, ¿cuándo será el juicio?

También estaba enterado de ello. El general Pakenham arribaría en las próximas veinticuatro o cuarenta y ocho horas y de inmediato comenzaría el proceso. Yo conocía muy bien a Pakenham. En Saratoga había asistido a su reyerta con el coronel Stark. Éste, fuera de sí, estuvo a punto de matarlo, pero, al comprobar que se hallaba ante un cobarde, se conformó con humillarlo. Era Pakenham un individuo vano y pomposo, bien proporcionado, imperioso y de cutis lozano, un hombre en el que la Naturaleza y la sobrealimentación se combinaban para darle un aspecto sólido y autoritario. Tenía una cabeza enorme, una nariz ganchuda y una voz áspera y profunda.

Su nombramiento en esa área implicaba que la guerra se había desplazado a otra región. Pero, el hecho de que presidiera el tribunal no me permitía alimentar muchas esperanzas respecto del prisionero. Cuando se lo describí a Alice y le dije lo que podíamos esperar de él, mi esposa me preguntó quién defendería a Hans Pohl.

—No sé —admití—. Según me dijeron, el defensor, que procede de New Haven, vendrá con Pakenham.

—Después de lo que me has dicho de Pakenham, eso carece de importancia.

Al día siguiente mis enfermos me trajeron varias noticias: el general Pakenham y su ayudante, el coronel St. August, habían arribado a la ciudad y se alojaban en la posada. Yo recordaba vagamente aquel apellido —St. August—, al que relacionaba con algún tribunal militar y con la Ayudantía General. Pero no tenía una clara idea de sus personas. Mis pacientes se refirieron, sobre todo, a sus espléndidos uniformes, ya

que el mayor despliegue en materia de atuendos militares, en el Ridge, estribaba en las ocho chaquetas azules, con sus respectivos cinturones, que lucían los jefes de nuestras milicias en los desfiles. Si St. August era el defensor, ¿quién actuaría de fiscal? En mi opinión, Abraham Hunt eludiría tal función, no sólo por ser el juez local, sino porque su triunfo carecería de valor si para obtenerlo hacía gravitar su personalidad en el proceso. No obstante, sería uno de los principales testigos, lo cual lo colocaría en una situación un tanto embarazosa.

Por segunda vez Alice me preguntó quién defendería al muchacho.

—No sé. Posiblemente St. August.

—Todo el mundo dice que actuará de fiscal. Yo meneé la cabeza, desesperanzado.

—¿Tú lo defenderías, Evan?

—¿Quieres que lo defienda? —le pregunté, incrédulo.

—En realidad, no sé lo que quiero, ni sé, tampoco, de parte de qué bando estoy, si es que existen bandos aquí. Además, ignoro quién tiene razón en este caso. Tú le salvaste la vida, ¿no? —me preguntó.

—No. Por supuesto que no.

—¿No curaste su herida?

—La herida se curó por sí misma. Yo sólo la ayudé. Hice lo que pude... Pero, si piensas que puedo ser su defensor... te diré que no... Eso es imposible.

—¿Por qué es imposible?

—Porque no soy abogado, sino médico.

—Eres un coronel del ejército. Todavía tienes ese grado. Fuiste jefe de un regimiento. Por lo tanto eres un par de Mr. St. August. ¿Por qué no puedes defenderlo?

—No —insistí—. No sería correcto. Debe defenderlo un abogado.

—¿Crees que conseguirán un abogado? El juicio comienza mañana... ¿Realmente lo crees posible?

De modo que una hora más tarde llamé a la puerta del *squire* Hunt. Abigail, al abrirla, se sorprendió y alegró a la vez y me dijo en broma que en la casa todos gozaban de perfecta salud.

—Sin embargo, el *squire* se alegrará mucho al verlo —agregó—. Sanos o enfermos, siempre lo recibiremos complacidos, Evan.

—¿Está aquí?

—En su escritorio, con el general Pakenham.

A través de un gabinete me condujo hasta el escritorio de su esposo. La casa era muy bella y estaba espléndidamente amueblada: chimeneas de mármol de Italia, maderamen abundante en follajes y volutas, sillas importadas de Inglaterra y pisos de madera dura y bien pulida, en lugar del pino utilizado en las otras casas del vecindario. Toda una pared del escritorio estaba ocupada por volúmenes

encuadernados en cuero que, leídos o no por el *squire*, otorgaban al lugar un aire culto y civilizado.

Abigail llamó a la puerta y, al asentir Hunt desde adentro, me introdujo en seguida, como si fuera la cosa más natural del mundo que yo visitara la casa del *squire*, sin anuncio previo, a la hora del crepúsculo. Los dos hombres se sorprendieron un tanto al verme. Hunt me presentó a Pakenham como el coronel Feversham.

—Ah, un colega. Siempre me complace encontrarme con un patriota y me siento honrado por ello, coronel —me dijo Pakenham, tendiéndome su mano carnosa y húmeda y mirándome de soslayo—. ¿No nos hemos visto antes?

—En Saratoga, general.

—¿Sí? ¿Actuó allí con Gates?

—No, señor —vacilé. No pude eludir la cuestión. Hunt me observaba atentamente—. A las órdenes de Stark.

El general clavó en mí una fría mirada.

—¿Es usted de Vermont, señor?

—Soy inglés —le respondí—. Mandé el Undécimo Regimiento de Fusileros de Connecticut... o lo que de él restaba, es decir, a treinta y dos hombres. De modo que me pusieron bajo las órdenes de Stark.

El general asintió bruscamente con la cabeza.

—Comprendo.

—Feversham actúa aquí como médico —dijo Hunt, al percibir el tono glacial y malhumorado de Pakenham—. Ya le hablé de él: curó la herida del mercenario.

Pakenham aclaró su voz:

—Entiendo. En otras palabras, se trata del hombre que dio albergue, curó, ayudó y confortó a un maligno enemigo de nuestra causa.

—Yo no albergué a nadie —le contesté serenamente—. Tampoco he consolado, ni curado a ningún enemigo. En todos los campos de batalla en que actué, procedí de la misma manera y nadie me censuró por ello.

—Entonces, tal vez haya llegado el momento de que ello ocurra, Feversham. La arrogancia tiene su precio, ¿no? El *squire* me ha dicho que, en tanto nuestros leales milicianos buscaban a ese mercenario, usted se reía para su capote, sabiendo quién era y dónde se ocultaba. Se pasea usted impunemente... Sin embargo, si yo estuviera en su pellejo no dormiría tranquilo. Quién sabe... Tal vez ampliaremos el proceso.

—¿Me amenaza, señor?

—Simplemente le informo...

—Por mi parte, no amenazo, ni informo —le dije muy tranquilo—. No obstante, debo recordarle, general, que he actuado muy cerca del coronel Stark, quien me trata como a un hermano. Además, en mi escritorio guardo una carta personal del general

Washington, en la que éste me da las gracias por haber yo reorganizado su servicio médico y me ruega que acuda a él, en caso de necesidad. Podría agregar que todavía integro cierta comisión relacionada con los hospitales, presidida por el doctor Benjamin Rush, un amigo mío que es miembro del Congreso. Cito estos detalles, para que los tenga en cuenta cuando me amenace...

—¡Yo no lo amenazo! —me interrumpió.

—Muy bien. Entonces quede en claro que ambos detestamos las amenazas... Y ahora... ¿puedo hablar del asunto que me ha traído aquí con el *squire* Hunt?

—Cuando le plazca, señor.

Hunt, que asistía con interés a esta pequeña escena, asintió con la cabeza y dijo:

—Adelante, Feversham. Lo escucho.

Yo no estaba orgulloso, ni satisfecho de mí mismo. En rigor, me había comportado como un mozalbete quisquilloso y no había hecho nada en favor del mercenario. Simplemente, había discutido, quizá más de lo conveniente, con el general Pakenham, al recordarle, no sólo su cobardía, sino también su humillación, por parte del coronel Stark. Por lo demás, había impulsado a Hunt, tal vez neutral, a ponerse a la defensiva. Mi referencia al respaldo que me brindaban ciertos personajes famosos era una baladronada, una mera mentira... algo que Pakenham nunca podría comprobar pero que, sin embargo, pesaría sobre mi conciencia toda mi vida, como muchas otras pequeñas indignidades cometidas por mí anteriormente. ¿Era yo como un hermano para Stark, porque en el calor de la lucha y en un solo combate había peleado junto a él, durante un momento? Dudo que Stark recordara, siquiera, mi nombre. En cuanto a la carta del general Washington, similar a muchísimas otras escritas por él, carecía de importancia. Por último, mi relación con el doctor Benjamin Rush consistía en lo siguiente: aunque incluido por él en cierta comisión que, por otra parte, nunca llegó a reunirse, jamás había hablado con dicho personaje. El supuesto vínculo que me unía a Rush fue un ardid generado por mi súbito temor de que Pakenham convenciera a Hunt de incluirme en el proceso del mercenario. En realidad, tal temor era ridículo. Mi pánico, disimulado bajo una voz lenta y tranquila, me había lanzado en un remolino de falsedades y contraamenazas. Como de ninguna manera estaba conforme conmigo mismo, le dije al general:

—Perdone mis aparatosas palabras.

Hunt me observó atentamente: jamás me había visto excusarme por cosa alguna. Pakenham asintió, rígidamente, con la cabeza.

—Como el general aquí presente dispone de amplias facultades para actuar como juez militar y acusador... —comencé a decirle a Hunt.

—El coronel St. August actuará a mi lado, en calidad de fiscal —me interrumpió Pakenham.

—En calidad de fiscal... —le dije—, pero ¿quién defenderá al mercenario?

—El tribunal lo defenderá —replicó Pakenham.

No era un hecho insólito. Yo mismo había sido testigo de otros casos similares, pero en ninguno de ellos el tribunal se había compuesto de dos oficiales únicamente. De modo que le pregunté qué otras personas integraban el tribunal. ¿Acaso el *squire* Hunt sería uno de sus miembros?

—Tengo entendido, señor, que Hunt será el principal testigo.

—De manera que usted solamente...

Otra vez me interrumpió:

—No comprendo su preocupación, coronel Feversham. Según los informes que han llegado a mis oídos, nada podrá impedir que la justicia se expida rápida y eficientemente. ¿Duda usted de mi capacidad para presidir un tribunal ecuánime?

—No, señor.

—¿Ha venido aquí para abogar por el mercenario?

—He venido porque estimo necesaria la presencia de un abogado defensor militar.

Pakenham se encogió de hombros y Hunt guardó silencio.

—¿Me permitiría usted integrar el tribunal? —le pregunté.

—Usted, señor —me replicó Pakenham—, tiene menos que ver en el asunto que el *squire* Hunt, quien, al menos, es el jefe de la milicia local. Que yo sepa, usted no manda grupo alguno... ¿O estoy mal informado?

—En efecto, no mando grupo alguno.

—Entonces le sugiero, Mr. Feversham —me contestó, olvidando mi grado militar—, que confíe en la causa que represento y en mi investidura.

Me volví, en silencio, hacia Hunt en demanda de auxilio.

—No puedo hacer nada, Feversham.

—¿Me permitirá, por lo menos, hablar con el chico, para orientarlo y ayudarlo a defenderse por sí mismo? —de supliqué a Pakenham.

—¿Al chico? ¿A qué chico se refiere? —me preguntó, cada vez más altanero y seguro de sí mismo, a medida que mi situación se tornaba más débil e insostenible.

—Al alemán Hans Pohl. Sólo tiene dieciséis años.

—¿Qué está usted diciendo, señor? ¿No hay chicos de dieciséis, quince y catorce años en nuestras filas...? ¿No los ha visto caer en el campo de batalla, pagando el más alto precio que un joven puede pagar?

—Sin embargo, eso no modifica el hecho...

—El único hecho concreto, para mí, Mr. Feversham, es el siguiente: ese hombre es un alemán que vistió el uniforme alemán y fue pagado por los alemanes, o sea, que se alquiló para matar.

—¡Al diablo con su palabrería! —exclamé—. ¡Todos los soldados que desembarcaron en nuestro suelo han matado por dinero: alemanes, británicos,

franceses y escoceses! ¿Qué diferencia existe entre unos y otros? ¡Todos se alquilaron para matar! ¡Sólo le pido que no nos sitúe en el mismo plano, que demuestre que poseemos una pizca de misericordia cristiana!

—¿Misericordia cristiana? —me preguntó Packenham, levantando una ceja—. Curiosas palabras en boca de una persona como usted. Ignoraba que se había convertido a nuestra fe. Tenía entendido que era usted fiel a Roma.

—¡Cobarde y asqueroso hijo de puta! —le dije y, girando sobre mis talones, abandoné la habitación.

10. El juicio

Cuando Alice y yo arribamos a la aldea en la mañana del día del proceso, advertimos una gran multitud frente a la taberna que, situada en la Calle Mayor, es el primer edificio importante que uno divisa al entrar en el poblado. Habría allí reunidas de doscientas a trescientas personas, entre las que encontré muchas caras conocidas de Redding, Danbury e, incluso, de Salem, Estado de Nueva York. Estoy seguro de que otras habrían viajado a caballo desde Saugatuck y Norwalk, confiando que tendrían acceso al gran salón del bar, en el cual, a lo sumo, cabrían unas cincuenta personas muy apretadas.

No condeno a aquella gente, ya que rara vez ocurre en el Ridge algo digno de ser calificado de acontecimiento. En rigor, al llegar el invierno, esta región se convierte en el lugar más aislado del mundo. Sólo en la primavera cobra vida y animación. Aquí, en esa hermosa y tardía primavera, se desarrollaría el más terrible de los dramas humanos: la puesta en la balanza de la vida de un hombre, por añadidura perteneciente a la raza más detestada en aquella extraña época, es decir, se juzgaría a un mercenario alemán. Tal vez para desgracia nuestra, la lucha se había desplazado muy lejos de nosotros, ya que, pese a su cruel imbecilidad, la guerra despierta no sólo lo peor, sino también lo mejor de la naturaleza humana. En medio de la pelea la violencia suele alternarse con la compasión. En este caso al enemigo se lo veía encarnado en un hombre, que en puridad no era un hombre en absoluto, sino un pobre y joven huérfano apresado a miles de millas de su casa. Pero, esto no pesaba para nada en la balanza. Por otra parte, el hecho de que apenas habían transcurrido poco más de quince días desde la refriega de la granja de Naham Buskin no contribuía a fomentar la compasión hacia el único enemigo sobreviviente.

No es que aquella gente estuviera sediento de sangre. Ello no concordaba con su carácter excepto con el de algunos vagabundos similares a los que se encuentran en cualquier comunidad. Por el contrario, se trataba de personas profundamente religiosas, rígidas y reticentes, que veneraban un Dios justo e inexorable y que no sólo leían el Antiguo Testamento, sino que vivían de acuerdo con él. Además, ponían a sus hijos nombres análogos a los habituales en un antiguo pueblo cuyas oraciones recitaban. Por otra parte, sus antepasados, luego de arribar a una región salvaje, que sometieron, expulsaron de ella a los cananeos —en este caso de piel roja— y aplicaron al pie de la letra la justicia que profesaban: ojo por ojo y diente por diente. No eran personas frívolas, ya que para ellas el bien se identificaba con el trabajo y el trabajo era una bendición. Sin embargo, se mostraron, hasta cierto punto, tolerantes, porque estimaban útiles las diferencias entre los hombres. Los cuáqueros convivían con ellos, sin ser hostilizados, y, aunque habían expulsado a los tories, de todas maneras no los habían asesinado. Pese a que el Dios que habitaba en sus iglesias era

muy severo y puritano, sus templos acogían a todo el mundo.

Cuando John Dorset advirtió mi presencia, se dirigió hacia mí como si yo fuera el único profano que debía ser persuadido. No obstante, comenzó por excusarse:

—No puedo hacer nada... Esto escapa a mis posibilidades.

Yo no quise tranquilizar su conciencia, ni responder a sus palabras.

—Será un proceso justo... Hablé con Packenham.

—Todos los procesos son justos —convine.

Alice fue al encuentro de Raymond y su hija Sally. Sarah se había quedado en su casa con los más pequeños. Sólo Raymond fue citado como testigo. Según él me dijo, Sally había insistido en acompañarle. Yo entonces le pregunté si sería conveniente que la joven asistiera al juicio.

—Debo estar presente —dijo ella—. Trate de comprender, Evan... No se interponga...

Abraham Hunt se abrió paso entre la arremolinada muchedumbre y se acercó a nosotros, extrañamente amable. Vestía el uniforme de la milicia: chaqueta azul y pantalón blanco, y lucía una peluca y un ancho cinturón del que pendía un espadín que contrastaba con su enorme cuerpo. Era evidente que no se sentía cómodo en su uniforme. Por lo menos un centenar de hombres y muchachos del Ridge habían actuado alguna vez en la guerra, pero todos sin uniforme. Pienso que Hunt tuvo en cuenta tal detalle, en función del desarrollo del proceso. Por otra parte, el uniforme le caía muy mal, ya que, no habiendo un solo sastre en el Ridge, todos los trajes eran de procedencia casera. De repente advertí que el coronel St. August se abría camino en dirección de la puerta de la posada. Alto, delgado y de aspecto juvenil, ostentaba una guerrera color castaño, con adornos amarillos: el uniforme del regimiento de artillería que él mismo había organizado en algún lugar del norte de Connecticut. Se decía que pertenecía a una acaudalada familia y que había adquirido por su cuenta dos cañones de a cinco, pero ignoro si su compañía o sus cañones hicieron otra cosa, fuera de lucirse en los desfiles. Abundaban en las colonias los individuos acaudalados y de alta posición social que entusiastamente diseñaban bellos uniformes y organizaban compañías propias, que rara vez se veían en los campos de batalla.

Hunt saludó a Raymond, no sin cierta gracia, y le preguntó dónde estaba el joven Jacob.

—En casa —le respondió Raymond.

—Pero es que debe actuar como testigo.

—No lo han citado —dijo Raymond.

Éste desconocía su propia situación. Ignoraba si sería castigado, si acompañaría a Hans Pohl en el banquillo de los acusados o si lo condenarían a permanecer en el cepo día y noche, peculiar tortura practicada muchas veces por aquellos singulares puritanos de Nueva Inglaterra contra individuos de su propia religión, en el comienzo

de la guerra. A esta altura de los acontecimientos empezaba yo a comprender cuán distinta de la mía era la reacción de Raymond ante aquéllos. Como su coraje no se sustentaba en el odio, ni en la cólera, no experimentaba Raymond el temor íntimo inherente al coraje violento. En el fondo de su ser reinaban una calma y una aceptación de los hechos tan poco agresivas que, con frecuencia, lo hacían aparecer como un cobarde. De cuerpo y huesos pequeños se mantenía, sin embargo, muy digno y dueño de sí mismo, a pesar de los muchos años que había trabajado inclinado sobre su banco de remendón, con su sombría chaqueta de cuáquero que le llegaba a las rodillas, abotonada hasta el cuello. He advertido que los cuáqueros vestían siempre según la moda de diez años atrás. Y bien, teniendo en cuenta que las modas de la ciudad llegaban al Ridge con una demora de una década, no es de extrañar que los cuáqueros resultaran personas muy anticuadas..., tan fuera de época como los judíos que ocasionalmente he visto en Europa, con sus largas chaquetas negras, sus sombreros de anchas alas, sus extrañas barbas y sus rizos a ambos lados de sus rostros, pero muy tiesos y dignos al andar y trascendiendo una especie de sabiduría interior, a la manera de reyes muy seguros de sus prerrogativas y de sí mismos. También los cuáqueros denotaban una íntima suficiencia que a veces resultaba, para los demás, tan irritante como los modales bruscos y la soberbia. Sin embargo, no eran rudos ni arrogantes, sino, más bien, todo lo contrario.

Por lo menos doce cuáqueros estaban agrupados frente a la posada y cerca de Raymond, pero a sus espaldas. Vestidos de idéntica manera, como uniformados, con sus chaquetas abotonadas hasta el cuello, a pesar del calor reinante, no se mostraban hostiles, ni temerosos. Simplemente, hacían acto de presencia allí. Como a ninguno de ellos se le permitió entrar en la posada, permanecieron en ese lugar hasta que se retiraron, en las últimas horas de la tarde. Yo, que estaba seguro de tener acceso a la intimidad de la familia Heather, comprobé entonces que sabía muy poco respecto de ellos, de su estilo de vida, de sus ideas y su religión, y me sorprendí al descubrir que constituían una especie de pueblo dentro de otro pueblo o de isla dentro de otra isla, un grupo de personas que no había venido a este suelo impulsadas por la cólera o un torvo coraje, para arrancárselo, revólver en mano, al salvaje y domeñar el desierto, sino más bien desnudos... y a la manera de un ser embotado que, de pronto, tiene un instante de lucidez, percibí claramente lo que significaba el amor para Sally Heather y me sentí invadido por una melancolía que nunca había experimentado anteriormente.

Tal vez Alice sintió lo mismo, ya que se situó junto a Sally, en tanto Hunt le decía a Raymond:

—Debe usted ir por el muchacho, Heather. Lo siento, pero lo necesitamos aquí.

Raymond asintió con la cabeza y partió en busca de su hijo, quedando Sally con nosotros. Entonces Hunt se abrió camino entre el gentío, en dirección de la posada.

La gente se apartó cuando sus compañeros le suplicaron que dejaran un claro como si se tratara de una riña de gallos. A continuación nos introdujimos en el salón del bar, tan atestado, que parecía imposible que cupiera en él una persona más.

Sin embargo, cuatro milicianos que lucían chaquetas azules atravesadas por tiras de cuero blanco, se las arreglaban para mantener a raya al público tras un espacio libre. En un extremo de éste y detrás de una larga mesa estaban sentados el general Pakenham, el coronel St. August y Bosley Crippit, actuario y archivero de la ciudad, frente al cual había un tintero, una pluma y un manojito de papeles. En uno de los costados del espacio libre se veían varias sillas, algunas ya ocupadas por Miss Perkins, la maestra, Mr. Saxon, el empresario de pompas fúnebres y Salem Alan. Pensé que el mercenario se hallaría bajo custodia en la cocina o la despensa. Todo estaba dispuesto para el proceso.

Durante un breve lapso continuó la confusión. Por lo menos doce espectadores fueron expulsados y se oían disputas, nombres de personas llamadas a voces y rechiflas... De pronto se produjo una verdadera refriega entre los milicianos y alguien que declaraba a voz en cuello que había viajado expresamente desde New Haven para asistir al espectáculo. Tres periodistas se quejaban respecto de los lugares que les habían asignado, aduciendo que desde ellos no podían ver absolutamente nada. Otros luchaban en procura de una mejor ubicación. Sólo después de quince o veinte minutos de haber entrado nosotros a la posada le fue posible a Pakenham imponer cierto orden y silencio, al dejar caer su mazo sobre la mesa.

Hunt nos había ubicado a Alice, a mí y a Sally en un banco, frente a los testigos, claro por medio. La mayoría de los presentes habíanse sentado en el suelo o se recostaban en las paredes y numerosos rostros se asomaban por las ventanas, desde el exterior. La atmósfera era densa y pesada y la iluminación tan escasa, que todo el proceso se realizó en un ambiente crepuscular.

Luego de imponer cierto orden, Pakenham pidió a los testigos que se identificaran. No regían en aquellos días normas fijas o definidas en los tribunales militares. Cada presidente establecía a su antojo las pautas a que se ajustaría el proceso que dirigía. Por otra parte, sus decisiones eran inapelables y sus atribuciones ilimitadas. A medida que Crippit leía sus nombres, los testigos se identificaban. Al oír mi nombre pensé que se cumplía mi vago vaticinio en tal sentido, aun cuando no había sido citado por escrito. Sally no fue nombrada. Cuando el actuario nombró a Raymond y no hubo respuesta, Pakenham, irritado, exclamó:

—¿Por qué no está aquí Raymond Heather? Yo ordené que se lo citara. ¿Por qué no se cumplió mi orden?

—Porque no fue necesaria tal formalidad, ya que estaba aquí... Lo envié en busca de su hijo.

—La formalidad es inherente a la vida militar, *squire* —dijo Pakenham—.

¿Cuándo estará aquí de regreso?

—Con toda seguridad, dentro de una hora.

Crippit entregó un papel a Pakenham y éste se quejó de la escasa visibilidad.

—¿Por qué no han traído velas? —dijo St. August—. Esto está oscuro como boca de lobo.

—¿En pleno día? —dijo Oscar Latham, el posadero, provocando la risa de medio auditorio.

—Aquí no es de día, posadero —intervino Pakenham—. Traiga una docena de bujías.

Preguntándose en voz baja quién pagaría aquellas velas, Latham se abrió paso a empujones hacia la cocina y volvió poco después con una bujía encendida en una mano y varias sin encender en la otra, a las que prendió y distribuyó de mala gana alrededor de la mesa.

—Con la luz llega la justicia —observó St. August con su voz aflautada y nasal y su acento bostoniano, en parte natural y en parte afectado. Pakenham, tolerante y sonriente, golpeó de nuevo la mesa con su mazo. Sally, muy seria y erguida en su asiento, con las manos en su regazo, aparentemente no prestaba atención a las miradas concentradas en ella y en las muecas y cuchicheos. Los chismosos se habían ensañado con la joven, rápida y cruelmente, y, apenas apareció ante la posada, las miradas fijas en ella denotaron la sutil y miserable connotación inherente a la divulgación de un vínculo pecaminoso entre un joven y una muchacha.

—Se inicia el juicio —anunció Pakenham—. Convoco a este tribunal militar en nombre del Soberano Estado de Connecticut y del Congreso Continental.

—Preside el general Jonah Pakenham —gritó Crippit—, en representación de la junta militar del Estado, asistido por el coronel Albert S. August. Comienza un procedimiento sumario bajo el estado de guerra. Acusado: Hans Pohl, soldado del ejército del Elector de Hesse, que prestó juramento de fidelidad a la bandera del rey Jorge III de Inglaterra.

Bosley Crippit estaba en la gloria. Lo imaginé durante las horas previas, tratando de hilvanar las ridículas y pomposas frases de la acusación. Era un hombrecillo barrigón, con un cráneo calvo y reluciente, oculto en ese instante bajo una imponente peluca. Ésta, importada de París, constituía una joya y un timbre de honor para él. Nunca se cansaba de repetir que le había sido remitida vía Londres y Filadelfia, al precio de seis guineas. Después de haber pasado su vida estampando y reestampando los detalles de innumerables títulos de propiedad de tierras y documentos de fijación de límites, se le presentaba una gran oportunidad, respecto de la cual se hallaba dispuesto a sacar el mayor provecho posible. Sin embargo, el hecho de que el juicio fuera conducido de esa manera no cambiaba las cosas, ya que se trataba de un caso terriblemente serio e importante.

—Que el prisionero comparezca ante este tribunal —dijo el general Packenham. La orden fue repetida hasta llegar a la cocina.

—Que el prisionero comparezca ante este tribunal.

Al oír esta orden transmitida en cadena y a gritos, Alice cuchicheó a mi oído:

—No... no puede ser... de ninguna manera, Evan.

—¿Qué importa el procedimiento? —le dije.

De pronto di con los ojos de Hunt, quien me observaba de un modo muy extraño.

Dos milicianos se abrieron camino a empellones, entre la multitud, flanqueando a Hans Pohl. Vestía el muchacho —por propia voluntad, según me dijeron— su sucio uniforme manchado de sangre y tenía las manos atadas a la espalda.

—¡Desátenlo! —ordenó Hunt.

Packenham pareció dispuesto a hablar, pero en seguida prefirió guardar silencio. Los dos milicianos desataron las manos del mercenario, que se mantuvo rígido y alerta frente a la mesa. Desde que entró en el salón Sally no había despegado de él sus ojos. No obstante, Pohl eludió sus miradas y clavó la suya en el general Packenham.

—Comparece usted ante un tribunal militar legalmente constituido de este Estado soberano —dijo Packenham—. ¿Sabe lo que ello significa?

El muchacho asintió con la cabeza.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó el general.

—Hans Pohl.

—¿Regimiento?

—16 de *Jagers*.

—¿Graduación?

—Soldado raso.

Las respuestas eran suaves, pero firmes y dichas con un acento extranjero apenas discernible. Por su cabello rubio y las nuevas pecas surgidas en su piel durante su reciente permanencia a la intemperie podía haber pasado por un muchacho del Ridge.

—Lea la acusación —le dijo Packenham a Crippit.

El pequeño funcionario, muy emocionado, asió con manos temblonas una gran hoja, tamaño oficio, aclaró su garganta y leyó:

—Tribunal Militar convocado en el municipio de Ridgefield. Acusado: Hans Pohl, soldado raso al servicio del elector de Hesse y del rey de Inglaterra. El mencionado Hans Pohl, soldado raso, es acusado de asesinato premeditado, cruel e injustificable. Cargo: el día dieciséis de mayo del año del Señor de 1781, integraba un destacamento de mercenarios alemanes que realizó una incursión en el territorio del municipio de Ridgefield. En el curso de tal incursión dicho destacamento se topó con un ciudadano, un tal Saul Clamberham, desarmado y vestido de civil. El citado ciudadano no les causó daño alguno, ni obstaculizó su marcha. Sin motivo alguno

tomaron prisionero al susodicho civil, Saul Clamberham, y sin justificación ni proceso, lo colgaron del cuello hasta que expiró. Tal el cargo que le hace este tribunal, el que se propone probar que lo antedicho es la verdad y nada más que la verdad. Este tribunal estima que todos los miembros del mencionado destacamento de mercenarios alemanes son culpables de tan cruel e injustificable asesinato y que, por lo tanto, merecen pagar su crimen en la misma moneda, o sea en la horca. ¿Qué tiene que alegar el prisionero, respecto de tal cargo?

El muchacho, al parecer, no comprendió nada. La concurrencia se mantenía muy tranquila; sólo se oía la respiración de los circunstantes hacinados en el salón. Súbitamente se produjo un tumulto de voces y movimientos y los hombres situados junto a la puerta exterior empujaron hacia los costados a la gente para que entraran Raymond y su hijo Jacob. Durante un momento, ambos permanecieron inmóviles en el espacio que se les brindaba, encandilados por el contraste entre la luz de afuera y la de adentro. Luego, al vernos, se dirigieron lentamente hacia donde nos encontrábamos. Sally se puso de pie para ofrecerle su asiento a su padre y a su vez se sentó, con las piernas cruzadas, en el piso. Jacob se ubicó a su lado. Hans Pohl no volvió, siquiera la cabeza y el murmullo suscitado por la aparición de Raymond fue acallado por el mazo de Pakenham. St. August abandonó su asiento y le dijo al prisionero:

—¿Tiene algo que alegar, señor? Debe usted dar una respuesta. ¿Se considera culpable, o inocente?

—No entiendo nada —respondió Hans Pohl.

—¿Qué es lo que no entiende? —inquirió, con tono perentorio—. La acusación es simple y evidente. ¿Es o no es usted culpable del asesinato de cierto individuo llamado Saul Clamberham? ¿Qué tiene que decir al respecto?

El muchacho volvió a hacer un movimiento negativo con la cabeza.

—Y bien, ya que no contesta, responderé por usted: su silencio implica que admite su culpabilidad.

—Usted no puede responder por él —grité, poniéndome de pie—. ¡Esto es una infamia! El joven apenas habla un inglés de cocina y no entiende ni la mitad de las palabras de la acusación.

Pakenham volvió a golpear con su mano.

—¿Desde cuándo puede un hombre ser declarado culpable antes del proceso? —dije enérgicamente.

—¿Quién es usted, señor? —exclamó St. August—. ¿Cómo se atreve a interferir en el proceso? ¿Quién le dio permiso para hablar?

—¡Una palabra más, Feversham, y lo expulso de aquí! —rugió Pakenham—. ¡Se halla usted aquí por una deferencia nuestra! Sí, señor, ¡por mera deferencia...! ¡Si dice una palabra más, lo arrojaré de este lugar!

Hunt se puso de pie y enfrentó a Pakenham, que en ese momento golpeaba la mesa con su mazo. Al cesar la algarabía circundante dijo el *squire* fríamente y con una voz enronquecida por la cólera:

—Me parece que se equivoca usted, coronel St. August. Yo tenía entendido que usted declararía que es inocente. Pienso que no le corresponde a usted hacer otra cosa. El acusado no ha sido aún juzgado, ni escuchado.

—Si se confiesa culpable, es culpable —insistió St. August—. ¿Qué hay de ilegal en ello?

—Entonces, explíquesele claramente.

St. August aspiró con fuerza y, luego de un breve silencio, dijo:

—Hans Pohl, ¿mató, usted, a Saul Clamberham?

—No —replicó el muchacho—. Yo no matarlo.

—Entonces, se considera inocente.

—Yo no matarlo —repitió Hans Pohl.

Hunt seguía en pie cuando Pakenham le dijo:

—Por favor, ¿quiere aproximarse al tribunal, *squire*?

Hunt avanzó hacia la mesa y se inclinó sobre ésta. Entonces Pakenham cuchicheó algo a su oído. El *squire* negó con la cabeza. Insistió Pakenham y otra vez Hunt hizo un movimiento negativo con la cabeza. Por último, Pakenham meneó la suya, malhumorado, y Hunt retornó a su asiento.

—Puede llamar al primer testigo —le dijo el general a St. August.

El coronel echó un vistazo a Crippit, el cual, muy ostentosamente, buscó en su montón de papeles la lista de testigos y gritó en seguida con voz cantarina:

—¡Miss Jenny Perkins!

—Aquí estoy, Bosley —replicó Miss Perkins, que se hallaba sentada apenas seis pies más allá de él.

—Póngase de pie y coloque su mano sobre el Libro.

Miss Perkins se dirigió hacia la mesa y dejó caer su mano sobre la Biblia.

—¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad? Diga: sí juro.

—No diré nada de eso —replicó Miss Perkins—. Yo no acostumbro mentir. Si usted no lo sabe, Bosley Crippit, es un estúpido. Nunca he jurado y tampoco pienso hacerlo ahora, porque es una costumbre anticristiana.

—Esto es otra cosa, Miss Perkins.

—No lo es.

Crippit se volvió hacia el general, que estaba golpeando nuevamente con su mano, para acallar las risas.

—Basta con que ponga su mano sobre el Libro —dijo St. August.

—¿No la tengo ya sobre él? —dijo Miss Perkins.

—Está bien. ¿Su nombre, señora?

—Soy soltera, señor, y me llamo Jenny Perkins. Si hubiera usted prestado atención...

—Por favor, concrétese a responder a mis preguntas.

—Muy bien... Pero haga preguntas sensatas.

—¿Conoció usted a Saul Clamberham?

—Sí.

—¿Desde cuándo lo conocía?

—Desde el tiempo más lejano que soy capaz de recordar.

—¿Conoció a su familia?

—No tenía familia. Fue un niño expósito, abandonado, al pasar, en la casa de la abuela Allison... Gente indigna... Nunca volvieron por él. Pienso que en esa época tendría unos cinco años. La abuela Allison lo cuidó hasta su muerte, cuando el niño tenía once años. Desde entonces vivió como pudo, ya que nadie se preocupó de él... Dios nos perdone a todos.

—¿Por qué dice usted «Dios nos perdone a todos»? —le preguntó St. August intrigado.

—Porque soy cristiana —respondió ella sencillamente.

Hans Pohl volvió su cabeza para mirarla. Fue ése su primer movimiento desde que resolvió permanecer ante la mesa como una estatua. Miss Perkins pareció sorprendida. Posiblemente no lo había mirado hasta entonces, ya que el mundo está lleno de seres y cosas que nunca vemos o bien que no nos molestamos en observar.

—Perdón, creo que no la comprendo, Miss Perkins —dijo St. August. Así le ocurría siempre: debía esforzarse para comprender cualquier cosa.

—Si alguien lo hubiera cuidado o querido, si hubiese tenido un hogar, no habría estado jugando como un tonto en aquel lugar, cuando pasaron por allí los mercenarios, señor.

—¿Quiere usted decir que era un irresponsable?

—Era un imbécil, señor, con una mente huera, un párvulo con un cuerpo de hombre. No asimilaba ninguna idea. No sabía leer, ni escribir las palabras más simples.

—Usted es maestra del Ridge, ¿no? —Sí.

—¿Trató de enseñarle a Saul Clamberham?

—Lo intenté. Pero todo fue inútil. A veces venía a la escuela pero de pronto, desaparecía y no lo veíamos durante meses enteros. Después reaparecía el día menos pensado...

—¿Por qué, cree usted, que volvía?

—Porque deseaba, con toda su alma, aprender.

—¿Era peligroso?

—¿Cómo iba a ser peligroso? —y Miss Perkins miró a Hans Pohl, esta vez sin

ambages y poseída por la idea de la justicia.

Era Miss Perkins una mujer inteligente, reflexiva y de principios... pero Hans Pohl no pertenecía a su comunidad: aunque por sus cabellos rubios pudiera pasar por un muchacho del Ridge, su aspecto externo sólo servía para encubrir al demonio que lo habitaba, puesto que procedía de un país situado a una infinita distancia del Ridge —cinco mil millas— y Miss Perkins jamás se había alejado más de veinte millas de la aldea de Ridgefield. Hans Pohl era el primer alemán que veía y, por otra parte, desde hacía seis años estaba perturbada por los relatos que había escuchado acerca de las atrocidades atribuidas a los mercenarios alemanes. Sola en su casa por las noches había temblado cada vez que crujía alguna madera, temiendo que un mercenario la asesinara mientras dormía.

—Quise decir lo siguiente: ¿molestaba a los niños o trataba de perjudicar a los mayores? —aclaró St. August.

—¿Saul Clamberham?

—Sí, Saul Clamberham.

—Debería usted avergonzarse de sí mismo —replicó Miss Perkins—. Su insinuación es agravante.

—Sin embargo, debo preguntarle.

—Era incapaz de matar una mosca —y Miss Perkins se frotó los ojos—. Además, tenía muy buenos modales.

—Suficiente, Miss Perkins. Muchas gracias.

La maestra retornó a su asiento y comenzó a llorar sobre su pañuelo.

—Puede usted retirarse si lo desea. Miss Perkins —le dijo el general Packenham.

Ella hizo un movimiento negativo con la cabeza. Por más aturdida que estuviera, por nada del mundo hubiese cedido a otra persona su privilegiada ubicación.

—Esto es un horno —dijo el general Packenham, que a esa altura traspiraba profusamente—. ¿Por qué no abren alguna ventana? Hay aquí mujeres y niños muy delicados. ¿Aguardaremos a que se desmaye alguno para demostrar que somos corteses?

Varios pies se arrastraron en dirección a las ventanas. Bosley Crippit llamó entonces, a Jacob Heather.

Éste se puso de pie y se dirigió hacia la mesa.

—Pon tu mano sobre el Libro —le dijo Crippit.

Jacob meneó la cabeza.

—¿No has oído, muchacho? Desea que jures que dirás la verdad.

Por segunda vez Jacob meneó la cabeza.

—Nosotros no juramos —dijo el chico, con voz un tanto temblorosa—. No debo jurar.

Esto resultó demasiado para Packenham, quien declaró que si el muchacho se

mantenía en sus trece, él lo haría entrar en razón.

—No insista, general —le dijo Hunt fastidiado—. Que diga lo que sepa. ¿Qué importancia tiene el juramento?

—Debe constar en el legajo.

—Vaya... De todas maneras el legajo será incompleto, porque Bosley apenas tiene tiempo de escribir una palabra de cada tres que dicen los testigos. De modo que dejemos las cosas como están y que el chico diga lo que sabe.

St. August suspiró como para dejar sentada la extravagancia de los habitantes del Ridge y le preguntó a Jacob cómo se llamaba.

—Jacob Heather —respondió el muchacho.

—Eres un lindo chico, Jacob. ¿Cuántos años tienes?

—Doce.

—¿De veras? Bueno, ahora dinos dónde estabas el dieciséis de mayo.

—No sé.

—¿Realmente no sabes? ¿Cómo es posible que no sepas o no recuerdes dónde estuviste el dieciséis de mayo?

—Porque no sé qué día era... —replicó Jacob muy consciente de la presencia del joven alemán a pocos pasos de él.

—Entonces tendré que refrescarte la memoria —dijo St. August—. Se trata del día en que los mercenarios colgaron a Saul Clamberham.

Jacob miró a Hans, pero éste no se movió. Una sombra de dolor ensombreció el rostro del pequeño.

—¿Recuerdas ahora qué día era?

Jacob asintió con la cabeza.

—Tienes que responder claramente sí o no.

—Sí —cuchicheó Jacob.

—¿Dónde estabas cuando viste a los mercenarios?

—Sobre el Hightop.

—Supongo que se tratará de una colina. ¿Qué estabas haciendo allí?

—Estaba escondido —dijo Jacob.

—¿Por qué no te hallabas en la escuela en ese momento?

—Porque era un día de meditación.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que uno se queda en casa y mira dentro de su corazón.

—Sin embargo estabas en el Hightop.

Packenham dejó caer su mazo sobre la mesa para acallar las risas.

—Sí, señor.

—Y... ¿qué viste allí?

—Vi a los mercenarios.

—¿Por qué no huiste al verlos?

—Porque estaba muy asustado.

—¿Estaba Saul Clamberham con los mercenarios?

—Sí... sí, señor —y miró de nuevo a Hans.

—¿Qué hacían ellos con él?

Jacob meneó otra vez la cabeza.

—¿Por qué no huyó Saul?

—Porque tenía una soga alrededor del cuello y las manos atadas.

—Vamos, Jacob, no tengas miedo. Aquí no hay ningún alemán que pueda hacerte daño. Di-nos qué le hicieron a Saul Clamberham.

—Lanzaron... Lanzaron... —aunque no lloraba, su rostro reflejaba una intensa zozobra. De pronto se volvió para mirar a su hermana Sally, pero ésta tenía sus ojos clavados en sus propias manos, que descansaban sobre su regazo.

—¿Es necesario esto? —me preguntó Alice.

—Él fue el único testigo del hecho.

—Todo el mundo sabe lo que ocurrió.

—Y todo el mundo desea oírlo de nuevo —murmuré—. La muerte es algo muy singular. Mira con qué interés escuchan.

Nadie chistaba. Tan hondo era el silencio reinante en el salón, que el zumbido de las moscas que chocaban contra los cristales de las ventanas resultaba tan estridente como el de una sierra.

—Vamos, Jacob, compórtate como un hombre... y habla.

Entonces el chico dijo lentamente:

—Lanzaron la soga sobre una rama y después tiraron de ella y lo levantaron en el aire.

—¿A quién levantaron?

—A Saul Clamberham —exclamó, desesperado, Jacob.

—Magnífico, muchacho. Ahora cuéntanos cómo lo hicieron.

—Con la soga.

—Sí, ya sé que lo colgaron con una soga. Pero Saul Clamberham era un hombre muy grande. ¿Un solo mercenario lo levantó hacia la copa del árbol?

Jacob no contestó.

—Vamos, Jacob. Debes responder a mi pregunta. De lo contrario, nunca sabremos la verdad. Escucha: ¿cuántos hombres tiraron de la soga y ahorcaron a Saul Clamberham? Jacob siguió guardando silencio.

—¿Un hombre? ¿Dos hombres? ¡Responde!

—¿Por qué lo torturan de esa manera? —estalló mi esposa.

Packenham golpeó con su mazo.

—¡No toleraré interrupciones, señora! ¿Está claro?

—¿Tres hombres, cuatro hombres, cinco hombres...? ¿O todo el destacamento tiró de la soga? —y St. August se inclinó sobre el muchacho—. ¿Cuántos eran? ¿Cuántos eran? ¡Responde!

—No me acuerdo —dijo el chico con tono de súplica.

—¿Entonces piensa bien! ¿O es que no quieres recordar?

—No me acuerdo.

—¿No le dijiste al *squire* Hunt que había allí dieciséis hombres, un tambor y un individuo a caballo?

—No sé... No me acuerdo. —Sin embargo, eso fue lo que le dijiste al *squire* Hunt.

—Sí —admitió Jacob.

—¿Cómo lo sabías...?

—No me acuerdo.

—Pero tú le dijiste al *squire* Hunt que había dieciséis mercenarios y un tambor. ¿Cómo lo sabías entonces?

—Porque los conté.

—¿A todos?

—Sí.

—¡Y no te equivocaste, muchacho! —gritó St. August con aire de triunfo—. ¡Magnífico, muchacho! ¡Qué sangre fría! Estoy seguro de que llegarás a ser un excelente soldado. De modo que había dieciséis infantes mercenarios y un tambor... ¡Exacto! Por supuesto que te asustaste. ¿Quién* no se asustaría al verse, de pronto, ante aquellos alemanes que serían capaces de colgarlo a uno de un árbol como colgaron al pobre Saul Clamberham? Sin embargo, no te asustaste demasiado, ni perdiste la cabeza y pudiste contarlos e informar con exactitud al *squire* Hunt, para que éste organizara su ataque contra tan despreciables individuos. Ahora, escucha, Jacob: ¿te niegas a responder a la otra pregunta porque no quieres admitir que todos los hombres tiraron de la soga con que fue ahorcado Saul Clamberham? ¿No es cierto?

—No —estalló Jacob—. Fueron cuatro hombres...

—Ah... Ahora dices que fueron cuatro hombres... ¿No serían seis... o diez? —No.

—¿Estás seguro? ¿Jurarías que fueron cuatro? Jacob meneó la cabeza. Sentíase tan desdichado que comenzó a llorar.

—Deje en paz al muchacho —dijo Hunt—. ¡Al diablo con el número exacto! ¿Qué importancia tiene saber cuántos hombres tiraron de la soga? Lo colgó el destacamento.

—Creo que eso es muy importante —dijo St. August—. A decir verdad, señor, pienso que ello es fundamental y considero que este hombre —y señaló a Hans Pohl

— tiró, también, de la soga. Pero debo confirmarlo.

—Entonces llame a otro testigo y deje en paz al muchacho.

—Eso incumbe al tribunal, señor —y se volvió hacia Pakenham.

El general, después de un instante, asintió con la cabeza y dijo:

—Que se siente el chico. Jacob corrió hacia donde se hallaba Sally y dejándose caer sordamente enfrente de ella, apoyó la cabeza en su regazo. Crippit volvió a echar mano de la lista y llamó a Raymond Heather. Mientras éste se ponía de pie, Crippit le dijo a Pakenham:

—¿Debo hacerle prestar juramento, excelencia?

—Es el padre de ese chico... ¡Al demonio con el juramento!

—¿Su nombre? —dijo St. August.

—Raymond Heather.

—¿Es usted el padre de Jacob Heather, el chico que acaba de prestar declaración?
—Sí.

—¿Le dijo cuántos hombres tiraron de la soga? —Sí. Me dijo que fueron cuatro... Que Dios los perdone y les permita descansar en paz.

—No lo llamamos para que pronuncie un sermón, señor, sino para llegar a la verdad.

—Yo le he dicho la verdad.

—Y ¿qué hubiera pasado si su hijo no hubiese afirmado que se trataba de cuatro hombres?

—A pesar de eso seguiría creyendo que fueron cuatro nombres, porque él me dijo que eran cuatro y mi hijo nunca miente.

—Supongo que usted tampoco mentará... ¿no? —le dijo St. August y, como Raymond no respondió, le preguntó—: ¿su religión le prohíbe categóricamente mentir, o le permite hacerlo en determinadas circunstancias?

—Mi religión me prohíbe mentir —replicó Raymond—, porque cuando miento no hallo refugio en ninguna parte, ni puedo ocultar mi mentira.

—Usted alojó en su casa a este alemán, llamado Hans Pohl, ¿no es así?

—Le di albergue porque estaba enfermo y herido. ¿Cómo iba a echarlo? Además, me estaba prohibido darle la espalda.

—¿Quién se lo prohibió?

—Mi religión.

—De modo que su religión le prohíbe mentir y dar la espalda a un soldado enemigo... Entonces, ¿por qué mintió respecto del mercenario que albergó en su casa?

Otra vez Raymond guardó silencio.

—¿No mintió usted al ocultar a quien todos sus vecinos buscaban? Vive usted en paz y seguridad porque nosotros tomamos las armas para luchar y morir. Sin

embargo, cuando su palabra podría significar paz y seguridad para quienes lo protegen... usted prefiere callar. Si eso no es mentir, entonces yo no sé en qué consiste la falsía.

—Tenía yo que escoger entre la vida de un hombre y una mentira. De modo que preferí mentir —admitió Raymond.

—No obstante, espera usted que le creamos cuando afirma que su hijo ha dicho la verdad. ¿Cómo podemos creerle al hijo de un mentiroso?

Sin moverse de su asiento Sally, en cuyo regazo su hermano seguía ocultando su cabeza, dijo serenamente:

—Basta... basta ya, por favor.

Raymond miró a St. August, el cual, seguro ya de su victoria, sólo deseaba consumarla de una vez.

—Puede volver a su asiento, señor —le dijo St. August a Raymond.

El próximo testigo era Hunt. Junto a aquel sombrío gigante el joven mercenario parecía más pequeño de lo que en realidad era.

—¿Se hallaba usted en esta posada cuando llegó aquí Jacob Heather con la noticia referente a los mercenarios?

—Sí, señor.

—¿Le dijo el chico cuántos eran los alemanes?

—Sí. Me dijo que vio dieciséis soldados, un tambor y un oficial. Su cuenta fue exacta.

—¿Le dijo también cuántos hombres tiraron de la soga con la que ahorcaron a Saul Clamberham?

—No.

—¿Por qué no...?

—Porque no se lo pregunté.

—¿No le interesó saberlo, *squire* Hunt?

—En ese momento no, coronel. Entonces sólo me preocupó la idea de contener a los mercenarios.

—¿Qué hizo usted en esa ocasión?

—Me dirigí a caballo al Hightop con el doctor Feversham, porque tenía la esperanza de que hubieran hecho mal las cosas y, por lo tanto, de encontrar con vida a Saul.

—Pero lo encontró muerto.

—Así es, señor, lo hallé muerto.

—¿No advirtió ningún indicio que le permitiera deducir cuántos hombres tiraron de la soga?

—No, señor.

—¿Cuántos supone, usted, que serían?

—No tengo idea... ¿Qué importancia tiene ese detalle? Lo mataron los alemanes.

—Coincidió con usted, *squire*. Lo mataron los alemanes.

A continuación Salem Alan contó la historia de su perro *Duklik*, el cual había desenterrado el uniforme, y en seguida fui llamado a declarar.

—¿No consideró usted necesario, doctor Feversham, informar al *squire* Hunt, respecto del paradero del mercenario?

—Soy médico, no delator.

—¿Médico de nuestros enemigos?

—Médico de cualquier enfermo.

—Tengo entendido que fue usted coronel de nuestro ejército.

—Lo sigo siendo, coronel St. August.

—Tal vez... tal vez no lo será durante mucho tiempo más, señor. ¿Sabe usted cuántos hombres tiraron de la soga?

—Sí.

—¿Cuántos?

—Cuatro.

—¿Cómo se enteró de ello, doctor Feversham?

—Me lo dijo Jacob Heather, que fue el único testigo del hecho.

—No, señor —dijo St. August, incapaz de contener una risita estúpida—. Se equivoca usted, porque hubo otro testigo.

—¿Quién es? —no pude evitar el preguntarle.

—El alemán Hans Pohl... Y con esto he terminado con usted, doctor.

Hans Pohl se había mantenido rígido todo el tiempo ante la mesa. Su aplomo y su fuerza de voluntad me asombraron.

—No tiene usted que declarar, si no desea hacerlo —le dijo St. August al muchacho—. Como no somos británicos, no rigen aquí los procedimientos de la *Star Chamber*. En nuestro país no se obliga a la gente a testimoniar contra sí misma. No obstante, si desea hablar y responder a mis preguntas, lo escucharemos con sumo agrado.

—Contestaré a las preguntas. Yo no mato a nadie.

—Aún no le he preguntado nada. Debe usted responder cuando le pregunten...

El muchacho asintió con la cabeza. Sally observaba, ahora, a Hans, en tanto Jacob, sentado en el piso, con la vista clavada en sus propias manos y transido de dolor, no entendía nada y se sentía impotente y marginado en el único mundo que conocía y desamparado en la forma total en que sólo un niño puede encontrarse.

—¿De dónde procedía su destacamento?

—De Nueva York.

—¿Cómo llegaron a Connecticut?

—En una fragata británica.

—¿Cuál era el objetivo militar de dicho viaje? —y como Hans vacilaba, agregó St. August—: Si no entiende mis preguntas, dígame que no ha comprendido. Habla usted bastante bien el inglés. ¿Dónde lo aprendió?

—Llevo tres años en América.

—Comprendo... Usted ha dicho que desembarcó de una fragata británica que se internó en Long Island Sound y yo le pregunto ¿cuál era el objetivo militar de dicho buque de guerra?

—No sé...

—¿Por qué fue desembarcado su destacamento y enviado al Ridge?

—No sé. Esas cosas las deciden otros.

—Sin embargo los soldados suelen conversar y los oficiales, también... Algo tiene que haber oído.

—Nada.

—¿Cómo apresaron a Saul Clamberham?

—De esta manera: él nos sigue... tal vez durante una milla. Nosotros lo vemos entre los árboles y él trata de ocultarse, pero no muy bien, ¿no? Todos hablamos del yanqui que nos sigue y el sargento le pregunta al capitán qué tiene que hacer. El capitán Hauser le dice que avance media milla (mil pasos) y lo capture. El sargento elige seis hombres y les dice que cuando él dé la señal entren en el bosque y apresen al yanqui. Entonces ellos lo capturan.

—¿Luchó Saul Clamberham? ¿Se resistió?

—No.

—¿Qué hicieron ustedes, entonces?

—Esperamos la decisión del capitán.

—¿Cuál fue su decisión?

—Él dice que el yanqui es un espía.

—¿Por qué? ¿Qué pruebas tenía de ello?

—El tal Clamberham tiene un pedazo de... —y se esforzó por encontrar el vocablo exacto—. En la escuela escriben con tiza... Pizarra... En la pizarra hay signos, uno por cada hombre. Eso es información... y el capitán dice que Clamberham se ocupa en informar... y sólo los espías informan.

—¿Entendió Clamberham lo que dijo el capitán? ¿Habló el capitán en alemán o en inglés?

—El capitán Hauser no hace más que... cinco meses que está aquí. No sabe inglés... Mi padre...

—¿Tu padre? ¿Qué tiene que ver tu padre con esto?

—Mi padre es sargento —dijo el muchacho con voz quebrada—. Mi padre habla inglés, pero no muy bien.

St. August hizo una pausa. En ese momento mi mujer me oprimió mi muñeca.

—Mi padre habló con el yanqui.

—¿Y?

—No quería morir —dijo el muchacho, dolorido.

—No, no deseaba morir —repitió St. August—. Ciertamente no deseaba morir.

A esta altura irrumpió Pakenham:

—Ha oído usted aquí atestiguar que el tal Saul Clamberham era un imbécil. ¿Está orgulloso de haber colgado a un idiota?

Hans Pohl hizo un ademán con la cabeza.

—¡Hable!

—Nosotros no sabemos que es idiota.

—¿Había números en la pizarra? —le preguntó. St. August.

—Signos.

—¿No le pareció a usted extraño que un hombre grande no supiese escribir números?

—En mi regimiento hay varios hombres... que no saben escribir números. No saben escribirlos, ni leerlos.

—Pero, a usted... a usted, Hans Pohl, ¿no le pareció extraño el estúpido comportamiento del tal Clamberham?

—Sí, me parece un poco extraño.

—¿No se le ocurrió pensar que era un imbécil?

—Sí, creo que es algo chiflado.

—Sin embargo, no hizo nada...

—¿Qué podía yo hacer? —dijo Hans Pohl—. Si le digo al capitán Hauser, éste me castiga.

—Podías habérselo dicho a tu padre. El muchacho volvió a negar con la cabeza.

—De manera que no hizo nada mientras se consumaba tan atroz crimen. Ni siquiera levantar un dedo para evitarlo.

El muchacho, rígido como una estaca, guardó silencio.

—¿Cómo lo ahorcaron? —le preguntó St. August ásperamente.

—La soga... sobre el árbol —dijo Hans, vacilando.

—¿Cuántos hombres tiraron de la soga, actuando de verdugos? —Cuatro.

—¿Quiénes eran? ¿Puede nombrarlos?

—El soldado Schwartz, el soldado Messerbaum, el soldado Schimmel... Creo que fueron ellos, pero no estoy seguro.

—¿Y el cuarto?

—No me acuerdo.

—¿No sería usted?

—¡No! —gritó el muchacho.

—¿Es cristiano usted? —le preguntó St. August.

—Sí.

—Entonces sabrá lo que significa prestar juramento y poner en peligro su alma inmortal.

—Lo sé.

—Sin embargo, insiste en afirmar que no actuó de verdugo.

—Yo no soy verdugo.

—Supongamos que el capitán Hauser le hubiera ordenado actuar de verdugo... ¿Qué hubiese hecho usted?

—Yo soy un buen soldado —replicó el muchacho acongojado—, y un buen soldado cumple las órdenes que recibe.

11. El veredicto

El tribunal suspendió el juicio durante tres horas, o sea, hasta las cuatro de la tarde. El general Packenham anunció que daría su veredicto al vencer dicho lapso. Yo envié a Alice a mi casa en una calesa, porque me había dicho que no podía resistir más aquello. Al partir le dije que Rodney Stephan debía presentarse al atardecer ante la posada con un caballo ensillado.

El público se disgregó: unos se dirigieron a sus ocupaciones, otros a sus domicilios y hubo quienes fueron a comer o bien adonde tenían algo que hacer, porque, aun cuando todavía no se había dado a conocer el veredicto, nadie dudaba cuál sería éste. Yo atendí a tres o cuatro enfermos, que aprovecharon mi estada en la ciudad y luego me dirigí hacia la calle donde Raymond había atado su carromato. Al verme demoró su partida, aunque era posible que hubiese estado aguardando que yo me alejara de la posada. Sally y Jacob, sentados en el vehículo, muy serios y rígidos, porque sabían que eran el foco de todas las miradas, sobrellevaban su situación de la mejor manera. Ebenezer Calvil, que casi siempre estaba borracho y era muy boca sucia, se tambaleaba muy cerca del carromato. En tanto me acercaba le oí decir:

—... aunque no muy joven, hermanita, soy mucho más hombre que cualquier alemán —y se volvió hacia mí, grande y sucio, sonriendo estúpidamente. En su nariz y sus mejillas sobresalían unas venas purpúreas—, de lo cual puede dar fe el doctor, que es un especialista en mercenarios.

Raymond lo observaba molesto y paciente como un hombre incapaz de violencias y amenazas.

—¿Le parece, doctor, que me espera un lindo futuro con la chica?

—Pienso que apenas tendrás futuro con nadie —le dije fríamente—. Si no dejas de beber morirás antes de fin de año. Y ahora ¡fuera de aquí!

El borracho meneó la cabeza y me miró fijamente.

—¿Con quién demonios piensa usted que está hablando, miserable?

—¡Fuera de aquí!

Sally no se movió, ni lo miró en ningún momento, pero sus labios temblaban. Jacob, inmóvil como su hermana, se esforzaba por contener las lágrimas que de nuevo se deslizaban por sus mejillas.

—Ella quería quedarse... pero ¿no le parece que sería inútil? —me explicó Raymond.

—No comparto su opinión.

Ebenezer Calvil, que no se daba por vencido, escupió contra el carromato.

—¿Vendrá usted a comunicarnos el veredicto?

—Por supuesto.

Acto seguido Raymond trepó a su vehículo y partió, acompañado por las

maldiciones de Calvil, y yo volví al salón de la posada en busca de mi sombrero. Las bujías se habían ya consumido y el salón se hallaba en la penumbra. Al principio me pareció que estaba desierto, pero, de pronto, advertí a Hunt sentado en uno de sus extremos.

Yo estaba dispuesto a pasar de largo, porque deseaba ante todo enfrentar a Packenham con algún nuevo tipo de descargo o baladronada. Además, no tenía nada que decirle al *squire*. Pero, como éste me llamó, tuve que atenderlo. Sin chaqueta, con la camisa y el chaleco desabrochados y calzado con botas, había estirado sus piernas cuan largas eran.

—¿Qué puedo hacer por usted? —le pregunté.

—¿Regresaron los Heather a su domicilio?

—Sí.

—Es lo mejor que podían haber hecho. No me gustaría que estuvieran aquí cuando se conozca el veredicto.

—Me imagino que no le gustaría... —Es usted un cínico irremediable, Feversham... Bueno, yo también lo soy... ¿Cómo tomó la cosa la muchacha?

—¿Cómo cree usted que podría tomarla? —He sido justo, ¡qué demonios! No me mire como a un cerdo inmundo.

—¿Eso es lo que quería decirme?

—He sido justo, Feversham... ¡maldita sea! Debe usted reconocerlo. Podría yo haber convertido en un infierno perpetuo la vida de esa gente. A sus ojos, Feversham, no me han hecho nada. Pero yo y la mayoría de nuestro pueblo pensamos que han traicionado nuestra causa.

—Yo no he dicho que no hicieron nada.

—¿Se retracta usted ahora, Feversham?

—A decir verdad, no... En mi opinión, realizaron una acción humanitaria.

—Me asombra usted, Feversham.

—Sin embargo, reconozco que usted podría haber convertido su vida en un infierno.

—Usted da a cada uno lo suyo, ¿no?

—¿Qué importa lo que yo piense?

—Nada... —Luego de una larga pausa y, observándome a través de la penumbra, me preguntó—: ¿Era Calvil el que estaba chillando allí?

—Sí.

—Lo tendré en cuenta, para romperle el pescuezo a ese miserable.

—Lo consagro paladín de las mujeres —le dije, aprobando sus palabras.

—No se traicione, Feversham, para mostrarse detestable... Ello es muy natural. Supongo que se propone pedir clemencia a Packenham.

—¿Se opone usted?

—No. ¡Adelante...! Aunque no creo que tenga éxito con ese vanidoso hijo de puta. Personalmente estimo que lo odia a usted por su valor... Aunque, después de lo que usted le dijo, no lo condeno. ¿Qué pasó en Saratoga?

—Lo que ocurre en cualquier batalla. Perdió el valor y resolvió emprender la fuga.

—¿Logró huir?

—No. Stark lo contuvo y lo castigó hasta dejarlo medio muerto.

—¿Con sus manos?

—A cintarazos. ¿Ha visto usted castigar a alguien con la espada?

—¿Y piensa pedirle un favor a ese hombre? —*Hunt* sonrió y meneó la cabeza—. Adelante, *Feversham*, adelante.

—¿Dónde está?

—Arriba, en el gran salón, mordisqueando algo con el encantador *St. August*. Hay que comer mucho para llenar una panza semejante.

—Le admiro sus amistades —le dije, en tanto me dirigía hacia la puerta.

De pronto, él me espetó:

—¡*Feversham*!

Me detuve.

—Hago lo que debo hacer, *Feversham*. Me importa un bledo lo que usted piense de mí... Simplemente quiero dejar sentado que hago lo que me incumbe hacer.

—Todos hacemos lo que debemos hacer, *squire*.

Ya en la planta alta, llamé a la puerta y *St. August*, con voz alegre y cantarina, respondió:

—¡Adelante! ¡Adelante!

Estaban los dos sentados a la mesa en mangas de camisa. Ante ellos había una fuente con dos patos asados y una gran torta de manzana. Comían con un entusiasmo que les impedía apartar los ojos de las viandas. Luego de desgarrar los patos en pedazos, lamían la grasa que chorreaba de sus dedos y a continuación hundían sus cucharas en las profundidades de la torta de manzana. Pasó bastante tiempo antes de que examinaran a su visitante. Al verme, sus brillantes rostros se ensombrecieron.

—Creo que no tenemos nada que decirle, *Feversham* —me dijo el general. En seguida ingirió una gran cucharada de torta y se dirigió a *St. August*—: Manzanas pasas.

—Estamos en junio —se excusó *St. August*.

—Supongo que peor es nada... ¿Qué desea usted, *Feversham*?

—Deseo presentar un descargo.

—Déjese de tonterías —me dijo *Packenham*, salpicando saliva a través de un trozo de pato—. Los hombres como usted no presentan descargos. Lo malo, respecto de los individuos de su clase, *Feversham*, es que consideran a los demás unos tontos,

o sea, dan por sentado que los otros son transparentes y se consideran a sí mismos impenetrables. Este pato huele mal, St. August. —¿Será silvestre?

—Es demasiado gordo para ser silvestre. Lo que ocurre es que los alimentan con porquerías... Con pescado viejo. Adelante, Feversham, con su petición.

—No ahorque al muchacho. Se lo pido de todo corazón, general Packenham. Por favor, no lo cuelgue. Véndalo como una mercancía. Eso será un castigo suficiente.

—¿Por haber matado? Vamos, Feversham. —No, no... Es tan culpable de asesinato como yo.

—¿De veras?

—Por favor... Se lo pido al oficial y al caballero.

—Retribuyo su cumplimiento, Feversham, aunque dudo de que existan todavía oficiales y caballeros en este miserable Ridge. Esta comida no es digna ni siquiera de un cerdo, y la cerveza está agria y caliente como la orina. ¿Cuál es el postre, coronel?

St. August destapó una fuente de loza.

—Crema con miel —dijo.

—¿Crema?

St. August sumergió un dedo en la fuente y luego deslizó por él su lengua.

—Dulce como la miel —dijo.

—Ahora han cambiado de táctica... Beba una cerveza con nosotros, Feversham, y olvídense de lo ocurrido. Los hombres como usted no piden clemencia. ¿Oyó los testimonios?

Cerré la puerta a mis espaldas y descendí a la planta baja. La cocina de la posada, llena de gente y de gritos, apestaba a comida y cerveza. Todo el mundo discutía allí. Los diálogos eran acalorados y violentos, pero muy pocos defendían al alemán y aún éstos lo hacían más por el placer de discutir que por defender a un inocente. En el salón del tribunal encontré de nuevo a Hunt, quien, siempre en la misma silla y con las piernas extendidas, me saludó con un brazo:

—¿Ablandó al general, Feversham? —me preguntó.

—A usted lo escucharía.

—Deje que cuelguen al mercenario, Feversham. Por más vueltas que le dé, usted sigue siendo un extranjero aquí. América siempre será una tierra extraña para usted... Con más razón el Ridge. Usted nunca nos comprenderá, porque no nos parecemos en nada de lo que usted conoce. Si nos toma por unos ingleses que hace dos, tres o cuatro generaciones nos establecimos en este suelo, se equivoca usted de medio a medio. ¿Piensa, acaso, que nos apoderamos de este continente y lo hicimos nuestro mediante la clemencia? ¡De ninguna manera, señor! Cada pulgada de este territorio nos costó sangre. Mi abuela tuvo once hijos, de los cuales sólo sobrevivieron dos. Durante cierto invierno tuvieron que alimentarse con raíces arrancadas a la tierra helada. Estos campos son tan fértiles y verdes como el trasero de una marrana. Sin

embargo, ¿qué pueblo fue capaz, como nosotros, de erigir una muralla de piedra de un millar de millas de longitud? Todas las malditas piedras que componen ese muro fueron extraídas de estos mismos campos durante sólo dos generaciones. Edificamos estas casas y desbrozamos esta tierra con nuestras propias manos y luchamos contra los indios para que no quedaran dudas, respecto de nuestro dominio. Nuestro derecho emana del esfuerzo que realizamos para vivir en este maldito desierto. Hace seis años que luchamos contra los ingleses y lucharemos otros seis y aun sesenta años, si es necesario. De modo que no puedo explicarle lo que pasó dentro de mí cuando vi el cuerpo de Saul Clamberham colgado de un árbol.

—Le importó un bledo de Saul Clamberham —le dije.

—En efecto, me importó un bledo. Nunca perdí el sueño por él. Pero le diré por quiénes me preocupé: por los mercenarios. Cuando aparecieron en el Ridge, mi estómago se agrió como el vino echado a perder. Existe una diferencia fundamental entre usted y yo, Feversham: yo sé odiar y usted no... El odio es hermoso, porque nos hace más fuertes... más de lo que usted se imagina. ¿Cree usted que yo estaba seguro del resultado cuando me dirigí con mis hombres a la granja de Buskin? De ninguna manera. Los milicianos del Ridge no son soldados: ése era el primer combate que afrontaban en sus vidas. Por eso, al producirse las primeras descargas casi todos huyeron. Tanto temían a los alemanes que al pensar en ellos se estremecían. Usted los vio cuando se presentaron en la granja. Muy pocos milicianos pensaban que seguirían vivos al finalizar el día... Y usted me pide que me conduela de los mercenarios. No, señor, usted jamás me comprenderá.

—Así es, *squire* Hunt, no lo entiendo —admití.

—Entonces, deje las cosas como están y no pida clemencia, Feversham.

«La pido para mí», pensé. Pero hubiera sido inútil explicárselo. Él tenía razón. Yo no sabía odiar y, en cierto sentido, Abraham Hunt veía dentro de mí mejor que yo mismo.

El público comenzó a retornar al salón, aunque su número había decrecido. Muy pocas personas estaban dispuestas a sacrificar un día entero de primavera a la vida de un mercenario: había que sembrar, cortar hierba, alimentar a los animales y muchas verjas que recomponer. Apenas varias docenas de individuos se sentaron en el salón cuando Oscar Latham encendió las nuevas bujías y el general Packenham, el coronel St. August y el actuario Crippit tomaron asiento ante la mesa. Packenham, con el chaleco desabrochado, para acomodar mejor el pato, la torta y la cerveza en su panza, dejó caer su mazo y Crippit, de pie, leyó en su papel:

—Comienzan las sesiones de este tribunal militar de la Commonwealth de Connecticut, bajo la presidencia del general Jonah Packenham.

El actuario depositó la hoja sobre la mesa y miró al general.

—Dígales que se pongan de pie.

—Todo el mundo de pie —gritó Crippit.

Todos cumplimos la orden.

—Traigan al mercenario —dijo Packenham.

El muchacho entraba ya en el salón, flanqueado por dos milicianos. Una vez frente a la mesa, se mantuvo rígido y expectante.

—¿Tiene usted algo que alegar, Hans Pohl, antes de que este tribunal dé su fallo?

El muchacho apenas podía hablar. Su voz se quebró, emocionada, cuando dijo con esfuerzo:

—Yo no mato a nadie. Pero soy un soldado de Hesse, un *Jager*, y si debo morir, moriré como un *Jager*.

Sin duda había ensayado una y otra vez aquellas frases.

—Entonces escuche la sentencia de este tribunal: ha sido usted hallado culpable del asesinato premeditado de un ciudadano norteamericano. Hemos escuchado y sopesado todos los testimonios, sin poder hallar una sola circunstancia atenuante. En consecuencia, lo sentenciamos a ser colgado del cuello hasta morir. Dios se apiade de su alma.

Packenham se cubrió la boca para amortiguar el ruido de un eructo. El muchacho se esforzó por mantener una digna actitud, pero, como era un chico, no pudo evitar que varias lágrimas rodaran por sus mejillas.

12. La horca

Una hora antes del anochecer llegué, finalmente, a mi casa. Cuando Rodney Stephan tomó las riendas de mi caballo estaba yo tan cansado, que apenas podía caminar. Alice se hallaba en el jardín entrelazando los sarmientos de la parra en la armazón del cenador construido por Rodney Stephan. Desde hacía dos semanas nos preocupaba ese problema. Fascinados por la idea de poseer un grande y ameno cenador, a la manera de los que abundan en Inglaterra, pero que yo nunca había visto en el Ridge, desde dos años atrás veníamos estimulando el crecimiento de dos vides silvestres surgidas casualmente en un lugar apropiado. Sus frutos, pequeños, purpúreos y agrios eran, al parecer, característicos de esa zona de Connecticut... aunque no estoy muy seguro de que existieran vides en Nueva Inglaterra antes de la llegada del hombre blanco, pese a la historia según la cual los vikingos, al descubrir esta tierra, la denominaron Vinlandia. Las uvas no eran comestibles y producían un vino muy malo, pero sus pámpanos, anchos y hermosos, habían ya convertido al cenador en un lugar agradable, que invitaba a sentarse en él.

Ubicado en el banco que había en su interior estiré, complacido, las piernas. Era un caluroso atardecer de junio en el que apenas soplaba una ligera brisa. Alice siguió trabajando en tanto me observaba. De pronto me preguntó por los Heather.

—¿Lo tomaron muy a pecho?

—Temo que sí.

—¿Y Sally?

—No sé —le respondí—. El veredicto no la sorprendió... Según ya sabes, ellos estuvieron presentes, pero luego se retiraron. Sally parece muy ensimismada... No entiendo a esa gente. Pensé que la comprendía, pero me equivoqué...

—Rodney Stephan me dijo que Pakenham y St. August, que en ningún momento pusieron en tela de juicio el veredicto, permanecieron todo el tiempo hartándose de comida en sus habitaciones de la posada.

—A Rodney Stephan no se le escapa nada... ¿Te dijo, también, que hablé con ellos?

—Me dijo que les pediste clemencia y, también, que discutiste ásperamente con Abraham Hunt.

—No discutí, ni hablé ásperamente con él.

Alice me miró extrañada como si le hubiera revelado, involuntariamente, algún secreto.

—Él es como es —le repliqué, encogiéndome de hombros.

Mi esposa suspendió su labor y, sentándose a mi lado, colocó una de sus manos sobre la mía.

—No te enfades conmigo, Evan.

—¿Por qué habría de enojarme...?

—Por lo que digo. Pero es que estoy saturada de muertes y harta de todo esto.

—Que me cuelguen si entiendo lo que quieres decir.

—Tal vez ni yo misma lo sé. Cuando le dijiste a Sally Hunther que lo condenaron a muerte, ¿lloró ella?

—No.

—¿Qué hizo?

—Se dirigió a su padre y lo abrazó —le respondí, en tanto pensaba en aquella extraña y curiosa familia de cuáqueros congregada en la cocina y unida por algo que yo no lograba identificar. Tan desesperadamente me esforzaba por asir aquel elemento desconocido, que me dolía todo el cuerpo.

—Evan... —dijo Alice.

—¿Qué?

—Por favor, dime: si hubieras conocido a Sarah Heather dieciocho años *atrás*, antes de su matrimonio, ¿te habrías casado con ella?

—Alice, hace dieciocho años yo ni siquiera vivía en América.

—Pero ¿si hubieras estado aquí...?

—¿No te parece que es una pregunta muy estúpida?

—Te ruego que me contestes.

—Entonces te respondo: no. No me hubiese casado con ella.

—¿Por qué?

—Porque no basta con amar y ser amado. Es necesario compartir zozobras y yo creo que ella jamás hubiese captado mi agonía... indescifrable para cualquier cuáquero.

—Pero no para mí.

—No para ti...

Ella se puso a llorar.

—Vamos a dormir... Nos abrazaremos fuertemente durante largo tiempo.

—¿Sin pensar en nada?

—En nada, ni en nadie... Ya ni sé lo que quiero.

A la mañana siguiente, por ser domingo, Alice fue a la iglesia. Por mi parte, como no atiende en mi consultorio los días festivos, me puse un traje viejo y me dediqué a la jardinería con Rodney Stephan. Cuando desarrollamos alguna actividad juntos Rodney suele hablarme de caballos, porque es un perito en la materia y porque sabe que soy muy aficionado a ellos. Sin embargo, ese día su conversación giró en torno de otro tema. De pronto me preguntó si en su templo los cuáqueros le contarían a Dios todo lo referente al juicio y el veredicto.

—Supongo que Dios se hallará al tanto de lo ocurrido.

—Ojalá... Pero ¿no le parece que debería ser informado?

—Escucha, Rodney, ¿recibiste el bautismo?

—No, doctor —me respondió en su curioso lenguaje—, porque ellos mataron al pueblo antiguo y el Dios cristiano no quiso saber nada conmigo.

—Pero eso pasó hace muchos años... —Según el tiempo cristiano, sí. Pero en el gran tiempo no hay más que presente... y mi pueblo vivió en el gran tiempo.

No insistí, porque hubiera sido inútil que le pidiese que me explicara sus palabras. Estábamos trasplantando retoños de habichuelas. Durante un rato trabajamos en silencio. Súbitamente le pregunté por qué consideraba que Dios debía ser informado. Entonces volvió hacia mí su seco y rugoso rostro, me miró de soslayo, con aire pensativo, durante un momento y, por último, me dijo:

—Perdón, doctor, pero, usted no ser cristiano, ¿no?

—¿Quién demonios te metió esa idea en la cabeza?

—Los domingos he pensado en eso... Como su respuesta me pareció razonable, le pedí que me aclarara su idea.

—Bueno —me dijo—, es difícil que un cristiano comprenda... Yo ser un cazador justo. Por eso, al apuntar a un ciervo, primero le suplico y después le explico la situación. Para el pueblo antiguo el ciervo era lo que es Dios para los cristianos... aunque no enteramente lo mismo. —¿Qué demonios quieres decir? Él meneó la cabeza. Siempre se desconcertaba cuando, después de hablar como acababa de hacerlo, yo inquiría qué quería significar, porque supongo que carecía de palabras para aclarar el sentido de tales frases.

—¿Qué le explicas al ciervo?

—El ciervo está hambriento, pero yo tener más apetito que él. Si el ciervo vive, yo muero. Entonces él debe morir para que yo viva... y él lo sabe.

—¿Cómo lo sabe?

—Yo le explico —y, luego de reflexionar un instante, agregó—: El ciervo nunca se enoja conmigo.

—Supongamos que se enojara —le dije, impaciente y fastidiado por tanta estupidez—. ¿Qué daño podría causarte un ciervo muerto?

—Me llenaría de enfermedad... Entonces yo me dejaría estar hasta morir.

—¡Qué idiotez! —exclamé—. ¿Cómo puede enfermarte un ciervo?

—Yo ser el ciervo y el ciervo ser mí —dijo Stephan gravemente.

—De lo que estás lleno es de estúpidas supersticiones, Rodney Stephan. Me asombra que hayas cambiado tan poco después de trabajar tantos años en mi casa.

Durante el almuerzo Alice se refirió al sermón pronunciado por Dorset. Su tema había sido: No «juzgues, si no quieres ser juzgado».

—Fue un espléndido sermón. Lamento que no lo hayas oído, Evan.

—¡Qué pueblo increíble el de ustedes! —le respondí—. El más asombroso que ha existido sobre la tierra. ¿No sabes que mañana ahorcarán al alemán?

—¿De modo que está mal que vaya a la iglesia y llore interiormente?

—Yo no hablo de lo que está bien, ni de lo que está mal, Alice. Dios mío Todopoderoso, si existe un hombre incapaz de discernir el bien del mal, ese hombre se halla ante Ti.

—He oído decir que en tu país ahorcan al que roba un portamonedas.

—Sí —convine—. También a quien roba un trozo de pan. Existen en Inglaterra trescientos ochenta y dos motivos por los cuales un hombre puede ser ahorcado... pero Inglaterra no es mi país. Nunca comprenderás que mi patria se halla aquí, y que esta pobre y miserable tierra llamada Connecticut es el único lugar del mundo que siempre he amado y donde he pasado los pocos años tranquilos y felices que ha habido en mi vida.

Ella guardó silencio un momento y luego me preguntó:

—¿Atenderás en tu consultorio mañana?

—No.

—¿Qué les diré a los que vengan?

—Diles que es un día de penitencia y que el doctor Feversham fue a ver colgar a un hombre.

—No... ¿Por qué tienes que ir?

—Porque necesito estar presente.

—A mí no me agradaría ver eso.

—Tampoco a mí me gusta, pero debo ir.

Me desperté muy temprano, antes de la salida del sol. Luego de echar mano de mis ropas, bajé sigilosamente por la escalera, en dirección a mi consultorio, donde me vestí. Después fui a la cocina para beber un poco de agua. La mera idea de la comida me disgustaba, a causa de mi acedia. En el granero me encontré con Rodney Stephan. El sol asomaba ya sobre las colinas, derramando un delicioso y cálido matiz rosado por los valles sumergidos en la niebla. Los cuervos comenzaron a graznar y despertaron a los gallos. Súbitamente nos rozaron los primeros rayos del sol. Durante varios minutos permanecimos en silencio hasta que, por fin, Rodney Stephan me preguntó qué caballo deseaba montar.

—La yegua baya.

Era un animal inteligente y manso, que adivinaba mis menores deseos. Apenas me senté en la silla echó a andar en dirección de la ciudad, como si hubiera leído mis pensamientos. La dejé avanzar a su manera, fácil y cómoda y así, como en un sueño, me condujo, a través de la niebla, hasta más allá de los interminables muros de piedra que bordeaban la carretera.

Cuando llegué a la ciudad los hermanos Benton, los mejores carpinteros de Ridgefield, estaban construyendo el patíbulo. El estruendo de su martilleo estremecía el aire. Levantada ya la plataforma de unos cinco pies de altura, en el centro del

common^[8], comenzaron a poner en pie, con la ayuda de varios chicos que durante su trayecto a la escuela se habían detenido a observar la operación, el poste de la horca, al cual deslizaron dentro del pozo destinado a recibirlo. En seguida lo amarrarían a la plataforma, encuadrándolo en el hueco abierto en ésta, y la horca se hallaría lista para funcionar.

Luego de apearme, y mientras seguía con la vista los movimientos de los carpinteros, advertí, de repente, a Abraham Hunt, de pie a mi lado.

—Buen día —me dijo.

Le respondí con una inclinación de cabeza. Después de un breve silencio él me preguntó, no sin cordialidad:

—¿Reclamarán el cadáver los Heather?

—No sé.

—¿Se lo preguntará usted?

—Se lo preguntaré.

Montando de nuevo me dirigí, calle abajo, hacia la iglesia congregacional. Luego de atar mi yegua me encaminé hacia la rectoría, que se hallaba junto a la iglesia. Al abrir la puerta Ziporah Dorset me miró confundida y asombrada. La pobre mujer se veía, de pronto, involucrada en el centro de los acontecimientos. Repentinamente sus ojos se bañaron en lágrimas y por primera vez tuve conciencia de mi crueldad: nunca la había mirado, ni tratado como a un ser humano, jamás me había interesado sus penas o sentimientos.

—John está en su estudio, doctor Feversham —cuchicheó—. Le diré que usted se halla aquí —y, mientras anudaba y desanudaba sus manos nerviosamente—: Por favor, tome asiento.

Su esposo debió oír nuestras voces, porque súbitamente abrió la puerta que daba a su habitación y entró en la sala de recibo. Estaba en mangas de camisa y se excusó por ello.

—Entre, por favor, doctor Feversham —me dijo.

Lo seguí hasta el pequeño cuarto que él llamaba su estudio. Los muros recubiertos de libros, la raída alfombra y los escasos muebles de pino, muy estropeados y desvencijados, me impulsaron a preguntarme si habría en el Ridge un habitante más pobre que aquel ministro congregacional. Luego de indicarme una silla, se sentó detrás de la vieja mesa que utilizaba como escritorio y clavó sus ojos en mí esforzándose —estoy seguro de ello— por hilvanar alguna frase que tuviera sentido para su visitante.

Después de ponerlo al tanto de mi conversación con Hunt le pregunté:

—¿Permitirá usted que lo entierren, junto con los otros alemanes, en el cementerio de la iglesia?

—Oh, por supuesto, por supuesto.

—¿Señaló ya las tumbas de los mercenarios?

—Las señalaremos... Tengo que ir a Danbury, para hablar del asunto con los canteros. Todavía no he podido ir. Como usted sabe, doctor Feversham, ésta no es una iglesia rica... Tenemos los nombres de todos los alemanes. Yo creo que se podría colocar una sola lápida con todos los nombres... Ése será el único recuerdo que quedará de ellos... Pero, lo cierto es que todavía no disponemos del dinero necesario —terminó diciendo, mientras meneaba la cabeza.

—¿Cuánto costará?

—Cien dólares españoles o diez libras esterlinas... Se trata de una piedra muy grande.

Yo extraje de mi bolsillo dos monedas de oro de cinco guineas y las coloqué sobre la mesa.

—Agregue el nombre del muchacho, por favor.

—Por supuesto —y, muy molesto, agregó—: ¿Debo celebrar algún pequeño servicio religioso en la iglesia?

—Consultaré con Raymond Heather... No sé si los cuáqueros tienen algún ritual propio para los difuntos. En tal sentido, yo no sé nada.

—Son buenos cristianos —dijo Dorset apesadumbrado—. Si ellos lo desean, mejor será que el asunto quede en sus manos. Me cuesta decir estas palabras, doctor Feversham, pero mejor será que se encarguen ellos...

—¿Usted hará excavar la tumba? —Sí. Oh, sí, por supuesto. Me puse de pie para retirarme y Dorset me acompañó hasta la puerta.

—No nos juzgue muy severamente, doctor Feversham —me dijo—. Usted, que fue soldado, sabe cuan despiadada es la guerra.

—¿La guerra? —le pregunté—. ¿No le parece que es despiadada por culpa de los hombres?

—A mí sólo me resta pedirle a Dios que nos perdone. ¿Qué otra cosa puedo decir?

De inmediato me dirigí a la granja de los Heather, aunque muy despaciosamente, permitiéndole a mi yegua baya que fuera al paso, porque tenía muchas cosas que aclarar en mi mente. Era ya mediodía cuando llegué a destino. Cuando Sarah abrió la puerta y me hizo pasar, la familia ya había terminado de almorzar... o, más bien, de comer el magro sustento que en aquella casa pasaba por almuerzo. Durante un momento Sarah y yo permanecimos inmóviles, en tanto Raymond inclinaba la cabeza en silenciosa acción de gracias por el pan de cada día. Poco después Sally irguió su cabeza y me dijo:

—Su presencia nos reconforta, Evan. Su rostro estaba pálido y demacrado, pero su voz denotaba tranquilidad interior.

—¿Comió, Evan? —me preguntó Sarah.

—No tengo apetito.

Jacob se puso, súbitamente, de pie y salió corriendo de la casa.

—Siéntese aquí —me dijo Sarah, ofreciéndome la silla de Jacob. Acto seguido me sirvió queso y manteca y una taza de café con leche. Mientras yo comía, Sarah y Sally levantaron la mesa y Raymond me observó todo el tiempo en silencio. De pronto Sally se sentó frente al hogar, colocando a Joanna en su regazo.

Cuando terminé de comer le dije a Raymond:

—Tengo que hablar con usted sobre algo muy doloroso... ¿Podríamos conversar a solas?

—Evan —dijo Sally con voz tranquila—, si se te ata de Hans Pohl, quiero oír todo lo que diga.

—Muy bien... Esta mañana me encontré con el *squire* y éste me preguntó si ustedes reclamarían el cadáver. Yo entonces le dije que hablaría con ustedes.

—Ya he pensado en eso —dijo Raymond—. Si nos entregan el cuerpo, lo llevaremos a nuestra *meetinghouse*.

—Se lo entregarán. Ya hablé al respecto con el pastor Dorset, quien hará excavar una tumba en el cementerio de su iglesia, junto a la de los otros mercenarios.

—Yo pienso que podríamos enterrarlo en nuestro camposanto.

—No —dijo Sally—. Mejor será que descanse junto a su padre. Estoy segura de que ésa es la voluntad de Hans.

—Como tú quieras... —convino Raymond.

—¿Dónde permanecerá el cadáver hasta que lo entierren? —le pregunté.

—En nuestra *meetinghouse*.

—Entonces regresaré a mi casa para ordenarle a Rodney Stephan que se traslade en nuestro carretón a Ridgefield.

—Lo transportaremos en mi carreta —dijo Raymond—. Iré con Sally a presenciar el hecho.

—No —le dije—. No... Yo tengo alguna experiencia en tal sentido y creo que no es conveniente que una niña asista a un espectáculo semejante.

—Evan —dijo Sally—, ¿debo recordarle nuevamente que ya no soy una niña?

—¿Por qué no va a ir, Evan? —dijo Sarah—. Nosotros no damos la espalda al mundo. Lo aceptamos tal como es. De lo contrario, ni nuestra propia fe nos salvaría.

—¿Qué tiene que ver la fe con esta acción criminal?

—Más de lo que usted piensa. Por favor, Evan, no discutamos en un día como éste.

—Además, tengo que ver a Pohl antes de su muerte —dijo Sally.

—Usted debe ayudarnos para que ello sea posible —me dijo Raymond—. No es un capricho. Hemos hablado mucho acerca de ello entre nosotros. En consecuencia, no debe usted tomar nuestros deseos a la ligera.

—Está bien —dije, suspirando, en tanto me ponía de pie—. Mejor será que enganche sus caballos ahora mismo, Raymond —y eché una ojeada a mi reloj—: Sólo disponemos de tres horas...

Siguiendo a la carreta cabalgué hacia la ciudad. Una vez allí atamos los caballos frente a la iglesia y nos dirigimos a la posada, donde estaba el prisionero. Mucha gente se desplazaba ya en dirección del patíbulo. En la gran cocina de la posada, Hunt, Packenham, St. August y seis milicianos bebían cerveza y mascaban ruidosamente pan y queso, mientras llegaba el momento de la ejecución. Al aparecer yo se produjo un súbito silencio. En tanto lo saludaba con la cabeza, le dije a Hunt:

—¿Me permite una palabra, *squire*? —y me dirigí a la despensa, seguido por Hunt.

—He venido con Raymond Heather y su hija... Están afuera.

—¡Qué maldita estupidez haberlos traído aquí!

—Yo no tengo la culpa. Ella quiso venir.

—Bueno, si ya están aquí, no hay nada que hacer.

—Sally quiere ver al mercenario.

—¡Por todos los demonios, Feversham! Otra maldita tontería. ¿Qué ganarán con verse una vez más?

—Nada... según nuestro punto de vista. Pero se trata de algo que ella desea con toda el alma. Pienso que es lo que más anhela en este momento.

—Dígale que es imposible.

—No puedo decirle eso, Hunt.

—¿Ignora usted, Feversham, que el asunto se halla ahora enteramente en las manos de Packenham y que yo no puedo hacer nada?

—No creo que no pueda hacer nada, *squire*.

—Me imagino lo que va a decir Packenham...

—Estoy seguro de que a usted le importa un bledo lo que pueda decir Packenham, al que desprecia tanto como yo. Usted (no Packenham) es el responsable de lo ocurrido... ¿Debo pensar que no tiene ahora el valor de actuar a la altura de las circunstancias?

Pensé que iba a estallar. Sin embargo, se contuvo y, clavando en mí sus ojos, respiró profundamente.

—Por favor, Hunt, acceda a esta petición.

Luego de aspirar hondamente, respondió:

—Haga pasar a la muchacha al bar. No quiero que la traiga a la cocina.

De inmediato salí y le dije a Raymond que nos aguardara afuera, en tanto yo y Sally penetrábamos en el bar. Éste se hallaba todavía desierto, como si en él persistiera un hálito de tragedia que no lograba disiparse. Latham, el posadero, había colocado las sillas y las mesas en sus lugares habituales, pero evidentemente no se

atreví a permitir el acceso de los parroquianos... o bien éstos aguardaban que se diluyera la maldición que pesaba sobre el lugar. Luego de varios minutos apareció Hunt, procedente de la cocina.

—Sígueme —nos dijo bruscamente.

En pos de él ascendimos por la escalera de servicio hasta el segundo piso, donde vimos a dos milicianos enfrente de una puerta.

—Abran —les ordenó Hunt.

Cuando los milicianos abrieron la puerta divisamos al prisionero tendido boca arriba sobre una baja carriola. El cuarto, pequeño y cómodo, integraba una serie de dormitorios, situados bajo el tejado, que Latham reservaba para los viajeros. El joven no se movió.

—Hans —dijo Sally quedamente.

El prisionero se irguió en el lecho y miró hacia la puerta. El asombro y la desesperación se reflejaban en su semblante. Cuando Sally entró en el cuarto, el muchacho abandonó el lecho y se mantuvo de pie frente a ella.

—Quince minutos —dijo Hunt.

Al cerrar yo la puerta los milicianos, incómodos, comenzaron a hacer muecas estúpidas. Entonces Hunt les dijo que sólo dos idiotas podían reírse de una situación que no era en absoluto divertida. Desde detrás de la puerta llegó hasta nosotros un confuso rumor de voces, pero no logré identificar una sola palabra. Hunt sacó un antiguo y macizo reloj de plata de su chaleco y clavó su vista en él.

—Quince o veinte minutos... lo mismo da —le dije al *squire*.

—No me pida demasiado, Feversham.

Para matar el tiempo me distraje observando las motas de polvo que giraban y danzaban en una franja de sol que penetraba en el estrecho pasillo por una ventana en forma de media luna. Los milicianos cambiaron de postura, arrastraron los pies y carraspearon varias veces. En tanto pasaban los minutos, pensé en el gran tiempo a que se había referido Rodney Stephan, en el que no existe el pasado, ni el futuro.

De pronto Sally abrió la puerta. El joven mercenario, que en ese momento le daba la espalda, no se volvió cuando ella abandonó la habitación. Pensé que estaría llorando y que no deseaba que advirtiéramos sus lágrimas los que estábamos en el pasillo.

Bajé con la muchacha y, luego de atravesar la cantina, salimos de la posada. Afuera nos aguardaba Raymond. El rostro de Sally, sin lágrimas, denotaba una gran resolución. Su padre la besó, pero no obtuvo respuesta alguna de la joven.

En torno de la horca se había reunido una gran multitud. Tres milicianos, que lucían chaquetas azules y cinturones blancos, mantenían a raya a la gente. En el extremo opuesto del terreno, frente al gentío, pero lejos del patíbulo, vi un grupo de seis cuáqueros, todos con largas chaquetas oscuras, sombreros de alas planas y un

aire extraño y mortuorio. Raymond, Sally y yo atravesamos el terreno y nos incorporamos al pequeño grupo, que nos acogió muy sobriamente. Yo conocía a la mayor parte de ellos por sus nombres, y a todos, de vista. En el otro extremo había alrededor de un centenar de personas, casi todos los hombres, aunque también vi muchas mujeres y chicos de ambos sexos, que producían mucho ruido y charlaban muy excitados.

Saxon, el empresario de pompas fúnebres, apareció en su carretón de altos adrales, que utilizaba como coche fúnebre. Él y su ayudante sacaron del vehículo un vulgar ataúd de pino, el que colocaron sobre el patíbulo. A partir de entonces se acrecentó el bullicio por parte del público. Sally no desvió sus ojos de la horca, ni hizo el menor gesto. Una gran cantidad de caballos y carromatos se hallaban amarrados a la larga baranda situada frente a la posada. Otros carretones habían sido atados a estacas o a objetos muy pesados, en el límite del *common*. Había allí personas que yo no conocía y que debían de haber recorrido considerables distancias para asistir a la ejecución del mercenario. Vi hombres muy bien vestidos y mujeres que luciendo costosas prendas de seda, se protegían del sol con sombrillas.

Durante un lapso que nos pareció una eternidad pero que, en realidad, no debió exceder de media hora, aguardamos lo que habría de suceder, bajo un sol todavía bastante alto. De pronto, desde la parte trasera de la posada llegó a nuestros oídos el redoble de un tambor, percutido, probablemente, por el viejo Seth Harkness, quien, desde que comenzó la guerra, solía tocar ese instrumento en todos los desfiles del Ridge. Poco después apareció vestido con el uniforme verdicastaño que le había confeccionado su esposa, insistiendo en su fúnebre redoble. Detrás de él iba el verdugo, con la banda negra —insignia de su cargo— en una mano, y más atrás doce milicianos, seis a cada lado del mercenario, seguidos por Pakenham, St. August y Hunt. Cenaban la marcha varios chicos que se acercaban a ellos en la medida en que se lo permitía su atrevimiento.

El joven alemán marchaba con la cabeza erguida, su rubia cabellera agitada por el viento, el paso firme y seguro. Por primera vez me conmovieron profundamente su estúpido e indomable coraje y la patética gloria de que se sentía poseído por el mero hecho de ser un soldado de Hesse. Su breve tránsito terreno llegaba a su término apenas iniciado. Sólo podía él justificar ante sí mismo tan insensata muerte mostrándose valiente. De pronto acudieron a mi memoria las imágenes de otros chicos a los que había visto empuñar las armas e ir a la guerra para matar o ser muertos, porque anhelaban demostrar su valor personal.

El mercenario se hallaba ahora ante la horca. La multitud había enmudecido en presencia de la muerte. Un silencio casi aterrador se cernía sobre el *common*. El pastor Dorset, que venía desde su iglesia con un libro en las manos, avanzó, a través del *common*, hacia Hans Pohl, que tenía los brazos atados a la espalda. Al llegar junto

al condenado comenzó a hablar en voz baja. Sin embargo, tan hondo era el silencio reinante, que fue posible oír algunas frases sueltas de su oración: «vida eterna»... «la muerte no existe»... «Yo soy la resurrección y la vida»... Pero ello no bastó para disipar el acre aroma mortuorio que flotaba en el ambiente.

En seguida el muchacho ascendió por la escalera sostenido por el verdugo, ya que no podía valerse de sus manos, y sacudió enérgicamente la cabeza cuando aquél intentó vendarle los ojos. Acto seguido el verdugo colocó la soga en torno de su cuello y, luego de tirar de ella, empujó al joven hacia el hoyo recién abierto.

Sally siguió largo tiempo inmóvil y llorando, con la vista fija en el lugar donde había estado el muchacho.

13. La «meetinghouse»

Finalmente cortaron la soga y yo certifiqué la muerte del joven mercenario. Entonces los cuáqueros transportaron el féretro a la casa de Dorset. La multitud nos siguió durante cierto tiempo y luego se disgregó. Ziporah Dorset condujo a Sally a su sala de recibo, donde se esforzó por consolarla. Los demás, junto con el pastor, trasladamos el cadáver a la cocina. Allí lo lavamos y también limpiamos todo lo posible el uniforme del muchacho. Dorset nos proveyó de una colcha, sobre la cual depositamos el cadáver, y de un martillo y varios clavos para cerrar el ataúd.

—Si lo desean, pueden dejarlo esta noche en la iglesia —nos dijo Dorset—. Sinceramente, les ofrezco la iglesia.

—Mejor será que lo veamos en la *meetinghouse* y que mañana ellos lo traigan aquí para enterrarlo. La joven quiere pasar la noche a su lado —le expliqué, porque no deseaba contribuir a su destrucción interior—. Tal vez, también lo deseen sus padres y otras personas... Ninguno de ellos se sentiría cómodo en su iglesia.

De inmediato transportamos el féretro fuera de la casa y lo colocamos en el carromato de Raymond, en tanto que los otros cuáqueros se dirigían hacia sus respectivas cabalgaduras. Poco después salió Sally acompañada por Ziporah. Ya no había lágrimas en su rostro y parecía, otra vez, dueña de sí misma. Luego de decirle a Raymond que me encontraría con él en la *meetinghouse* y de ayudar a Sally a sentarse a su lado en el vehículo, me quedé observando su partida. Durante un momento Dorset y yo no pronunciamos una sola palabra. Pero en seguida le expliqué que debía yo retornar a la posada en busca de mi caballo.

—¿Cree usted que les disgustará mi presencia en la *meetinghouse*? —me preguntó.

—Pienso que nada les disgusta.

—Hasta hace poco creí que no podía yo hacer nada... Ahora me parece que podía haber hecho mucho.

—Supongo que todos pensamos lo mismo.

—¿Usted también, doctor Feversham?

—Yo también.

—Muchas gracias —me dijo—. Es usted muy amable.

A través del *common* me dirigí hacia la posada. El lugar de la ejecución estaba desierto y el patíbulo se mostraba ahora en toda su horrenda fealdad. Al tomar las riendas de mi caballo vi salir de la posada a Abraham Hunt, que, al verme, avanzó a mi encuentro, cojeando ligeramente a causa de su gota.

—¿Y... Feversham? —me dijo, desafiante. No supe qué decirle. Por otra parte, no deseaba hablar con él. Lo miré sin odio y sin asombro, porque había llegado a comprenderlo. De inmediato monté en mi cabalgadura y me alejé del lugar.

Había sido aquél un día larguísimo, interminable... No obstante, cuando arribé a la *meetinghouse* aún no había anochecido. Era la *meetinhouse* una pequeña estructura de madera, semejante a una iglesia sin campanario, y estaba situada junto a la carretera y próxima a la cúspide de la Peaceable Ridge. Por lo menos una docena de caballos y carretas se hallaban frente a la casa y otros avanzaban cuesta arriba, a mis espaldas.

Poco después entré por primera vez en la *meetinghouse*. Aun cuando había pasado ante ella en numerosas ocasiones y conocía, en cierta medida, a los cuáqueros, me asombró la desnudez interior de aquella casa. No había allí cruz alguna, ni ornamentación de ninguna especie. Tampoco vi nada en ella que la caracterizara como un lugar cristiano. Se trataba, simplemente, de una habitación en la que había varios bancos de pino, con capacidad para alrededor de cuarenta personas, y un facistol situado frente a aquéllos. El féretro se hallaba detrás del facistol, sin nada que lo cubriera: ni una flor vi sobre las tablas de pino, tan desnudas que no pude evitar el sentirme un tanto agraviado por ello.

Cuando entré había ya gente en la casa: unas veinte personas, entre nombres, mujeres y niños de ambos sexos. Los que iban llegando se dirigían a sus asientos calladamente. Según pude colegir, no habría ninguna ceremonia especial, ni servicio religioso alguno. Al parecer, nadie oraba allí. Los asistentes permanecían silenciosos, con los ojos bajos y las manos enlazadas sobre sus regazos.

Sarah debía de haber venido desde su casa con Jacob y la más pequeña de sus hijas, a la que sostenía en sus brazos. Raymond y Sally se sentaron a su lado, en el mismo banco. Yo me senté junto a Raymond, el cual, al verme, me tomó de un brazo y me dijo:

—Gracias por acompañarnos en este momento tan doloroso.

Sentado entre ellos me sentí extrañamente perdido y fuera de lugar, sin respuestas, ni esperanzas, sin presentir el más leve atisbo de gracia sobre mí. Callado en mi asiento vi arribar a los últimos cuáqueros, que llegaron a sumar unos treinta en total. Mientras por las ventanas penetraban los oblicuos rayos del sol poniente, vacilé bajo el peso de mis perdidas esperanzas y apetencias.

Poco después Raymond se puso de pie, se dirigió hacia el facistol y abrió la Biblia que sobre éste se hallaba. Acto seguido hojeó el Libro y escudriñó desde muy cerca el texto, debido a la escasa iluminación del local, hasta que dio con lo que buscaba.

—Leeré un fragmento del cuarto capítulo del Génesis —dijo—: «Y habló Caín a su hermano Abel y ocurrió que estando ellos en el campo Caín se levantó contra su hermano Abel y le mató. Y el Señor dijo a Caín: ¿Dónde está Abel tu hermano? Y él respondió: No sé: ¿soy yo guarda de mi hermano?». «No sé —repitió Raymond, en tanto cerraba el Libro—. Yo soy guarda de mi hermano y, sin embargo, no sé».

La luna siguió elevándose, mientras mi caballo me llevaba de regreso a mi hogar, una luna grande y llena que bañaba en su pálida luz todo el paisaje. Aquel día había durado una eternidad... Creo que lo que más deseaba yo en ese momento era toparme al final del trayecto con el pequeño cura atormentado por sus forúnculos, para caer ante él de hinojos y decirle: «Padre, escuche mi confesión». Sin embargo, yo estaba seguro de que ni siquiera su presencia cambiaría las cosas y que para mí no había salvación, ni condena, sino tan sólo el purgatorio donde moran los excluidos, los que saben que nunca dejarán de serlo y deambulan por la tierra indefensos, sin saber más al morir de lo que sabían al nacer.

Notas

[1] Juego de palabras: ass, en inglés, significa asno y también, vulgarmente, asentaderas. (N. del T.) <<

[2] Chaquetas rojas: nombre con que se designaban familiarmente a los soldados ingleses. (N. del T.) <<

[3] Las tropas mercenarias alemanas que luchaban en la guerra de la independencia norteamericana en favor de los ingleses procedían del Electorado de Hesse. (N. del T.) <<

[4] Caballero. Persona distinguida. (N. del T.) <<

[5] En alemán: fusileros. (N. del T.) <<

[6] Embelesado, en alemán. (N. del T.) <<

[7] Casa donde realizan sus reuniones los cuáqueros. (N. del T.) <<

[8] Tierra comunal. (N. del T.) <<